

Los Profetas del Nuevo Edén
Capítulos 1-8

Capítulo 1 - ¿Tienes Miedo?

-Tenemos la orden de ser desplegados de inmediato -dijo Ares-. No tenemos mucho tiempo, te pasaré a recoger en la unidad móvil, Eva.

-¿Eva? -dijo Liliana-. ¿Estamos ya oficialmente de servicio?

-Sí. Tengo la unidad militar móvil con tu equipo, no hace falta que cojas nada que tuvieses en las instalaciones de Destino.

Liliana solía llevar una especie de colgante que se ponía cuando dejaba de ser Liliana y se convertía en Eva. Nadie excepto ella sabía que lo llevaba y debajo de la fulgurante armadura Destino era imposible de ver o de notar para cualquiera ajeno a ella. Aquel colgante le permitía identificarse fácilmente, no olvidar quien era. Ares había sido muy cuidadoso a la hora de coger sus cosas, pero tal y cómo sospechaba, no había cogido aquel colgante de oculto significado para él.

-Es muy tarde -dijo Liliana-. ¿Sabes qué ha ocurrido?

-Un ataque, posiblemente un intento de asesinato -respondió Ares-.

-¿Se sabe con seguridad que son ellos?

-Siempre lo son.

-¿Qué dice el sistema MARIA?

-No lo sé. Aurelio quería hablar contigo mediante la frecuencia canal segura, supongo que cuando te pongas el traje podrás establecer comunicación con radio con él.

-¿Cómo has sido tan rápido en cogerlo todo?

-Estaba de guardia, siempre que el sistema MARIA detecta un riesgo mayor del 10%, alguien está de guardia.

-El sistema MARIA... A veces me pregunto si hacemos mal en fiarnos tanto de él. ¿Crees que ellos realmente saben como funciona MARIA o siguen ciegamente las mismas instrucciones que nosotros?

-Yo sigo principalmente tus órdenes, y no entro a cuestionar sus orígenes, no es mi labor.

-Te agradezco el apoyo. Siempre es un placer trabajar contigo, José.

-¿José? Supongo que llevamos el suficiente tiempo como para tomarnos unas confianzas, Lili...

-Eva. Yo soy tu superior al fin y al cabo.

-Como quieras. Nos estamos acercando.

-¿Es este lugar?

Liliana conocía este lugar. El conjunto de rascacielos, todos ellos con aspecto moderno, y elevada altitud comparada con cualquier otro lugar de Zaragoza, formaban el barrio de Términos, uno de los más recientes. La necesidad de dar cabida a más gente en menos espacio había dado lugar a un barrio prácticamente lleno de rascacielos, aquellos lugares que habían mantenido edificios más modestos se había debido únicamente a la mala calidad del suelo para hacer unos cimientos firmes. A Liliana le gusta aquel lugar, tenía un fuerte viento que traía un olor que le recordaba al mar, pero no al mar como estaba en aquellos momentos, sucio y contaminado, sino al mar del tiempo de sus abuelos, cuando el mundo aún no había quedado envenenado.

-Conozco este lugar. Sé a por qué han venido. ¡Rápido!

En cuanto el vehículo se acercó lo suficiente al ascensor externo del edificio, Ares y Eva se pusieron rápidamente sus armaduras. La armadura Destino, que daba nombre a la organización en la que trabajaban, estaba formada por algunas de las últimas tecnologías militares que se podían conseguir en todo el globo. Contaban un sistema informático propio que controlaba el estado de su ocupante, un jet pack en la espalda de tamaño reducido pero que permitía darles una gran movilidad y la

armadura en sí se ajustaba a su ocupante a la perfección, ofreciendo protección moderada frente a cualquier daño y siendo extraordinariamente ligero para sus características.

-¿Qué debo hacer? -dijo Ares una vez estaba ya enfundado en su armadura-.

-Debemos dirigirnos al piso 48 del edificio 17 de este bloque -respondió Eva-.

-¿En caso de encontrar resistencia?

-Juzga tú mismo.

-Osiris y Valquiria han sido desplegados tres manzanas más allá, he abierto todos los canales seguros para que puedas comunicarte con ellos por radio -dijo una voz a Eva a través del intercomunicador del traje-.

-¿Son ellos?

-Sí, todavía no tenemos contacto visual claro, pero el sistema MARIA está seguro de ello. Veo que ya has desplegado a Ares. ¿Sabes qué es lo que ocurre?

-Tengo una idea. Se trata del doctor Fausto, ¿Verdad?

-Creemos que es el blanco de este asalto. Sobra decir que tu misión es protegerlo a toda costa y eliminar a todos aquellos sectarios a los que te encuentres.

-Entiendo. He mandado a Ares directamente a su piso.

-Bien hecho. MARIA está convencida de que se encuentra ahí, Ares podría llegar antes que los sectarios, si sabe moverse bien.

-¿Qué opciones tenemos?

-Cualquier opción de combate abierto debería ser beneficiosa para tu unidad si te mueves por las alturas, en cuanto subas arriba y contactes con el resto de la unidad MARIA lanzará la siguiente batería de posibles estados futuros. ¿De acuerdo?

-Entendido.

Eva se acercó al ascensor externo del edificio más cercano que tenía y utilizó el jet pack de su espalda junto la cuerda de dicho ascensor para subir rápidamente al tejado del primer edificio.

-¿Ares? -dijo Eva-.

-Cumpliendo mi objetivo. Tengo confirmación visual de sectarios, he visto su símbolo.

-¿Valquiria? ¿Osiris?

-Osiris listo y desplegado, me encuentro en un tejado junto con Valquiria.

-Valquiria, lista y desplegada.

-Ares, mantén rumbo -dijo Eva-. Osiris, Valquiria, nuestra misión es asegurar que Ares llega al objetivo, así que crearemos una zona de tiro lejano. El edificio 17 se encuentra en una posición céntrica dentro del barrio y más alejado de los demás edificios que estos entre sí, deberíamos tener un tiro fácil.

-Entendido.

Eva comenzó a moverse, sabía que su plan no duraría mucho tiempo. Los combates entre la Secta del Nuevo Edén y las unidades Destino siempre era una batalla llena de giros inesperados. Bastaba que MARIA detectase una anomalía o un estado de muerte posible para que todo se viese trastocado. Aquella capacidad para predecir el futuro se comportaba más de una vez como un arma de doble filo: por un lado era una herramienta casi perfecta para neutralizar los movimientos enemigos y por otra parte, MARIA acababa anulando también gran parte de las acciones de su dueño.

-Nuevo estado: es muy probable que te vean e intenten interceptarte, Eva. Posible que necesites de cobertura de Valquiria o de Osiris, probable que tu plan inicial sea irremediamente trastocado por esto mismo.

-Valquiria, ¿Tienes mi posición?

-Afirmativo, Eva.

-Entonces haz mucho ruido y ven hacia aquí. Osiris, Ares, mantened el plan inicial.

Eva comenzó a oír los ruidos de disparo. Aquella arma era el rifle de asalto, Valquiria había comenzado a disparar, pero también había ruidos de armas que era incapaz de reconocer, por lo que supuso que había comenzado el tiroteo. Eva sacó el fusil de larga distancia, no había ninguna duda, aquellos hombres eran miembros del grupo paramilitar de la secta, no había ningún fanático civil en aquel asalto. Comenzó a disparar en cuanto pudo ver como salían de su posición. Estaban siendo prudentes, demasiado. No le sorprendió que recibiese otra llamada de Marcos Aurelio por radio en cuanto vio como se desplazaban por los tejados.

-Comienzan a hacer un círculo cerca del edificio 17 -dijo Marcos Aurelio-. Están centrando su atención en mantener la posición. MARIA calcula que Ares puede romper la barrera de soldados que están creando alrededor del edificio, pero que eso haría que el estado: "Objetivo capturado" Se volviese casi seguro.

-¿Existen otras vías de atravesar la barrera?

-Un asalto externo es posible, pero hay muchos estados posibles resultantes. Necesito más tiempo para interpretar todos los estados, hay demasiadas ramificaciones para que pueda interpretarlo todo, necesito que el combate avance.

La posición de Eva comenzó a sufrir cada vez más y fuego. Por fortuna, la armadura pudo absorber algunas de las balas sin demasiados daños, mientras Eva se movía de un edificio a otro tratando de buscar un lugar en el que encontrar cobertura.

-Osiris, Valquiria, concentrad el fuego en el tejado del edificio 15. Ares, ¿Dónde te encuentras?

-Piso 41 -dijo Ares-. Sigo encontrando resistencia, aunque muy leve. No llegaré hasta el piso 47 antes de cinco minutos.

-Ares necesitará refuerzos -dijo Aurelio-. MARIA tiene cuatro posibles estados de siete en la situación actual donde los sectarios consiguen mantener la posición.

-Ares, mantén posición y trata de eliminar a los sectarios del tejado del edificio 14 -dijo Eva-.

-Si saltas desde ahí es muy probable que consigas llegar a tu objetivo -dijo Aurelio-. Pero a partir de ahí no veo nada, hay demasiadas variables para poder tener un conjunto de estados claro.

-Bien, entonces intentaremos eso.

-Aquí Valquiria. Quedan dos hostiles en la terraza, están cubiertos, parecen esperarte.

-El salto sigue siendo seguro -dijo Aurelio-, pero no que consigas tener la ocasión de ejecutarlo.

-Empiezo a oír fuertes ruidos de los pisos de arriba -dijo Ares-.

-No queda tiempo -dijo Eva-.

Eva no era de esa clase de personas que soliesen tomar decisiones así de arriesgadas sin pensarlas demasiado. A veces ella misma, cuando la llamaban Liliana, envidiaba la forma que tenía de afrontar las situaciones cuando la llamaban Eva. Eva siempre era fuerte, Eva era inmune al miedo y al dolor. Saltó con el jet pack rápidamente entre dos edificios y llegó al tejado del 14. En cuanto hizo amago de disparar a uno de ellos estos cayeron desplomados al suelo en cuestión de microsegundos. Desde aquella posición sólo había podido ser Ares el causante de semejante demostración de habilidad, pero nunca lo había visto hacer nada parecido.

No tuvo tiempo para pensar en nada más que el salto que dio a continuación. El edificio 17 parecía ahora en el aire mucho más lejano de lo que era en su mente cuando hizo el salto en su cabeza. Saltó con todo lo que tenía y todo lo que el jet pack del traje le podía ofrecer. Por fortuna, el edificio 14 era lo suficientemente alto como para poder permitirse bajar un par de pisos en la caída.

El momento en el que llegó al punto de álgido del salto sintió como su cuerpo se liberaba, se fundía

con el viento, como ella misma parecía haber alcanzado un estado de éxtasis fruto de la liberación de la tensión que había sido acumulada. Pero sus alas, como las de Ícaro, no podían permanecer muy cerca del sol y en cuanto su mente volvió a la realidad, también lo hizo un cuerpo que estaba a punto de experimentar una dura caída.

Rompió todos los cristales de la habitación por la que entró, a pesar de que había apuntado a una ventana abierta. La armadura había amortiguado buena parte del golpe, pero no estaba segura de estar en condiciones para poder seguir combatiendo. Pudo levantarse, no había nadie más en el piso y el intercomunicador, así como el resto de funciones del traje, volvieron a los pocos segundos.

-¡Eva! ¡Eva! -dijo Aurelio-. ¡Necesito saber cual es tu estado!
-Tengo daños, no sabría decir cuantos, pero creo que puedo seguir disparando. ¿En qué piso estoy?
-Estás en el piso 48 -dijo Valquiria-. Te he visto entrar. ¿Órdenes?
-¿Qué dice MARIA?
-Dame unos pocos segundos... -dijo Aurelio-.
-Osiris, Valquiria, tratad de evitar que los sectarios que han rodeado el edificio nos disparen. Ares, ¿Puedes reunirte conmigo? Yo iré a buscar al doctor.
-No estoy seguro... Se mueven de forma extraña.
-¿Cómo de extraña?
-No estoy seguro.
-¡Te estaban esperando! -dijo Aurelio-. Eva, vas a tener un tiroteo en menos de 30 segundos.
-¿30 segundos? ¿Por dónde?

Lo habían vuelto a hacer. No era extraño ver a los sectarios estar preparados para cualquier tipo de táctica, incluso las menos usuales. MARIA había sido derrotada en varias ocasiones, pero nunca sin pelear, de igual manera que ella tampoco pensaba tratar de escapar sin más. Notaba que se había hecho daño en una pierna, pero había sacado su pistola y podría blandir su cuchillo largo si alguien se acercaba lo suficiente.

-¡Eva! -dijo Aurelio-. ¡Retírate! Osiris puede cubrirte.
-No -respondió ella-.
-Trataré de subir lo antes que pueda -dijo Ares-. Buena suerte.

Ella había venido a rescatar a un hombre y eso haría, especialmente si era un hombre que conocía y admiraba como el doctor Sariel Fausto. Comenzó a correr hacia su piso con la pistola en mano, pero no encontró resistencia. Eva no dudaba, Eva decidía, Eva no titubeaba, Eva... Se había dejado el colgante, ella no era Eva, era Liliana.

-MARIA se está volviendo loca -dijo Aurelio-. ¡Sal de ahí!

Eva abrió la puerta del piso del profesor y un hombre, cubierto con una de las túnicas de combate que solían llevar los miembros distinguidos de la secta, rompió su pistola con un tajo de espada que apenas pudo ver. Antes de que pudiese darse cuenta aquel hombre la había conseguido derribar golpeando su pierna herida. Estaba en el suelo completamente indefensa y aquel hombre no parecía haber sufrido el más mínimo roce, ni siquiera parecía cansado. Había conseguido romperle la pierna completamente, a pesar de toda la protección que le ofrecía su armadura. Acercándose lentamente, alzó su espada sobre ella... Y la mató.

Su mente volvió a ella, aún estaba en el piso 48, temblorosa, le dolía su pierna. No entendía lo que había pasado, hace un momento estaba en el suelo y ahora estaba ahí, justo unos segundos antes de abrir la misma puerta que había abierto antes con fatales resultados. No entendía nada, pero había algo dentro de ella que la empujaba a volver a abrir la puerta. Esta vez fue preparada, no dejaría que

de un mero golpe de espada se quedase sin su pistola. Abrió la puerta con un golpe de la pierna que no había sufrido las consecuencias de la caída. Aún no entendía bien lo que acababa de pasar, pero sabía que aquel no era el momento para formular preguntas.

La visión de aquella sala hizo que su mente desconectara completamente y que cayese de bruces, con su mente apagada y cuerpo luchando por repeler y reprimir dos experiencias cuya naturaleza perturbadora no era capaz de soportar.

Un hombre, que parecía estar entrando en la vejez, un hombre al que Lilita había sido encargada de rescatar se encontraba muerto, colgado de la pared boca abajo, con un tajo en el cuello y con unas alas pintadas con su propia sangre. Toda la habitación estaba llena de su sangre, y no había rastro de nadie más en aquel lugar, salvo Eva en el suelo.

La luz del sol de la tarde se filtraba por las cortinas del hospital.

-Eva, Eva -dijo Ares-. ¿Qué recuerdas?

-Yo... -dijo Eva-. No recuerdo bien lo que pasó. ¿Dónde estoy?

-Estás en el hospital interno de Destino. Te saqué de allí en cuanto pude, los sectarios se fueron poco después de que te desmayaras, por fortuna tenían lo que buscaban.

-¿Están todos bien?

-Sí.

-Y...

-¿El doctor Fausto? Sería mejor que no pensaras en ello...

-Gracias, José.

-No deberías usar nuestros nombres aquí.

-Lo sé.

-Ya es suficiente -dijo una voz que venía del pasillo-. Ares ha tenido un trato muy considerado por mi parte. Lucilda, llévame a la habitación de Eva.

Un hombre en silla de ruedas entró en la habitación, era Marcos Aurelio, que entraba con su ayudante, de nombre en clave Lucilda, y que siempre estaba empujando su silla de ruedas. Aurelio no era un hombre mayor, al contrario, apenas parecía haber cumplido los 30 años, pero no por ello su carácter era más débil. Eva no sabía cuando él había quedado atado a una silla para el resto de su vida, pero sospechaba que había sido en una etapa temprana de su vida. Aurelio tenía un puesto clave dentro de toda la organización como jefe de toda la sección tecnológica relacionada con MARIA y como hombre de nexo entre los agentes como ella y el cabeza de la organización, Juan el Terrible.

No sabía por qué le llamaban el Terrible, y nadie se atrevía a especular. Aurelio parecía confiar en él y sabía que aquel hombre en silla de ruedas podía ser muchas cosas, pero era honesto. No hablaba cuando no tenía que hacerlo, y cuando no quería decir una verdad no la decía, pero no mentía.

-Ares, fuera de la habitación -dijo Aurelio-. Has tenido tiempo para estar con ella.

-Como ordenes.

En cuanto Ares se fue de la habitación, Aurelio comenzó a hablar.

-¿Sabes que ha pasado? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

-No. ¿Cuánto ha sido?

-20 horas. Quiero hablar en privado contigo sobre lo que viste. ¿Puedes hacer una imagen mental sobre la escena? Tengo fotos, pero creo que no quieres verlas.

-Sí, puedo. Soy un agente de Destino, no un mero testigo.

-Lo sé. Iré directo al grano, quiero que me describas todo lo que pasó por tu mente y tu cuerpo después de que hicieras aquel salto.

-Yo sólo pensaba en llegar al piso 48, en completar la misión. Vi una posibilidad, MARIA parecía estar de acuerdo en que había posibilidades, así que decidí que era el mejor plan, y salté.

-¿Como definirías tu salto?

-¿Mi salto?

-Sí, tu salto. ¿Qué fue lo que te motivó? ¿Algún motivo más allá de cumplir el deber?

-Conocía al doctor Fausto.

-¿De qué?

-Era amigo de mi familia, no uno de los más cercanos, pero me sentía conectada con él.

-¿En qué sentido?

-Me caía bien, podría decirse. Era un hombre que parecía ser parecido a mí, por eso me gustaba. No teníamos una gran relación, pero le tenía una gran admiración. Es gracias a él que acabé en el proyecto Destino.

-Lucilda, apunta eso. ¿Qué ocurrió después del salto?

-Me dañé una pierna, y creo que también mi brazo izquierdo. Notaba como alguno de mis músculos temblaba, así que opté por sacar el arma corta en cuanto pude levantarme.

-¿Consultaste el estado de MARIA?

-No. ¿Me sancionarán por ello?

-No en este caso, era sólo para saber si tu memoria estaba en buen estado. Continúa.

-Entonces me dí cuenta de que ya estaba en el piso 48, creía que iba a caer uno más abajo, por eso calculé mal la caída.

-¿Y entonces adonde fuiste?

-Me dirigí al piso donde estaba el doctor. No vi a ningún miembro de la secta, por lo que deducí que no habían llegado hasta ahí y que junto con Ares podríamos asegurar la posición hasta tener un rescate aéreo.

-¿Qué pasó cuando abriste la puerta?

-Al acercarme... Yo... Yo vi al doctor Sarel Fausto.

-Comprendo. Cuando recuerdes más, avísame. Es vital para MARIA.

-¿Acaso ocurrió algo con MARIA?

-Se volvió loca, completamente loca. Quiero saber por qué. Tienes un permiso de unos días, puedes pedir más si lo necesitas, pero sólo te los concederemos si MARIA no lo desaconseja.

-Gracias.

-Hablares cuando vuelvas a estar bien. Hemos llamado a tu número de emergencias, es una mujer, una tal Isidora o algo así, no estoy seguro, fue de León quien hizo la llamada. Estará aquí para buscarte en media hora.

Cuando acabó de hablar, Lucilda cogió los agarres de la silla de ruedas y volvió a empujarlo servilmente hasta la puerta como si fuera una mera criada, si bien todo el mundo sabía que no era precisamente ese el rol que ella tenía dentro no ya de la relación entre ellos dos, sino incluso dentro de Destino.

-No me gusta esto, no me gusta nada -dijo Aurelio-.

-No es la primera vez que falla -dijo Lucilda-. ¿Qué te asusta tanto esta vez?

-Los antiguos fallos de MARIA se han debido todos a un conflicto de adaptabilidad entre nuestras unidades y las suyas.

-O que ellos tenían algo mejor. Eso es lo que te asusta esta vez, ¿Verdad?

-Te refieres a la Biblia Negra, ¿Verdad?

-Sí. Se supone que tiene dentro de ella misma todos los posibles caminos hacia su destino final, el Nuevo Edén.

-Eso suena bonito, pero es imposible. Más que bonito, diría que es ciencia ficción, y bastante siniestra.

-Pero tienes miedo de que algo de eso sea cierto.

-Este fallo de MARIA se debe a algo completamente desconocido para nosotros. Podría estar relacionado con la Biblia Negra, o con lo que ellos crean que es la Biblia Negra. En cualquier caso, esta conversación ha terminado.

Eva se duchó y notó como poco a poco el sueño de Eva se iba diluyendo en la realidad de Liliana. No estaba segura de por qué había mentido, si porque el recuerdo de su propia muerte era demasiado punzante, demasiado traumático como para sacarlo del baúl de su mente en el que lo había metido o porque tenía miedo. Miedo a que la exploraran, miedo a que la investigaran, a que abrieran su mente psicológica o físicamente. Como todos los recuerdos traumáticos, Liliana decidió guardar este en el fondo de sí misma. Ahora tenía miedo de que la pillaran con la mentira en sus manos, de que vieran lo mismo que ella. No sabía si MARIA podía hacer aquello, aunque parecía poco posible. A Eva no le importaba que existiese el sistema MARIA, a Eva no le importaba ser espía, todo lo que hacía Eva era digno de ser visto, pero Liliana tenía algo de intimidad. Ni ella misma sabía como había hecho para mantener aquellas dos actitudes tan distintas dentro de sí misma con tan solo enfundarse una armadura de combate.

El agua que caía de la alcachofa tenía una temperatura ideal. Destino era como ese padre que se preocupaba por que sus hijos tuviesen una vida todo lo cómoda posible, pero que no tenía tiempo para reconfortarles personalmente lo más mínimo. Cuando uno es seleccionado y entra a Destino sabe lo que se espera y espera tener una psique que pueda resistirlo, pero incluso aquellas personas como ella que eran capaces de aguantar la soledad seguían buscando un contacto humano, de la misma manera que aquel que es capaz de aguantar largos tiempos sin respirar bajo el agua querría encontrar una burbuja de aire en la que respirar. Aquella burbuja había sido siempre para ella José Aritmeo, que también era Ares de la misma manera que Liliana también era Eva.

Cogió las pocas cosas que tenía que coger y las guardó en una mochila que le habían dejado. Había pocas cosas que mereciesen la pena: la ropa que dejó en el vehículo el día anterior y un par de útiles de aseo personal. Había algo más: un pequeño colgante. Reconoció el colgante al instante, era su colgante de Eva, aquel que le servía como símbolo, como adorno de combate. Ares debía haberlo puesto ahí.

Al salir del hospital vio el coche de Isidora, debía haber acabado de llegar. También estaba Ares en la puerta, que se había quedado esperándola.

-¿Cómo están Valquiria y Osiris? -dijo Eva-

-Mejor que tú, aunque sorprendidos, eso desde luego -dijo Ares-. Parece que MARIA tuvo un problema importante durante la operación.

-Eso me ha dicho Aurelio.

-Los creadores de MARIA creían que existía un libro donde nuestros caminos estaban ya escritos y donde podíamos ver todas las ramificaciones de la vida. Ese libro es un libro de cara al pasado sólo tiene escrito aquello que ha sucedido, y que de cara al futuro tiene escrito todo lo que puede suceder.

-¿Cómo interpreto eso?

-Con un: me alegro que de todas las posibilidades quedase escrita aquella en la que salía ilesa. Cuidate.

-Lo mismo te digo.

Liliana avanzó y se metió en el coche donde Liliana la esperaba. Ares siempre había sido un buen amigo, a veces se preguntaba si él quería más, si quería conectar de otra forma con ella. Ella no tenía intención de hacer tal cosa, pero Isidora tardó poco en hacer esa pregunta.

-Así que dime, Liliana -dijo Isidora desde el asiento del conductor-. ¿Quién es ese hombretón tan apuesto?

-Un compañero de trabajo, nada más.

-¿Nada más? Esos ojitos que te pone, esas palabras tan corteses...

-Debe ser así con todo el mundo.

-Si tú lo dices...

-No estoy interesada en él, te lo he dicho miles de veces.

-Como digas -dijo Isidora riendo-. Volvamos a casa, Jorge está preocupado.

-¿Acaso te ha preguntado por mí?

-No, ya sabes como es el chico. Cuando se preocupa se pone a pintar y a dibujar como un descosido, que es lo que ha estado haciendo desde ayer.

-Al menos espero que todo eso le sirva para la escuela de artes.

-Supongo, tiene mucho talento. Aunque yo no sepa mucho de ese mundo y se sonroje cada vez que se lo digo.

Una sala sin ventanas comienza a iluminarse poco a poco con una luz fría proveniente de una lámpara de fluorescentes en el suelo.

-Es hora de que me cuentes lo que pasó -dijo Juan el Terrible.

-No hay mucho más que decir salvo lo que ya sabes, Juan.

-¿Por qué falló el sistema MARIA?

-No estoy seguro aún, habíamos tenido cosas parecidas antes, pero nunca a este nivel, nunca hasta el punto de volverla loca.

-¿Tiene algo que ver la capitana de la unidad 6 con ello?

-Es muy probable, pero es difícil de saber. También es muy probable que tenga algo que ver con el doctor Sariel Fausto, el cual sería el único de saber con exactitud que ha pasado aquí.

-Tu trabajo es saber todo lo que pasa dentro de MARIA.

-Y eso hago, tengo todos los datos. Pero yo no cree a MARIA, la concepción inicial de la misma venía del propio doctor.

El Terrible pulsó un botón y una luz iluminó a un hombre más de la sala.

-¿Has traído aquí a Nero?

-Sí. Esto no se trata de una mera cuestión tecnológica, el doctor Fausto era un miembro clave dentro de nuestra organización y todos debemos discutir sobre nuestro futuro.

-¿Acaso es posible que supiesen de su colaboración con nosotros?

-Ellos no -dijo Nero-. Pero él sí.

-¿Él? -dijo Aurelio.

-Él -dijo el Terrible-. Ha superado ya a MARIA en tres ocasiones, y no parece que la dinámica vaya a cambiar.

-Te refieres al... -dijo Aurelio-.

-Al Firewall 666.66 -concluyó Nero-.

-Ha llegado la hora de cambiar de táctica. Esta ejecución es de una crueldad que nunca antes he visto, no podemos permitir que nada así vuelva a ocurrir -dijo el Terrible-.

-¿Así que tenemos que partir de la base de que el Firewall 666.66 es más poderoso que MARIA?

-Es más poderoso que MARIA porque posee una finalidad. No sé en que consiste dicha arma, pero parece sobrepasar nuestras capacidades. El Firewall 666.66 no se limita a proteger de forma perfecta de ataques cibernéticos, sino que además parece tener una dimensión "física" -dijo Nero-.

-¿Estás de acuerdo con esa teoría, Juan? -dijo Aurelio-.

-Es el capitán de la unidad 7, así que tiene autoridad suficiente para ser tenido en cuenta.

-¿Una finalidad? -dijo Aurelio-. No me gusta por donde van los tiros, pero acataré las órdenes, sean cuales sean.

Los tres hombres dieron la reunión por finalizada.

El despacho estaba tan desordenado como siempre. La mayoría de sus clientes no solían desplazarse hasta aquel lugar para contratar sus servicios y a él mismo no le importaba vivir entre cajas y cajas de folios y memorias virtuales de todos sus casos. Durante un tiempo había pensado en alquilar un almacén o buscar espacio extra, pero aquello hubiese sido dar por olvidados todos los casos en los que había trabajado. Y aunque aquellos casos estuviesen ya resueltos, no podía permitir que se olvidasen hasta que todo El Nuevo Edén hubiese quedado reducida a cenizas.

Llevaba ya 8 años dedicado exclusivamente a casos sobre dicha secta. Era uno de los hombres que más sabían del mundo sobre ellos y afirmaba con rotundidad que en ningún sitio eran tan violentos como en Zaragoza. Aprovechaban las muchísimas zonas abandonadas de la ciudad para anidarse, y como ratas se expandían por toda la ciudad, habían asesinado a personas de toda condición y de toda clase, aunque solían preferir a los poderosos. La mayoría de aquellos casos los había investigado él, por lo que cuando alguien abrió la puerta y vio la identificación que le acreditaba como miembro de Destino, no hizo la mayor muestra de sorpresa.

Era como siempre: un hombre había sido asesinado con más o menos violencia, y siempre había alguna conexión con El Nuevo Edén. La mujer que había venido se sentó en la silla y le enseñó a Gabriel unas pocas fotos.

-¡Dios santo! -dijo Gabriel Aquitán en cuanto vio las fotos del asesinato-. ¿Qué diablos le han hecho?

-Suponemos que es una especie de asesinato ritual, pero no sabemos muy bien por qué o para qué.

Liliana se despertó y comenzó a sudar y a respirar con dificultades debido a una agobiante sensación de falta de oxígeno. Aquella foto retrataba la misma escena que había visto ella, la misma posición, la misma sangre... Pero no era el doctor Fausto Sariel el que estaba colgado boca abajo, era ella.

<http://profetasnuevoeden.wordpress.com/>

Capítulo 2 - ¿Estoy viva?

Un escalofrío me despertó por la mañana. Aquella noche no pude dormir, aquella visión me había mantenido en vela hasta la primera hora de la mañana. El ritual matutino: levantarse, ducharse, desayunar y mentalizarse para ser Eva había sido cancelado. No estaba contenta, había fallado a mi unidad, y había puesto su vida en peligro. Sólo gracias a José Aritmeo había conseguido salir viva, o eso creía.

No sabía que me asustaba más, si la visión de aquel hombre que me había matado con un certero golpe de espada o la de aquel investigador con una foto de mi horrorosa muerte en la mano ¿De dónde había venido todo aquello? Nunca me había pasado nada igual y tenía miedo de que a nadie más le hubiese pasado. Sabía que tenía que haberlo contado, pero decidí callar esta segunda visión incluso antes de tener la oportunidad de contar algo sobre ella. Sabía muy bien cómo me había mirado Aurelio mientras me interrogaba de forma cortés en la habitación del hospital, y no era de la misma forma en la que miraba, por ejemplo, a Lucilda: a ella la miraba como a una persona. Aurelio no estaba interesado en mí como persona, fuese bajo mi nombre en clave, Eva, o mi nombre real, Liliana.

Ya había sentido como era morir una vez y no había conseguido quitarme esa sensación de la cabeza. En el momento en el que pasase a convertirse en un sujeto experimental mi vida como persona, como mujer, hubiese acabado, por mucho que mi vida física hubiese seguido existiendo. Me costaba aceptar que el lugar en el que trabajaba, el lugar en el que creía que hacía bien al mundo, el lugar en el que creía haberme ganado una reputación y un puesto, ese lugar era un sitio temible para mí. Quizá sólo sentía aquello por lo mucho que me afectó la muerte del doctor Sariel Fausto. Todo el mundo lo conocía como Fausto, pero a mí me gustaba llamarlo Sariel, de igual modo que él a mí nunca me llamó Eva. Me gustaba ese gesto.

Sonó el teléfono, pero Liliana no quiso levantarse de la cama, así que activó el manos libres y se quedó dónde estaba sin levantarse mientras escuchaba el mensaje.

-Eva -dijo Valquiria-, no he podido llamarte hasta ahora, perdóname. Aquí estamos todos preocupados por ti, sé que Osiris no te ha llamado, pero hasta que no reciba permiso expreso no te llamará, ya sabes como es.

-Elena.

-¿Si?

-Llámalo Marcos, no estamos de servicio.

-Como quieras, Liliana. ¿Te encuentras bien? ¿Cuándo crees que volverás?

-Me encuentro bien, así que supongo que volveré pronto. Me alegro de oír tu llamada.

-De nada. No tengo más tiempo para hablar por ahora.

-No te preocupes, vuelve tranquila al trabajo.

Liliana había mentido. Físicamente estaba bien, sí, pero las secuelas mentales de los últimos dos días eran demasiado profundas para ser curadas en un día de descanso. Podía ir a un psiquiatra o a un psicólogo, pero ambos suponían tener que admitir una debilidad que la hubiese apartado de su unidad y de todo Destino. Y ahora más que nunca, quería estar dentro, quería poder vengar al doctor.

Era frustrante ver como los fanáticos del Nuevo Edén se volvían cada vez más y más astutos, más incluso que ella, que Aurelio, que MARIA... Más incluso que el Terrible. Y el fracaso de Destino era mucho más preocupante de lo que cualquiera pudiera imaginarse a simple vista. La organización tenía el respaldo del gobierno, de la Comisión Europea y de las propias Naciones Unidas. Destino

tenía una licencia prácticamente ilimitada para matar, investigar y detener a cualquier sujeto sin rendir cuentas a nadie. Derechos justificados por la extrema violencia de aquella secta y de los numerosos asesinatos que se le atribuían. Sus miembros eran además realmente fervientes, la mayoría de ellos se había convertido después de ver cómo el mundo que la humanidad había habitado desde su nacimiento se había ido marchitando progresivamente, otros al oír las historias del pasado, y todos ellos se aferraban al Nuevo Edén como el último rayo de esperanza del mundo.

Todo lo que había por debajo del Ebro en España había sido convertido en desiertos y ciénagas de aguas tóxicas para la salud, soportando tiempos extremos que mezclaban lluvias torrenciales con sequías interminables. España además no era una mera casualidad, todos los países del mundo se encontraban en una situación parecida desde el punto de vista ecológico. Donde era el antiguo reino de España especial era en la forma en la que se comportaba el Nuevo Edén, en ninguna otra parte eran tan violentos y tan peligrosos, especialmente en Zaragoza.

Se levantó de la cama y se fue a duchar. Al final terminó cumpliendo el ritual como siempre, hasta que llegó la hora de ponerse el colgante, ese que Aritmeo le había dejado en su mochila, ese que significaba que tenía que dejar sus inseguridades a un lado y ponerse una armadura de combate. Se llenó de alivio al saber que no tendría que ponérselo ese día, que aquel día podía descansar de ser Eva y podía ser Liliana por un día, aunque ser Liliana tampoco era fácil.

Llamaron a la puerta, no usaron el timbre, sino que dieron un golpe a la puerta. A esas horas no podía ser otra persona salvo Isidora, y así fue.

-¡Hola! -dijo Isidora-. Despiertas bien temprano en un día de fiesta, ¡Deberías descansar!

-Entonces te hubiera podido abrir.

-Bueno, mujer, te hubiese despertado con el timbre. ¿Cómo te encuentras?

-Bien, supongo.

-¿Bien? ¿Muy bien?

-Bien.

-Entonces, bien, perfecta.

-¿Qué es lo que quieres?

-Verás... Voy a estar unos días fuera, y me quedo más tranquila si sé que estarás al tanto de Jorge.

-¿Qué quieres que haga con Jorge? ¿Quieres que se venga aquí mientras estés fuera? Vives enfrente de mí, es prácticamente lo mismo que esté en un lado o esté en el otro.

-Ya, pero... Pero te quedas con él, ¿No?

-Bueno yo...

-No tienes que hacer nada, sólo comer juntos o algo así. El tiempo que no esté en el instituto estará en su cuarto, sabes que le encanta pintar y todo eso, no se moverá mucho de ahí. Sólo quiero que bueno, no coma en casa solo. Voy a dejar comida hecha, podéis comer los dos en mi casa.

-¿Tan importante es?

-Créeme, lo es. Sé que te estoy poniendo en un compromiso, pero no le gusta mucho la soledad, por mucho que creas lo contrario.

-Como quieras, estaré al tanto de él.

-¡Gracias! Estaba pensando que iba a tener que dejarlo con mi padre o algo así, ¡Qué horror! Una hora de viaje y otra de vuelta para volver a mi pobre padre loco. Sé que os lleváis bien los dos, así que no habrá problema, ¿No?

-Te he dicho que estaré al tanto de él, sí. No te preocupes más por eso.

-Bien. ¿Cómo estás hoy? ¿Te han dado descanso?

-Sí. Tengo un par de días, tres como mucho. Espero volver lo antes posible.

-¿Lo antes posible? Esa gente te explota y son de lo más siniestro que hay en el mundo, así que aprovecharás tu descanso.

-Bueno, tengo que hacer cosas en casa. ¿Luego nos vemos?

-Me despediré antes de irme.

Cuando era joven, Isidora siempre se iba de viaje con algún novio a algún lado por los fines de semana. Lilitiana estaba más que acostumbrada a oír esa frase: "Me despediré antes de irme" En todos los años de amistad, Isidora nunca había fallado a esa promesa. Pero a ella le hubiese gustado oírlo menos, no por el hecho de que perdía a una amiga con la que iba hacer cosas el fin de semana, sino porque aquella frase reflejaba perfectamente la separación que existía entre ambas: una era popular, abierta, extrovertida, feliz; la otra era callada, introvertida, cerrada y angustiada. Cerrarse dentro de sí misma había tenido cosas muy buenas para ella, había tenido mucho tiempo para ejercitarse físicamente, y también para crear una vida interior lo suficientemente activa como para no sentirse deprimida al vivir sola, pero aquello también le había causado infelicidad crónica durante toda su adolescencia.

Jorge era muy parecido a ella en aquel aspecto, era introvertido y tímido, pero a cambio tenía una capacidad artística sorprendente. Cuando no estaba dibujando estaba tocando el violoncelo, pintando un cuadro o leyendo un libro. Jorge le recordaba a ella, sólo que él era aún más cerrado en sí. Lilitiana aunque nunca fue sobrada ni de amigas ni de novios, siempre tuvo la cantidad suficiente como sentirse mínimamente aceptada. De Jorge sólo sabía que tuviese una relación profunda con una chica: Sara Rami. Sara Rami era una de las que vivía en la residencia de chicas que había unos pisos más arriba del suyo y en la que estaban unas cuarenta chicas viviendo porque habían venido a la ciudad a estudiar. No era raro ver a Sara por los pasillos del piso 34, siempre buscando a Jorge para hacer una u otra cosa. A pesar de lo unidos que estaban no parecían tener ningún tipo de relación sentimental. En el caso de Jorge, quizá valoraba más a una amiga que a una novia, y en el caso de ella, las formas en las que lo traía y llevaba, siempre llevando la iniciativa y a veces a regañadientes, parecían más propias de una amiga de toda la vida que de una novia. En cualquier caso se alegraba de que Jorge tuviese a alguien así. Había tenido mucha suerte con las mujeres en su vida: primero fue Isidora la que lo adoptó y ahora con Sara parecía estar contento aunque ni ellos mismos entendiesen la dinámica de su relación.

Su casa no era demasiado grande, pero sí que tenía una sala donde estar cómodo y una cocina donde poder cocinar cómodamente. Lo cierto era que pocas veces podía darse el placer de cocinar algo a gusto, la cocina para ella era algo pesado, algo a eludir, como todas las tareas de la casa. Tenía todos los robots domésticos posibles, desde los que limpiaban el suelo hasta los que prácticamente cocinaban solos. Aun así, hoy recogería ella misma y pondría un poco de esmero en que todo estuviese limpio. Tenía aprecio por el chico, y quería demostrarlo de alguna manera, aunque sólo fuese cocinando y limpiando. Jorge lo entendería, él, al igual que ella, no eran personas que se expresasen meramente con palabras. Jorge tenía su arte y ella... Ella tenía sus cosas, si bien el significado exacto de ese término estaba aún por decidirse. Cuando era Eva, cuando estaba en medio del combate le gustaba expresarse con su cuerpo, su voz daba órdenes, era firme y eficaz, su cuerpo era elástico y armonioso.

Sonó el timbre, no estaba esperando a nadie salvo a Jorge así que abrió antes de preguntar quién era.

Un hombre joven estaba en un ascensor esperando pacientemente a llegar al piso 34. Llevaba barba de un día, pelo corto y una gabardina que parecía haber visto mejores días. Le había costado un par de días dar con la dirección, en Destino eran tremendamente opacos en todo lo que hacían, tanto para bien como para mal, algunas veces en perjuicio de su propio beneficio.

Palpó su carpeta para asegurarse de que llevaba las fotos, aquellas terribles fotos. Nunca antes había visto nada igual, ni siquiera en Zaragoza, por lo que pensó que quizá no sólo el Nuevo Edén estuviese involucrado, sino algo a nivel personal, algo que se ocultase entre los pasillos del edificio 34. Como buen profesional, había realizado un aburrido y extenso inventario de personas y puntos

de interés en aquel lugar. No había muchas personas con las que la víctima se hubiese relacionado de forma asidua y no había muchos lugares de interés más allá de su propia casa. En vista de que no parecía haber nadie por aquel lugar y de que tenía una copia de la llave, fue ese el sitio por el que empezó a indagar.

La casa no era muy grande, pero parecía ser lo suficientemente grande como para una persona, incluso para una pareja. Tenía una sala bastante espaciosa y una cocina que si bien no demasiado elegante, parecía funcional. Sólo tenía un baño y dos dormitorios, lo que indicaba que aquella no era una casa de alguien que fuese demasiado ostentoso. La primera impresión que tuvo de la casa fue una frágil sensación de orden y limpieza. Había un pequeño robot de limpieza recorriendo el suelo con su característico ruido como si nada hubiese pasado. Había también robots domésticos de ese estilo en la cocina y en la pequeña terraza. La víctima no disfrutaba mucho su casa, y parecía detestar las tareas del hogar.

No había mucho que pudiese sacar de aquel lugar. Parecía estar en perfecto orden, como si nadie se hubiese percatado de que aquí faltaba alguien, o estaban tan acostumbrados a ello de que no se habían molestado en mandar ningún mensaje ni nada semejante para tratar de contactar con la víctima. No era la primera vez que veía aquello, Destino solía engullir a las personas que trabajaban dentro de él, fuese cual fuese su puesto. Algunos agentes de campo acababan teniendo horribles pesadillas, otros se acababan convirtiendo en suertes de cascarones humanos, incapaces de hacer otra cosa que seguir luchando. Muchos se obsesionaban de algún modo o de otro con todo el Nuevo Edén y su simbología y aunque sabía que nunca se lo dirían, estaba convencido de que algún miembro de Destino había acabado en el otro bando, en la secta del Nuevo Edén.

Todo aquello era comprensible, dentro de Destino cada individuo tenía una carga de responsabilidad incommensurable, la misma organización en sí tenía una carga parecida. Destino no rendía cuentas ante nadie que no fuese la Comisión Europea o las Naciones Unidas, y normalmente el apoyo de uno sólo de los dos era más que suficiente para seguir existiendo. El Nuevo Edén había resultado en un problema para todo el mundo, y ninguna organización con poder se sentía segura con una banda de potenciales asesinos tan peligrosa. Nadie había sido tan efectivo como Destino como para combatirlos, incluso aunque en el proceso se hubiesen acercado en muchas cosas al enemigo al que perseguían. Destino tenía autorización para hacer lo que quería, para matar al que quisiera siempre y cuando estuviese dentro del Nuevo Edén. Aquella era una grande y dolorosa responsabilidad, que habían asumido sin darse cuenta siquiera de sus efectos.

Oyó pasos, un chico entró por la puerta. Parecía tener unos 15 años, parecía ser más maduro de lo normal para su edad. Era castaño, de estatura media y de un aspecto que podría haber sido calificado de corriente, pero había algo dentro de él que le hacía pensar a Gabriel que aquel chico podía ser útil.

-Así que ha pasado algo, ¿No? -dijo Jorge-

-Sí, lamento decirte que así es -dijo Gabriel-

-Era de esperar.

-¿Era de esperar?

-El trabajo de Liliana es muy peligroso, ¿No? Siempre está expuesta a peligros de toda clase, siempre la veo cansada por las tardes.

-Muchos trabajos cansan. ¿Por qué el de Liliana era distinto?

-Porque ella parecía cansada no sólo físicamente, se cansaba también psicológicamente. No sé cómo podía estar Liliana en un trabajo que implicase tanta violencia.

-¿Le echarás de menos?

-Sí, claro. Todos aquí la echaremos de menos.

*-Siento mucho esto que voy a hacer, pero necesito que veas unas imágenes.
-Entonces está muerta, ¿No? Usted sólo ha venido a decirlo.
-Mi nombre es Gabriel Aquitán, y soy el investigador privado contratado por la policía para investigar la muerte de Liliana. Y sí, lamento tener que venir con tan malas noticias.*

Liliana abrió los ojos y todo volvió a su sitio. Volvía a estar en su casa, tenía la mano en el pomo de la puerta e iba a abrir a Jorge, que acababa de llamar, seguramente esperando la comida. No entendía lo que acababa de pasar, de dónde provenía todo aquello, pero tampoco iba a quedarse parada, así que abrió la puerta y dejó entrar a Jorge. Este la miró con una cara extraña, cómo si hubiese detectado los problemas que acababan de asaltar la mente de Liliana, y aunque verdaderamente se hubiese dado cuenta de aquello, se limitó a saludar y a entrar sin muchas palabras, como siempre en él.

*-Te agradezco la comida -dijo él-. No tenías por qué...
-No te preocupes -dijo ella-. Sé cómo es Isidora y se queda más tranquila si estás aquí, además tengo el día libre, no me ha supuesto ningún esfuerzo especial.
-En ese caso... Lamento que Isidora te haya metido en este problema, seguramente te lo habrá dicho sin avisar.
-Bueno... Sí, ella es así. Ya estoy acostumbrada.*

Las conversaciones con Jorge eran distintas que con el resto de personas. Mientras que con la mayoría de personas Liliana podía distraer y abstraer su mente, con Jorge era como si esta se viese estimulada, hablar con él no hacía más que darle leña al fuego que era su hilo de pensamientos interno. Todo el silencio que había en sus conversaciones no era más que silencio aparente, pues su mente, de una forma u de otra, aprovechaba esos momentos para expresarse de formas más sutiles y menos ruidosas.

*-¿Puedo pedirte un favor? -dijo Jorge-.
-Claro -dijo Liliana-. ¿Qué te ocurre?
-Tengo que ensayar una partitura, ¿Te importa que toque aquí esta tarde? Procuraré hacer poco ruido, te lo prometo.
-¿Una partitura de celo?
-Sí. ¿Acaso tocas tú un instrumento?
-Tengo un teclado por casa, pero hace años que no lo toco.
-Es una pena.
-Lo sé. Tráete el celo y quédate toda la tarde aquí si quieres.
-¿Seguro?
-No me importa, de verdad. Seguro que lo agradezco, no todos los días se puede disfrutar de música en vivo y en directo en casa.
-Bueno, es un estudio que apenas he empezado, no sé si lo haré muy bien.
-No te preocupes, ensaya todo lo que quieras.*

Liliana sacó los cuchillos y Jorge fue poniendo los vasos en la mesa, lo cierto es que no tuvieron mucho trabajo, siendo que sólo comían dos personas. Cuando apenas habían comenzado con el primer plato, sonó el timbre.

*-No espero a nadie -dijo Liliana-.
-Yo... Tampoco, creo que no -dijo Jorge-.
-¿Creo? Es ella, ¿No?
-Siempre lo es.
-Entonces ve a abrir.*

Jorge se levantó y fue a abrir la puerta. Una chica de su edad, de pelo castaño y de ojos claros estaba en la puerta. Se trataba de Sara Rami.

-Sara -dijo Jorge-, ¿Qué haces aquí?

-¿Cómo que qué hago aquí? ¿A qué crees que he bajado?

-No lo sé, ¿Cómo sabías que estaba aquí?

-Isidora habló conmigo ayer.

-¿Isidora? Esa mujer no podría callarse ni aunque le pagaran por ello.

-Entonces puedes quedar estar tarde, ¿No?

-Bueno... Tengo que ensayar una partitura para mañana y...

-¿Tanta prisa tienes?

-¿Tantas ganas tienes de quedar?

-Qué hombre, no sé cómo no me he acostumbrado ya.

-Yo tampoco. No me apetece a mí mucho quedar y tengo cosas que hacer, eso es todo.

-¿Todo? Bueno, yo bajo después, cuando haya pasado la hora de la siesta y vamos a dar una vuelta y a tomar algo.

-Pero, yo...

Sara ya había cerrado la puerta para cuando Jorge intentó responder. Liliana trató de esconder la risa con escaso éxito.

-No sé cuál de las dos es peor -dijo Jorge-.

-Eres un hombre con mucha suerte con las mujeres -dijo Liliana-.

-No estoy yo seguro de eso.

A partir de ahí no hubo mucha más conversación. Ella sabía que Jorge no era de grandes conversaciones y que no le gustaba mucho hablar de su relación con Sara. Además, Jorge poseía un retorcido sentido de la diversión a la hora de llevar la contraria a alguien, era capaz de defender cualquier cosa, por idiota o poco práctica que fuese, y Liliana no quería llevar esa extraña vena suya a su relación con Sara.

Al poco de comer Jorge fue a casa de Isidora a por su instrumento y sus partituras y se fue al dormitorio que estaba sin usar. Por muy independiente que fuese, Jorge seguía siendo un chico con las mismas necesidades de afecto y compañía que cualquier otro chico de su edad, y aunque se había puesto en otra habitación, no había querido estar en el piso de Isidora sólo. Le recordaba tanto a ella... Le prepararía el otro dormitorio, no quería que durmiese sólo, y él desde luego tampoco querría hacerlo.

Las primeras notas del celo comenzaron a volar. Ella no sabía muy bien que era lo que estaba tocando Jorge pero había suficientes disonancias como para saber que era una partitura que no dominaba en absoluto, aunque consiguiese hacer despegar el sonido en alguna ocasión. Se notaba que tenía talento y dedicación: aquellas pocas notas decían más sobre él y hablaban más de sus sentimientos que ninguna de las palabras que él pudiese decir. Por desgracia para ella, a los pocos minutos de estar relajada en el sofá escuchando a Jorge, una mujer la llamó desde Destino: tenían que hablar con ella y con celeridad, aunque no había necesidad de que volviese al servicio aún. No había pasado un día y ya había problemas, aunque dada la situación lo raro es que le hubiesen dado días de auténtico descanso, por pocos que fuesen.

-Jorge, ¡Jorge!

-¿Qué ocurre?

-Voy a tener que salir de casa, no te importa quedarte sólo, ¿No?

-Estaré bien, no te preocupes.

Liliana fue a su cuarto a buscar su uniforme ordinario, que era exactamente igual al de todos los demás agentes de Destino, y se puso unas zapatillas cómodas. Jorge se quedó sólo en casa tocando el celo.

Al cabo de un rato llamaron a la puerta, Jorge sabía muy bien de quien se trataba.

-Veo que te has preparado -dijo Sara haciendo referencia al cambio de ropa de Jorge-.

-Sí, supongo que has vuelto a ganar, como siempre.

-Sí, supongo que sí. Nos los pasaremos bien y nos dará el sol, ¿Qué más puedes pedir?

-Bastante más, pero que no conozca las opciones no quiere decir que no existan.

-Tú siempre tienes que ser tú, ¿No?

-Más o menos.

La sala en la que se encontraba Liliana era de lo más extraña y ella nunca había estado ahí antes. La sala era completamente oscura salvo por una luz tenue que venía del techo y unos pequeños focos en el suelo. La sensación era la de estar en la penumbra más absoluta, aunque en realidad pudiese ver bien a los hombres que allí se encontraban: Marcos Aurelio, Nero y el Terrible, además quedaba una silla vacía, aunque no sabía quién sería su dueño.

-Esta es la sala segura de Destino -dijo Aurelio-. Es llamada así porque de todas las habitaciones del edificio, esta es la única en la que es imposible grabar imagen o sonido. Comprenderás que te hayamos llamado aun estando de permiso, necesitábamos contarte lo que te vamos a decir.

-No por ello tendrás que volver a tener que ponerte la armadura antes de que tu descanso termine. Respetaremos el tiempo de descanso que te ha sido concedido, pero eso no implica que los acontecimientos puedan requerir de tu presencia, como es el caso -dijo Nero-.

-No nos andaremos con rodeos para no perder el tiempo -dijo Aurelio-. Has sido reasignada a la unidad Destino 7.

-¿A la unidad 7? -dijo Liliana-.

-Sí, yo seré tu capitán a partir de ahora -dijo Nero-. Estarás bajo mis órdenes durante un tiempo indefinido, te informaré a su debido tiempo sobre horarios y demás datos necesarios para que ingreses con normalidad en nuestra unidad.

-¿Y qué pasa con Ares, Osiris y Valquiria?

-No es de tu incumbencia -dijo Aurelio-. El futuro de la unidad 6 se decidirá de forma justa y pragmática, si es que son esas tus exigencias, como he de suponer.

-Hazte a la idea de que lo más seguro es que no vuelvas a la unidad 6, así que si quieres despedirte de alguien, es el momento -dijo Nero-.

-Pero eso no es lo más importante, queremos hablarte de otro hombre, un hombre con el que deberás colaborar a partir de este momento en la investigación sobre la muerte del doctor Fausto.

-¿De quién se trata?

-Es un profesional de incuestionable calidad y experiencia a la hora de tratar con el Nuevo Edén, ha demostrado ser tan útil como Destino a la hora de conseguir pararlos y hemos contado muchas veces ya con sus servicios.

Liliana pudo ver horrorizada como un foco se iluminaba sobre un hombre que le resultaba muy familiar. Joven, con el pelo corto y con barba de unos pocos días, llevaba una gabardina que parecía tener ya unos cuantos años.

-Encantado -dijo de forma muy cortés Gabriel Aquitán-.

3 - ¿Qué Estoy Viendo?

Salí de aquel lugar tan pronto como pude, apenas recuerdo que le dije a ninguno de los hombres que estaba en aquel lugar, pero sé que no estuvo a la altura de un miembro de la unidad Destino 7. No por ello creo que no estaba excusada para sentir lo que sentí en aquel momento. Una puñalada pasó por mi corazón y por mi mente en el instante en que aquel extraño se presentó con aquella agradable sonrisa, que de alguna forma que no alcanzaba a comprender, estaba maldita con el veneno de la visión de mi propia muerte. Ahora pienso que lo mejor quizá hubiese sido haber contado la verdad, haber contado todo lo que me pasaba y haber esperado un destino seguro, haber tenido por lo menos una certeza a la que agarrarme.

Pero no me arrepiento de no haber dicho nada. En aquel momento no sabía muy bien que querían de mí, siempre había dado todo lo posible por los hombres que había en aquella sala, y no había conseguido sacar ninguna palabra de la boca del Terrible, y estaba convencida de que si no hubiese sido por Nero, alguien la hubiese detenido intentando salir de allí. No sabía si había sido degradada o puesta en observación, no sabía si había sido creída o desacreditada, pero sabía que querían algo de mí. No les culpo por ello, yo también quería algo de ellos, aunque fuese algo mucho más simple, noble, e incluso bello. Los necesitaba a ellos para lo mismo que necesité a Isidora cuando llamé por teléfono nada más salir del edificio de Destino, para sentir a alguien a mi lado cuando más lo necesitaba. Quizá ellos en realidad sí que trataron de acercarse a mí, quizás me debería haber sentido privilegiada por las explicaciones que me dieron sobre cosas que desconocía, pero en aquel momento me sentía traicionada. No fue hasta más adelante que me di cuenta de que en realidad no estaba enfadada con ninguno de los tres hombres que la habían convocado: Nero había respetado mi decisión de marchar, Aurelio confiaba en mí más de lo que debía y el Terrible... Él siempre era igual, tan misterioso como todo lo que lo rodeaba a su persona.

Me sentía traicionada por su propio destino, por mis visiones. Y aquellos hombres, que eran lo más parecido a una providencia antropomórfica que quedaba en mi mundo, no fueron capaces de darme una respuesta. Mi oráculo de Delfos había fallado y ni siquiera había sido capaz de reconfortarme, sino todo lo contrario, presentándose a un hombre que parecía una extraña manifestación de mis propias visiones, de mi propia muerte.

Cuando llegué a casa no tardé ni un segundo en comenzar a derramar lágrimas en mis ojos. Creo que aquella vez fue la primera vez que lloré siendo parte de Destino. Por primera vez Eva y Liliana lloraban por lo mismo, tenían el mismo sentimiento. Tanto Liliana como Eva estaban asustadas. Caí dormida nada más entré en mi dormitorio.

Era de mañana temprano, Aquitán bajaba por la calle desconcertado con la vagüeza de las pistas que tenía sobre el asesinato de aquella mujer. El Nuevo Edén siempre se había movido con justificaciones y excusas que rozaban el delirio o lo abrazaban, pero en sus intereses siempre había algo más práctico que los versos místicos que soltaban, y siempre había un móvil más propio del mundo material que del espiritual. Aquella vez todo parecía ser más difuso.

Jugaba al gato y al ratón con ellos, y la forma que tenían para disfrazar sus crímenes era casi siempre suficiente para hacer desistir a aquellos locos obsesionados con darles caza, menos a él. Aunque en realidad Aquitán no se consideraba un loco justiciero en busca de venganza, tampoco un obseso, ni siquiera un especialista. Él creía que tenía una misión, o algo parecido, algo que le costaba justificar con palabras pero que le ayudaba, que le daba fuerzas para seguir investigando todo lo que tenía que ver con ellos, para desenmascarar toda la verdad. Ese era su interés verdadero: la verdad.

Las piezas respecto al puzzle de aquella mujer no le terminaban de convencer, seguramente porque Destino se guardaba las piezas más importantes. Había investigado para ellas docenas de casos con éxito, pero siempre habían sido reservados con él. Quizá por miedo a que sacase a la luz trapos sucios suyos, o quizá porque tenían secretos peores de lo que se podía imaginar. En cualquier caso, él no confiaba en ellos más de lo que ellos confiaban en él, pero mientras le acercasen a la verdad, él trataría de seguir colaborando.

Aquella vez tenía una sensación distinta a las otras veces que tenía que investigar. Las imágenes y su crueldad, la evidente tristeza que la muerte de aquella mujer había evocado había acabado tocándole. ¿Estaban tratando de jugar la guerra psicológica contra él? Porque se sentía sinceramente triste por el desgraciado final de aquella mujer, y esa sensación de vacío que había tenido al ver el piso donde vivía, perfectamente ordenado y perfectamente vacío, se estaba apoderando de él.

Empezó a oír poco a poco una música, venía de una de las calles cercanas y decidió echar un vistazo. Un hombre mayor estaba tocando en una guitarra una bella melodía que tenía un cierto punto melancólico, pero que aun así consiguió levantarle el ánimo. Aquel hombre tenía un dominio de su instrumento mucho mayor de lo que su aspecto podría decir, y Aquitán se sintió aliviado mientras aquel hombre tocaba. Se sorprendió que ante semejante composición no hubiese nadie más parado al igual que él escuchando a aquel músico callejero, aunque aquella calle era muy secundaria, quizá era que aquel pobre hombre no había elegido el mejor lugar.

Cuando fue a echarle una moneda, la música paró de repente. El hombre estaba callado, con una sonrisa en la cara, pero lo que dijo a continuación no era en absoluto lo que esperaba Aquitán.

-Vienes por el Rey Carmesí, ¿Verdad?

Liliana se levantó con un sobresalto y abrió violentamente los ojos. Aquella vez la visión había sido distinta, se encontraba bien, y sabía por qué. Aquel músico había conseguido calmar su alma de la misma manera que había calmado la sensación de vacío de aquel hombre, Gabriel Aquitán.

Aquel era otro día de descanso, no se sentía recuperada como para volver a enfundar la armadura y no tenía ninguna intención de dudar de su propio juicio en eso. Sabía que Aurelio era un hombre poco paciente, y no esperaba que ella estuviese más de tres días fuera. Aquello en condiciones normales era mucho tiempo, el Nuevo Edén se movía muy deprisa, y tratar a tiempo todas las incidencias que podían saltar en un futuro era una tarea ardua y gracias al sistema MARIA, era una tarea de nunca acabar.

La puerta del otro dormitorio estaba cerrada. Aquel dormitorio, que sólo era usado por su hermana cuando venía de visita, poseía apenas un armario y una cama. Como el resto de su casa, Liliana la encontraba pequeña, acogedora y moderna. Aquellas tres cualidades habían sido los ejes con los que Liliana había impuesto su estética en aquel lugar. Podría haberse permitido una casa más grande, su salario era más que suficiente para ello, y podría haber sido en otro edificio más exclusivo, pero los pisos grandes le transmitían una horrible sensación de vacío, y por muchos muebles y alfombras que pusiera, siempre parecían vacíos, y veía sus habitaciones más como muros desnudos profundamente decorados que como un elemento de un hogar. La puerta no estaba cerrada con llave, pero no necesitaba entrar para que saber que era Jorge el que estaba durmiendo. Lo dejó descansar, hubiese preferido estar sola en casa mientras andaba en su chándal desfasado y comía en el sofá, pero a Isidora no le gustaría saber que había echado a Jorge de su propia casa, y tampoco le hubiese gustado a ella misma semejante actitud con el chico, que además había dejado una nota en la nevera que ella no había visto hasta el día siguiente.

Su móvil comenzó a vibrar con fuerza, por el tono que comenzó a sonar supo que era un mensaje. Eso le hizo pensar en que no había llamado a nadie del trabajo, y lo último que quería en el mundo era que Eva, Osiris o Ares se sintiesen abandonados o sintiesen que el afecto que había entre ellos era una cosa artificial. Todos ellos, incluida ella misma, necesitaban sentir que el otro se preocupaba genuinamente por ellos, no por exigencias de trabajo o por mero utilitarismo. Haber hecho una llamada hubiese sido un buen gesto, pero ahora era demasiado tarde. El mensaje era de Ares, que le estaba esperando en la puerta de su propia casa.

Aquello no era típico de Aritmeo, pero tampoco era completamente extraño. Dejó a Jorge durmiendo sólo. Mientras que luego dejase el dormitorio recogido, no tenía problema en dejarle ahí.

Su sorpresa fue mayúscula al ver a un hombre completamente distinto esperándola en la puerta. Era de pelo castaño, ojos oscuros y una sonrisa que expresa a partes iguales una aparente sincera amabilidad y una enorme confianza. Aquel hombre no era José Aritmeo, aquel hombre era el líder de la unidad 7: Nero.

-¿Qué hago aquí? -dijo Nero-. Supongo que esa será tu primera pregunta.

-Lo es -respondió Liliana-.

-Supongo que no te habrá hecho mucha gracia pasar de ser líder de tu unidad a estar bajo mis órdenes. Si te sirve de consuelo, hasta que no vuelvas al trabajo no se actualizará tu estado, así que ahora mismo estamos hablando de igual a igual.

-¿Qué haces aquí, Nero?

-Lamento tener que haberme pasado por Ares, pero quería asegurarme de captar tu atención y de tener por lo menos la oportunidad de charlar. ¿Quieres que te invite a algo? Podemos ir al café de la esquina.

-Me has mentido, y deberías estar trabajando.

-Estoy trabajando. Y no me llames Nero cuando estemos fuera del lugar de trabajo, fuera de Destino mi nombre es aquel que me dio mi padre: Rafael de León.

-¿Y qué quieres?

-Aurelio puede ser muy seco, grosero incluso. Y el Terrible...

-No abrió la boca.

-No. Tengo miedo de que te hayas tomado a mal todo lo sucedido ayer, por eso quiero que hablemos, para asegurarme de que limamos todas las asperezas que se hayan podido levantar, Liliana.

Liliana aceptó, aunque no estaba muy segura del por qué. Aunque no le había gustado que la engañase, de León era un superior a todos los efectos y aquello bien podría haber sido considerado como una orden. Tampoco tenía ningún motivo para desconfiar de él, y ella deseaba saber más de su futura situación y de su futura unidad. Además, la había llamado Liliana y no Eva.

Cuando llegaron al café, una sorpresa le estaba aguardando a Liliana: de León no la había llevado ahí por casualidad. El resto de miembros de la que se suponía que iba a ser su futura unidad se encontraba ahí, hablando, bebiendo un café y tomando un tentempié como si nada. La invitaron a sentarse en cuanto la vieron entrar. Eran dos mujeres, que parecían tener una edad similar a la suya, aunque era difícil de asegurar.

A Liliana no le gustaba demasiado conocer nuevas personas. Era capaz de llevarse muy bien con una persona en un período muy corto de tiempo, pero el acto de pasar del 0 al 1, del desconocimiento al conocimiento, era un proceso muy difícil para ella. No era que le asustase el hablar con un desconocido, lo que le asustaba era pensar que tenía que congeniar, que tenía que hacer algo más que hablar, algo que hiciese el tiempo que compartían se volviese más valioso. Cuando veía una cara nueva difícilmente pensaba que iba a ser compatible con ella, que iban a ser

afines. Aunque a la hora de la verdad consiguiese desenvolverse de forma aceptable. Esta vez eran dos mujeres como ella, aquello lo hacía más fácil. Se sabía sus nombres en clave, aunque no sabía nada más de ellas: Doncella y Umbra.

-¿Así que eres Liliana? -dijo Doncella-. Siéntate, te hemos guardado un sitio.

Liliana se sentó tratando de mostrar su mejor cara. Aquellas dos mujeres iban a ser sus compañeras, y cuanto antes las conociera, mejor para todos ellos. Le costó mucho conocer a las personalidades que había detrás de Valquiria, Osiris y Ares y descubrir a personas con nombres y apellidos debajo de ellas. Al menos aquella vez todos se conocía más o menos de oídas, y todos tenían algo de lo que hablar. Apenas había cruzado unas pocas palabras con Rafael, pero ya había comenzado a ser una persona de confianza para ella. Como Eva, cuando enfundaba su armadura, siempre había deseado tener el estatus y el prestigio que tenía él, como Liliana, se limitaba a agradecer sus buenas palabras y sus buenas intenciones.

-Falta uno -dijo Rafael-, pero a ese no tenemos por qué esperarlo.

-¿Qué pasa con él?

-No sabemos nada de él, ni se relaciona con nosotros fuera del trabajo -dijo Doncella-. Se rumorea que tiene familia o algo así, nosotros no lo sabemos. Quizá el jefe lo sepa.

-No me sacarás información -dijo burlescamente Rafael-. Puedes llamarlo por su nombre en clave, es que utilizamos siempre con él: Arancel.

-¿Arancel? -dijo Liliana-. ¿Por qué Arancel?

-No lo sé. Quizá haya un algoritmo que decida esas cosas -dijo Rafael-.

-En cualquier caso es un tipo de fiar -dijo Doncella-. Te lo garantizo.

-Bueno, esta señorita que habla tanto es Reyes García -dijo Gabriel-.

-Aunque puedes llamarme como gustes -dijo la aludida-.

-Y yo soy Severa Saiz -dijo Umbra-.

-Ahora ya nos conocemos todos.

Liliana tardó poco en conocer a sus nuevas compañeras: Reyes no paraba de hablar, incluso interrumpiendo a Rafael. Tenía un aspecto físico muy acorde con su personalidad, llevaba el pelo corto y mostraba unos músculos más grandes que los suyos, que no eran precisamente débiles; Severa, por otra parte, parecía más como ella, más cerrada; quizá le azotaban las mismas dudas que a ella, quizá por fin tendría alguien dentro de Destino que pudiese comprenderla cuando estaba fuera de su armadura. Severa era sensiblemente más atractiva que Reyes, gracias a que su cuerpo seguía mostrando cierta feminidad que en el caso de esta última apenas se dejaba notar.

Decían que en Destino o te comías a la armadura o la armadura te comía a ti. Hasta donde había podido ver, siempre se había cumplido. El cuerpo de Reyes parecía una prolongación de la armadura, perfectamente curtido y moldeado, y sus músculos, aunque grandes, estaban pensados no para tener mucho volumen sino para ser muy efectivos; aquella era la misma filosofía sobre la que se había diseñado su armadura. Severa en cambio parecía estar a mitad de aquel proceso de conversión, sin saber cuál será el final del mismo. Severa parecía haber destruido a su propio momento destructivo, y aquello, aunque quizá hiciese su vida más feliz que la que la propia Liliana estaba experimentando, también haría de su vida algo mucho más corto. Dudar del sistema MARIA, dudar de la armadura, significaba la muerte en el campo de batalla. Las balas no respetan las dudas y un segundo es suficiente para ser disparado más de diez veces.

Liliana se había permitido el lujo de imaginarse a sí misma como dos personas que eran una: cuando entraba en el traje se dejaba dominar por él y lo seguía ciegamente, entonces era Eva; cuando salía del traje tenía miedo por su alma, por su vida, por la vida de los que la rodeaban, entonces era Liliana.

La conversación siguió durante los siguientes 20 minutos con un tono afable, durante los cuales Liliana pudo corroborar su diagnóstico inicial. Tenía curiosidad por saber de ese hombre, Arancel. Quería ver a alguien que había sucumbido a su armadura, quería ver el abismo que él suponía para evitar ese camino. Es posible que detrás de aquel hombre hubiese una historia que ella no conocía, pero desde el primer momento que se enfundó aquella armadura, supo que dejarse embriagar por ella iba a ser muy fácil, y no creía que fuese la única en pensar así.

Al acabar esos 20 minutos, Rafael miró a las dos, tanto a Reyes como a Severa, y les indicó con la mano que debían irse. Liliana creyó que también debía marcharse ella, pero él le dijo que no.

-Ahora que las cosas han quedado resueltas y ya no están los nervios a flor de piel, tenemos que hablar de cosas serias.

-¿Qué ocurre?

-No pensarías que no ibas a tener que hacerlo.

-¿A hacer el qué? -dijo Liliana visiblemente asustada-

-No te asustes, me estoy refiriendo a que ha llegado el momento de que hables con él, con Aquitán.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Liliana. En cuanto se fijó en el resto de gente del lugar pudo distinguirlo fácilmente. Llevaba unas gafas de sol que parecían sacadas de la década pasada y había dejado apoyada sobre la silla la misma gabardina que había llevado en todas las visiones en las que lo había visto. Pero aquella vez la visión de Aquitán le acompañó mentalmente no sólo la imagen de la muerte del doctor Fausto y la suya propia, sino que la música con la que se había levantado también empezó a sonar, haciendo que aquella vez pudiese sentarse delante de él y mantener la calma.

En cuanto vio que Liliana se levantaba decidida a hablar con Aquitán, Rafael de León hizo lo propio y fue a su coche. Se decía que Juan el Terrible había ganado su nombre porque nunca descansaba, él ignoraba si aquello era cierto, pero sonaba muy plausible: ya tenía dos encargos más sólo para lo que le quedaba de mañana. Aunque quizá era cierto aquello de que no descansaba, Rafael le había dado su peculiar significado a aquel nombre, en honor a su forma de tratar a sus cercanos: Juan el Terriblemente Ausente.

-Tú eres Liliana, ¿No?

-Sí, esa soy yo.

-Encantado de conocerte, Liliana. Mi nombre es Gabriel Aquitán, aunque supongo que eso ya lo sabías. Puedes llamarme Gabriel.

-Como quieras.

-¿Te importa si te llamo Liliana? En Destino están muy pesados con eso de los nombres en clave, pero me parece demasiado rígido llamarte Eva. ¿Rígido? Sí, creo que esa es la palabra adecuada.

-Por favor, llámame Liliana.

-Bien, concluidas las presentaciones, sabemos de lo que tenemos que hablar, ¿No?

-Sí.

-¿Te gusta tu trabajo?

-¿Qué? No era esa la clase de preguntas que esperaba.

-Pero debes responder igual, te prometo que es todo parte del proceso de investigación.

-Sí, me gusta mi trabajo.

-Pero es un trabajo duro, ¿Verdad?

-Claro que lo es. Cualquier trabajo que tenga que ver con acabar con el Nuevo Edén es duro, ¿Acaso no es duro su propio trabajo?

-Sí, supongo que sí. ¿Habías visto alguna vez algo como lo del doctor Sarel Fausto?

-No. Pero a eso es a lo que nos dedicamos en Destino, a ver cosas que nadie más ha visto.

-Y te desmayaste, pero no creo que esa fuera la única causa de que a tu cuerpo le fallasen las fuerzas. ¿Estabas físicamente bien cuando caíste dentro del piso?

-Me había hecho daño en una pierna.

-¿Tuviste miedo al saltar?

-¿Qué si tuve miedo?

-¿Te levantaste esa mañana o tuviste durante ese día algún sentimiento inusual?

-¿A qué viene eso?

-La memoria es curiosa, Liliana. Mucha gente cree que se trata de un libro donde se plasman nuestras vivencias, pero va mucho más allá de eso. Nuestras emociones influyen en la forma en la que atesoramos recuerdos y nuestros sentimientos también. El relato a día de hoy parece inconcluso, faltan piezas, piezas que quizá estén ocultas en tu cabeza.

-No, no me sentí extraña durante ese día. Estaba descansando en casa.

-¿Y al saltar?

-Fue un momento tenso, como muchos otros.

-¿Qué clase de conexión emocional tenías con el doctor Fausto?

-Era una especie de mentor. También me ayudó a entrar a Destino.

-¿Y eres agradecida por ello?

-Claro, es mi trabajo. Probablemente se lo deba a él.

-¿Cómo estás segura de eso? ¿Acaso tus capacidades no eran lo suficiente como para entrar?

-Me hizo visible. Hay muchos candidatos para entrar, él me conocía, y le dijo a Aurelio que podía ser una buena candidata, que era fuerte física y mentalmente.

-¿Y eso era cierto?

-En ese momento sí que lo era.

-¿Y ahora? ¿Cómo te sientes?

-No estoy al 100%, pero me encuentro bien.

-Sabes que no trabajo directamente para Destino, ¿No? Estoy oficialmente bajo un contrato del gobierno, y en cualquier caso soy independiente. Guardo el secreto de mis confidentes y de los testigos. No tengas miedo en hablar.

-¿Por qué dices eso?

-Por la siguiente pregunta. ¿Estimas a Juan el Terrible?

-Soy leal a Juan el Terrible.

-Sí, eso no lo pongo en duda, ¿Pero tú le quieres?

-Yo... Bueno, es mi jefe.

-Oficialmente es tu jefe, sí, pero emocionalmente va más allá. No serías la primera que comienza buscando un gesto de aprobación de su mano derecha y acaba deseando arrancársela del brazo.

-Yo no deseo nada malo al Terrible.

-Bien, pero no lo estimas. Has evitado responder directamente a esa pregunta. Mi consejo es que no le tomes a modo de personal, es frío, distante y seco con todo el mundo. Se ha dado la mala casualidad de que es tu jefe, pero no pienses en el poco caso que te hace cuando llevas una armadura.

-¿Por eso le llaman el Terrible? ¿Por su forma de ser?

-Nadie sabe por qué le empezaron llamando el Terrible, pero ahora todo el mundo tiene un motivo distinto para hacerlo.

-¿Cuál es su apellido original?

-Del Temple, o Temple a secas. No lo recuerdo muy bien y está clasificado.

-¿Por qué te ha contratado el gobierno? ¿Por qué no estás contratado por Destino?

-Porque al gobierno le gusta meter sus manos donde quiere y mostrar que es él el que está en control de la situación. Y por cierto, no tengo más preguntas.

-¿No? ¿Sólo eso?

-Sólo eso. Aunque me has sido muy útil, Liliana.

-¿Acaso te he dado alguna información valiosa?

-Sé que no has sido tú la que lo hizo, sé que no llegaste hasta el estado MARIA 66 porque quisieras engañarla y sé que estabas muy confiada en tu salto a pesar de lo que vino después. No veo ninguna negligencia ni ninguna ocultación de datos.

-¿Y si he mentido?

-También sé que no has mentido.

-¿Qué es el estado 66?

-No estoy seguro, pero ya veo que son herméticos conmigo como lo son con una de sus propias líderes de unidad. Creo que es un estado de error, una zona donde MARIA no es capaz de conmutar bien que es lo que va a ocurrir. Se vuelve loca.

-Entiendo ¿Tendré que volver a verte?

-Las investigaciones son complicadas, nunca se sabe. Por ahora no tenga nada más que preguntarte a ti, quizá si necesito saber algo sobre la vida del doctor, te llamaré. En cualquier caso, es probable que tu memoria recupere recuerdos reprimidos en un tiempo, en tal caso deberías llamarme.

-Estaba casado.

-¿Qué?

-Hablas como si no lo supieses, el doctor estaba casado o por lo menos estaba con una mujer desde hacía algún tiempo, aunque no se lo dijo a prácticamente nadie.

-Que bien se calla algunas cosas Lucilda. Gracias por la pista, creo que podría ser clave en la investigación.

-Entonces supongo que es hora de despedirse.

-Sí, ha sido un placer Liliana. Espero volver a vernos, es distintas circunstancias.

-Lo mismo digo.

“Ojalá volviésemos a vernos en distintas circunstancias” Para Liliana aquella frase tenía un significado muy distinto a aquel que Gabriel había tratado de expresar. Estaba seguro de que lo vería, fuese en este mundo o en otra de sus visiones. Mientras seguía pensando en la última frase, se percató de algo que la sorprendió hasta a ella misma: encontraba a Gabriel Aquitán bastante guapo.

-¿Y bien? -dijo el Terrible sentado en la silla de su despacho-

-Hemos fracasado -dijo Aurelio-, otra vez.

-¿Qué hemos perdido?

-Por fortuna, sólo la ocasión.

-El Firewall 666.66 comienza a ser demasiado fuerte para nosotros. ¿Crees que acelerar el plan sería una buena idea?

-No. Puedo seguir trabajando con MARIA hasta que llegue el momento preciso, me encargaré de que tenga un mayor rendimiento.

-No se trata de que funcione a mayor o menor velocidad, sino de que no la engañe. ¿Cuántas veces van ya?

-Esta es la tercera vez que falla la redada. Esto no puede ser sólo el Firewall 666.66, tiene que ser algo más.

-No creo que seamos nunca capaces de distinguir qué está libre de la influencia del Firewall 666.66 y qué no. Te acompañaré a tu coche. ¿Podrás llegar a casa a partir de ahí?

-Oh, por favor, claro que puedo. Soy un adulto, Juan, y no tienes por qué acompañarme a ningún sitio, llamaré a Lucilda.

-No, no lo hagas, te llevaré yo.

-¿Tú? ¿Y eso por qué?

-Sabes por qué.

-Te estás volviendo un paranoico, Juan, y eso no me gusta.

-Pero en el fondo te gusta que te lleve, ¿Verdad?

-Reconozco que voy a disfrutarlo.

Capítulo 4 - ¿Acaso dudas?

Aquella mañana la lluvia había comenzado temprano a golpear el suelo. El cierzo característico de la ciudad se comportaba con mayor violencia de la normal, alejando los malos olores que venían de la parte abandonada de la ciudad, que por desgracia para Aquitán, estaba bastante cerca de su piso. No iba a quejarse por ello, aquel mal olor era la única razón por la que había encontrado un lugar donde poder pasar las noches tan barato en Zaragoza. Aunque tuviese que coger el tranvía para ir prácticamente a cualquier lugar, al menos tenía la visión del Ebro desde su ventana, si bien el río y todas las zonas que lo rodeaban habían quedado abandonadas desde hacía ya varias décadas debido a lo violento e impredecible de sus crecidas.

El viaje hasta el hospital no fue muy largo y se entretuvo leyendo un periódico por el camino. Le gustaba tener siempre un periódico a mano, ya fuese para enterarse de la actualidad o para esconder su cara de alguien que sería mejor que no la viese. Creía que su aspecto físico no era conocido entre el Nuevo Edén y estaba bastante seguro de que estaban bastante más ocupados con Destino que con él, pero no por ello podía dejar tomar algunas precauciones, por lo menos aquellas que no le costasen ningún esfuerzo.

En cuanto llegó a la puerta del hospital sacó su teléfono móvil y miró una vez más donde tenía que ir: era una de las habitaciones privadas. No se habían atrevido a llevarla al hospital interno pero sí que había dos guardas en la puerta, además de Aurelio, que lo estaba esperando. Aquitán se fijó en el pequeño pin que llevaban ambos hombres: ambos hombres estaban contratados exclusivamente por Destino, no eran del gobierno.

-Llegas puntual -dijo Aurelio-

-Estaba impaciente -dijo Aquitán-. ¿Quién más sabe que está aquí?

-El Terrible, Nero y yo. Nadie más. Ni siquiera estos dos hombres saben que están aquí saben exactamente a quién están protegiendo.

-¿Y Lucilda?

-Tampoco.

-Problemas en el paraíso.

-Estúpido, sabes perfectamente que no es así.

-Será que te he cogido confianza.

-Siempre que te llamamos es porque estamos en un aprieto de los gordos, así que supongo que he asociado tu presencia con muerte y desgracia. Aun así, como heraldo de la muerte y la desgracia eres bastante simpático. Llévame, no quiero cansarme los brazos.

Aquitán cogió la silla de ruedas de Aurelio y se acercó a la puerta, que procedió a abrir.

-Aquí tienes a tu testigo de oro, la querida del doctor Fausto.

-Veo que los rumores eran ciertos.

-¿Rumores? ¿Acaso había rumores?

-En su círculo familiar. Yo soy el detective, soy el que se informa de esas cosas. ¿Cómo la encontrasteis?

-Se escondió en el sótano del piso.

-¿Sótano en el piso? ¿Acaso eso es posible?

-El piso de abajo estaba sin ocupar y el doctor pagó una fortuna al propietario para comprarlo y hacer las obras. El doctor supongo que quería un sitio donde poder tener un laboratorio o algo así en privado. Pobre hombre, ahora no lo llegará ni a estrenar.

-¿Cuánto tiempo llevaba con esta mujer?

-No lo sé, ya te he dicho que no sabía ni que estaba con una. No sé si eran amantes o novios o prometidos... Qué se yo, ¿Serían felices?

-No lo sé. ¿Cuándo despertará del coma?

-Muy pronto, hoy mismo, según el médico dentro de un par de horas. Te he llamado porque quiero que estés cuando eso pase.

-Cuando esta mujer se levante tendrá muchas preguntas, ¿Seguro que lo mejor es que sea yo quién las responda?

-Estará un poco confundida, pero cuando recupere la consciencia te aseguro que físicamente estará perfecta.

-Comprendo. ¿Qué le ocurrió exactamente?

-Creemos que fue... Que fue violada. Tenía importantes heridas cuando la encontramos, sobrevivió de milagro.

-¿Violada?

-Pobre mujer. Este atentado ha sido un duro golpe para Destino, ten eso en mente.

-Lo haré. ¿Estaba el doctor en la dirección general de Destino?

-Eso es confidencial.

-Lo sé, pero he preferido preguntar.

-El doctor era un amigo cercano tanto mío como del Terrible, y hacemos un acto de fe encomiando su deplorable asesinato a usted. El Terrible ha confiado en usted, por favor, no le falles a él.

-¿Te vas ya?

-Sí, hay problemas. MARIA ha detectado algo importante, tendremos que desplegar una de las unidades.

-¿Vais a desplegar a mi testigo?

-¿A Eva? Eso es confidencial.

-Entonces dile que tenga mucha suerte.

Había parado la lluvia y comenzaba a clarear. Liliana preparaba su mochila mientras hablaba con Jorge.

-Lo siento Jorge -dijo Liliana-, pero hoy no estaré para cenar.

-¿No? ¿Adónde vas?

-Voy al trabajo.

-No te preocupes, ya cocinaré yo en casa de Isidora.

-Está bien, puedes traer a Sara a casa si te aburres.

-Hoy tengo clases hasta tarde, no sé si tendré tiempo.

-Como quieras.

-Seguro que ella también tiene cosas que hacer.

-Seguro que aun así sacaré un hueco para quedar contigo.

Jorge entendió la intención con la que hablaba Liliana, pero prefirió no decir nada hasta que ella abrió la puerta para marcharse.

-Liliana -dijo Jorge-.

-¿Sí? -respondió ella-.

-Ten cuidado.

-No te preocupes, lo tendré.

Aquella vez Liliana había cogido el pequeño colgante que llevaba cuando llegaba la hora de que enfundar la armadura y de que la llamasen Eva. Habían pasado ya unos días de su conversación con Gabriel y su descanso estaba más que finalizado, además, las visiones hacía tiempo que la dejaban de acosar. Quizá todo hubiese sido cosa del cansancio o de la mala suerte. Llegaba la hora de vengar al doctor Sarel Fausto y de expulsar a los demonios que la habían acosado. Aunque esta vez no

habría Ares, no habría Valquiria y no habría Osiris. Ni siquiera estaría Aurelio por el intercomunicador, sino que sería Nero el que hablase con ella dándole órdenes. Incluso si fuese una persona que llevase los cambios mejor de lo que ella los llevaba, hubiese estado nerviosa.

Sonaba el intercomunicador por el coche, dedujo por la voz que se trataba de Nero.

-Mensaje para todo el equipo: id inmediatamente a la base central y preparaos para el despliegue. El sistema MARIA siempre ha detectado un riesgo de amenaza de un 90%. El canal no es seguro, os daré más detalles cuando lleguéis.

Siempre era MARIA, Liliana comenzaba a cansarse de tener que fiarse de algo que no entendía cómo funcionaba y que había fallado en más de una ocasión. Todas las operaciones tenían como base a MARIA, todas las operaciones se evaluaban entorno a criterios relacionados con la eficiencia del sistema, nunca pensaban en los combatientes, en aquellos que de verdad se jugaban la vida contra los fanáticos del Nuevo Edén.

Ella misma se dio cuenta de que aquel enfado repentino, si bien era un mero pensamiento que desaparecería antes de que acabase el viaje, era más propio de su mente cuando estaba dentro de la armadura que cuando estaba fuera, así que sacó el colgante de su mochila y se lo puso. Ya estaba en cuerpo y alma al servicio de Destino, ya le podían llamar Eva.

Al entrar al edificio se encontró con Doncella en la puerta, había venido en un taxi y llevaba ya parte de la ropa de combate puesta. La esperó amablemente mientras mantenía la puerta abierta.

-Gracias -dijo Doncella-. ¿Has recibido el mensaje?

-He recibido el mensaje y he oído la radio.

-Bien. Has sido rápida, eso le gustará.

-¿A Nero?

-Sí. No perdamos más tiempo, vamos a los vestuarios.

El edificio de Destino era uno de los rascacielos más pequeños de la ciudad nueva, aunque no por ello dejaba de ser un gran edificio, ocupado únicamente por la organización dirigida por el Terrible. La mayoría de los pisos de arriba estaban ocupados por gente de poco rango dentro de la organización, gente que trabajaba como detectives privados, como Aquitán, otros que sencillamente llevaban las cuentas y algún policía del gobierno que le daba a todo apariencia de normalidad. Lo verdaderamente importante de Destino estaba en el sótano, donde nadie fuera de un grupo selecto de personas podría verlo que era el lugar donde entre otras cosas se encontraba la sala segura. Por dentro, el edificio no era distinto a lo que se podía esperar de él, estaba llenos de pasillos, con un plano colgado en la pared en prácticamente cualquier esquina y una serie de carteles que indicaban como acceder al hospital o las zonas reservadas para personal con privilegios.

El vestuario no era nada del otro mundo, apenas había una taquilla donde guardar unas pocas cosas, y había uno específico para cada unidad. Eva sacó sus cosas de la mochila y dejó la mayor parte de ellas en la taquilla, mientras que se comenzó a desvestir para ponerse el traje de combate sobre el que después reposaría su armadura. Antes de que Doncella y ella misma llegasen al vestuario Umbra estaba ya ahí, prácticamente ya preparada.

Aunque lo había hecho sola cientos de veces, aquella vez le estaba costando subir la cremallera de su espalda. Sabía perfectamente que no había engordado, así que supuso que era cosa de los nervios. Liliana solía interiorizar los nervios y tratar de hacer como si no estuviesen, lo que provocaba situaciones como esa donde se quedaba atascada con cosas tremendamente simples, pero

en aquel momento no tenía que Liliana, tenía que ser Eva. Por fortuna, cuando Doncella ya se había ido, Umbra la ayudó a ponerse bien el traje.

-Gracias -dijo Eva-.

-No hace falta que me des las gracias -dijo Umbra-. Ahora somos compañeras de equipo, ¿No?

-Es cierto.

-Entonces no hace falta nada más que decir, me vale con que seas un apoyo ahí fuera.

-Lo seré.

-Me alegra oírlo.

La reunión con Nero fue distinta a lo esperado, estaban todos en una pequeña sala, justo antes de ponerse las armaduras. No había siquiera una pequeña tribuna sobre la que Nero pudiese hablar. No estaba segura sobre el porqué de aquello, quizá aquel hombre disfrutaba de ser cercano con los suyos, quizá todo se había hecho con muchas prisas. Eva tenía motivos para confiar en aquel hombre, pero estaba convencida de que la segunda opción era la correcta.

-Seré directo -dijo Nero-. MARIA ha detectado una gran amenaza: cuatro personas de diversas organizaciones de importancia, tanto gubernamentales como no gubernamentales, han sido amenazadas seriamente de muerte y su ejecución se producirá antes de las siguientes dos horas con una probabilidad del 98%. La identidad de esas personas no ha sido revelada, pero es indiferente para nuestra misión. Gracias a los últimos esfuerzos de Aurelio, sabemos que los ejecutores de esta misión será uno de los grupos paramilitares del Nuevo Edén. Pido especial precaución porque nunca nos hemos enfrentado con este grupo, pero dejan un rastro lo suficientemente grande como para seguirlos con facilidad usando MARIA. Por si alguien no lo ha entendido, tenemos un grupo de sectarios fuertemente armados dispuestos a matar a una persona de poder, pero no lo harán porque podemos cogerlos antes.

-¿Directrices? -dijo Arancel-.

-Te quiero en una terraza bien alta dando fuego de cobertura. Los demás estaremos más abajo, pero extendidos, tratando de ocupar el máximo espacio posible.

Nadie dijo nada y todos los presentes se colocaron la armadura de combate. Arancel se subió a un helicóptero, Umbra y Doncella subieron a un vehículo de incógnito y Nero y Eva subieron a otro vehículo de similares características.

Una vez dentro del mismo, mientras estaban esperando para llegar a su destino, Nero comenzó a hablar.

-Dime una cosa, Eva. ¿Cuánto estimas al Terrible?

-¿Yo? No entiendo la pregunta.

-Lo que has oído. ¿Tienes afecto personal por el Terrible? No tienes por qué mentir, pero es importante saberlo. Sé que Arancel daría su vida por él, y sé que Doncella siente un gran respeto por su labor, pero no sé qué piensas tú.

-¿Qué importa lo que piense yo?

-Nosotros somos la espada del mundo civilizado, confían ciegamente en nosotros. Aunque eres líder de unidad llevas poco tiempo con ese estatus, no has visto a los periodistas preguntar llenos de angustia cómo piensas parar a la organización que acaba de matar a cuatro funcionarios del gobierno o a algún personaje famoso local. En la televisión no queda bien retransmitida el sentimiento de desesperación que llevan. Confían ciegamente en que digas algo que les de tranquilidad a ellos y al resto de personas.

-¿Debería tener cuidado con esa responsabilidad?

-Desde luego, pero supongo que si eres líder de unidad eso ya lo sabías. Más aun viendo tu meritorio expediente. De lo que debes temer es de ti misma, ellos te permitirán hacer todo lo que

quieras, todo, con tal de parar a los sectarios. El gobierno lo hará legal, el consenso social lo hará éticamente correcto y tú lo catalogarás como necesario. Por eso, es importante que tengas alguien a quien rendirle cuentas, alguien que sea capaz de juzgarte sin miedo por tus actos.

-¿Cómo quién?

-Para Arancel es el Terrible, si se lo preguntarás no lo negará, pero todos los demás lo mantenemos en secreto. Pero lo importante es que ese alguien exista y no te permita perder tu humanidad, que no te deje convertirte algo peor que a los monstruos a los que nos enfrentamos.

-¿Y si quisiese al Terrible?

-Entonces te diría que escogieses a otro.

La casa estaba tranquila y vio al hombre que estaba buscando. La última vez que estuvo en aquel lugar había sido hace un par de años, durante uno de sus numerosos casos relacionados con el Nuevo Edén. En aquella ocasión habían matado a una mujer, no demasiado mayor, que pertenecía a uno de los grupos políticos locales con mayor proyección. Era muy extraño ver familias viviendo en adosados o en chalets, todo lo que no era un piso parecía haber caído en completo desuso desde hacía unas décadas por lo caro que era el espacio donde era posible edificar. Casas como la que tenía el delante, bonitas y de dos pisos, sólo se daban en zonas propias de las afueras de la ciudad, y aun así solían ser extremadamente caras. Él, que conocía a los inquilinos y sabía que aquella casa era una herencia de otros tiempos, pero el que no los conociese hubiese supuesto que se encontraba ante una familia fuertemente adinerada.

A Aquitán no le gustaba visitar los lugares a los que había llegado por culpa del Nuevo Edén. Cuando él llegaba, siempre era porque algo terrible había sucedido, cuando él se iba, las tragedias quedaban ahí, pero la verdad parecía dar calma a las personas. Pero por eso había vuelto a aquel lugar, porque no podía dejar la verdad a medias.

Un hombre le abrió la puerta. Ambos se reconocieron al instante, Aquitán nunca olvidaba la cara de las víctimas de la secta, y aquel era el hombre que enviudó la última vez que él estuvo aquí.

-¿Detective Aquitán?

-Así es, siento venir, pero era necesario.

-¿Ha ocurrido algo? ¿Se encuentra alguien mal?

-Más o menos, pero no tiene que ver con usted, se lo aseguro.

-¿Quiere pasar?

-¿Está su hijo?

-No, está en la escuela.

-¿Le molesto? No sé si dispone ahora mismo de ninguna tarea pero podemos buscar una...

-No tengo nada mejor que hacer, no tengo trabajo.

-Lo siento.

-No se preocupe, pase.

La casa estaba tan bien cuidada como siempre. Aquitán no quiso preguntar el porqué de la falta de trabajo de un hombre con dos carreras en ingeniería, pero sospechaba que no se trataba de la imposibilidad de obtener uno. Además, la casa estaba inmaculada. No encontró ninguna mota de polvo o nada fuera de lugar. Parecía que aquel hombre seguía en duelo por su mujer, y trataba de conservar el mundo en el que esta había existido en el mejor estado posible. Aunque le hubiese gustado saber que decir o hacer para poder darle un poco de consuelo a aquel hombre, lo cierto es que Aquitán andaba escaso de palabras y de tiempo, y tenía que centrarse en su trabajo.

-Necesito que vea una foto de una mujer y me diga si la conoce de algo. Es importante.

Aquitán le enseñó una versión digital de una de las fotos de la pareja del doctor Fausto.

-No estoy seguro. ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

-No quiero traerle malos recuerdos, pero esta mujer me recuerda mucho a una mujer que era cercana a los círculos de los condenados por el asesinato de su esposa.

-¿Cómo lo sabe? Ahora que lo dice... Quizá fuese miembro de algún otro partido, puedo buscar en mis fotos.

Aquitán esperó pacientemente sin moverse del sofá, sabía perfectamente que esa mujer estaría en una de esas fotos. Por fortuna, ella no había reconocido su cara, pero él nunca olvidaría de un implicado en un caso. Había perdido hace años las fotos sobre aquello debido a un problema con las inundaciones de los servidores de almacenamiento cercanos al Ebro, pero todavía las tenía en la cabeza. Recordaba perfectamente la foto que buscaba: estaba él en el frente, hablando con un periodista, mientras en el fondo, apenas dejando visible una mirada de fingido abatimiento, se encontraba la pareja del doctor Fausto, conocida entonces por ser miembro de uno de los principales partidos políticos de la zona.

-No hagas ruido -dijo Nero-. Aurelio está contando unas cosas que no tienen sentido.

-¿A qué se refiere? -dijo Eva-. La calle está vacía.

-No, la calle no está vacía, MARIA lo tiene claro -dijo Nero-. Hay algo que no vemos.

-Los tejados están vacíos -dijo Arancel-. ¿Sabemos ya a quién debemos proteger?

-No lo sabemos, sólo sabemos quién es el cazador -dijo Nero-, no la presa.

-No tiene sentido... -dijo Eva-.

-¿Nos dividimos todavía más? -dijo Doncella-. Llevamos ya un par de horas sin ver a nadie, quizá MARIA se haya equivocado.

-Con un 90% de riesgo MARIA no se equivoca en si va a suceder o no, sino en el cómo y en el cuándo. No estamos seguros de que cómo se va a producir ni quién lo hará, pero es seguro al 99% de que ocurrirá -dijo Umbra-.

-No tiene sentido... -dijo Eva- Esto no debería ser así...

-Mierda, el rastreador se ha parado -dijo Doncella-. ¿Qué significa eso? ¿Se han dejado de mover?

-¿Y si MARIA no se ha equivocado en el cómo? -dijo Eva a Nero-. ¿Y si MARIA se ha equivocado en el por qué?

En el mismo instante en el que Eva terminó la frase, Nero ordenó a todos que subiesen todo lo posible por los edificios. Todos ellos habían aprendido a obedecer sin preguntar y lo hicieron sin cuestionar. A los pocos segundos hubo una explosión en el suelo y comenzaron a salir hombres con unas extrañas armaduras rojas.

-¡Han engañado a MARIA! -dijo Nero-. La presa somos nosotros, nos han llevado hasta aquí para acabar con nosotros. ¡Fuego letal autorizado!

Arancel comenzó a cubrir la retirada de sus compañeros mientras estos subían por orden de Nero. Eva se dio cuenta en muy poco tiempo de que aquello no iba como siempre. Los sectarios solían estar bien organizados pero no eran especialmente habilidosos ni en las armas ni el combate cuerpo a cuerpo, esta vez eran distintos, y Doncella también parecía haberse dado cuenta.

Salían muy ordenados y fallaban pocos tiros, si no hubiese sido por la armadura de combate ella hubiese quedado incapacitada, al igual que Doncella y Umbra, que también habían tenido problemas para mantener vuelos estables con el jet pack. Cuando Eva llegó a una altura que consideró segura, echó la vista abajo agarrada a la barandilla de una de las terrazas. No había muchos de ellos, pero tres de ellos había conseguido acorrallar a Nero en el suelo. En condiciones normales Eva hubiese saltado a rescatarlo, pero le retenía tanto el hecho de que Nero no había dado ninguna orden que no fuese que siguiesen subiendo para ponerse a cubierto, y esos tres sectarios no

eran sectarios comunes. No estaba segura de poder vencerlos ella sola y sabía que en cuanto saliese de su posición iba a recibir un fuego intenso.

Antes de que pudiese siquiera decidir que iba a quedarse donde estaba salvo orden de Nero, Umbra saltó del edificio como si no tuviese miedo a caer, lanzando ráfagas de balas al suelo y amortizando su caída con un impulso del jet pack en el último momento. Una vez estuvo en el suelo abatió a uno de los sectarios y se dirigió con celeridad a la posición de Nero. Eva sintió un sentimiento de empatía que fue difícil de describir y realizó una acción de finalidad parecida pero mucho más comedida. Fue bajando poco a poco, hasta colocarse a la altura de un tercer piso. Por fortuna los edificios de las partes abandonadas de la ciudad tenían muros más gruesos que los modernos y pudo bajar hasta el nivel del suelo. Doncella iba a su lado y comenzaron a responder debidamente al fuego enemigo.

En cuanto levantó la mirada hacia la zona de Nero vio a los sectarios que rodeaban a Nero muertos y a Umbra atacando al resto como si su alma se hubiese prendido y no pudiese apagarse de ninguna de las maneras. A pesar de aquel mal comienzo, no quedaba duda de que la batalla ya estaba ganada.

Jorge oyó un silbido por la escalera, alguien estaba tarareando algo.

-Sara, ¿Eres tú? -dijo Jorge-. ¿Qué canción estás tarareando?

De repente el tarareo paró.

-¿Sara? ¡Sara! No juegues conmigo ahora. ¿Qué música era esa?

-¡Chán chán! -Isidora apareció de detrás de la esquina de la escalera, lo que hizo que Jorge se asustara notablemente-. Lamento decirte que no soy Sara. Espero que no me echaras de menos.

-Podrías haber avisado de que a qué hora volvías. Liliana no está, no te molestes en ir a saludar.

-¿Ha estado bien?

-Sí, creo que le han sentado bien los días de descanso. El otro día incluso cocinó ella.

-¿Y ya está llegando tarde?

-Sí, claro. Ya sabes cómo es ella.

-Que pobre mujer. ¿Y tú qué? ¿Te ha molestado mucho Sara?

-Siempre haces la misma pregunta con la misma intención.

-De lo que no tengo intención es de callarme -dijo Isidora soltando una carcajada-. Aunque pobre Liliana, me siento un poco mal habiéndola dejado sola estos días, espero que de verdad esté bien.

-Y dime algo, Isidora. ¿De dónde has sacado esa canción que estás tarareando?

-No lo sé. Se la oí a un músico callejero el otro día.

-¿Cómo era?

-No sé, diría que mayor, por los sesenta. Tocaba una guitarra.

-Lo buscaré.

-Te ha gustado la música, ¿Eh?

-Sí, la verdad es que sí. Es hasta reconfortante.

Aurelio y el Terrible se reunieron pronto en la sala segura. Últimamente las reuniones habían estado incrementando su frecuencia, pero Aurelio desconocía exactamente el por qué, era el Terrible el que las convocaba y el que decidía cuantas se realizaban.

-¿Tienes el informe? -dijo el Terrible.

-Sí.

-¿Qué opinas?

-Opino que es muy incómodo que no pueda llevarme Lucilda hasta aquí. Sigo insistiendo en que estás paranoico. Respecto del informe, creo que estamos ante problemas. Pero no estoy seguro.

-El sistema MARIA ha fallado, pero la unidad 7 ha conseguido repeler a los atacantes.

-Lo sé.

-Has fallado.

-También lo sé.

-¿Por qué?

-Engañaron a MARIA, no lo voy a negar, y la unidad quedó en peligro.

-El perfil de los sectarios que se encontraron era distinto al habitual, Nero describe algo parecido a un grupo paramilitar de élite, de mayor capacidad organizativa de lo que esperábamos. Sabían que iban a engañarnos.

-Eso no es nuevo no, sospechábamos desde hace tiempo que estaban utilizando una herramienta para emular a MARIA.

-Esto no es una emulación, esto ha sido un engaño premeditado, con soldados preparados y en una zona que ellos conocían.

-Entonces es...

-Sí, es el Firewall 666.66, no me queda ninguna duda.

-Maldita sea... Es lo que dijo Lucilda, ¿No? No necesitan períodos de aprendizaje para contrarrestar nuestras nuevas técnicas.

-Así es.

-¿Qué le vas a decir a la Comisión?

-En Europa sólo necesitan saber que hemos detectado una rama paramilitar especialmente entrenada y que nuestros agentes han sido capaces de derrotarlos. Una victoria es una victoria, la usaremos a nuestro favor.

-Sólo rezo para que sigan manteniendo la confianza en ti. Como investiguen este lugar...

-No lo harán. Eso es todo.

Capítulo 5 - ¿Sería capaz?

Nero tuvo la delicadeza de no decirnos nada, de dejarnos marchar con la conciencia en nuestra espalda. Yo personalmente no pude con ella y no tuve más remedio que empezar a vomitar en cuanto llegué a casa. Habíamos ganado sí, pero todos allí sabíamos que había sido por aquel arrebató de Umbra en medio del fragor del combate, si no hubiese sido por él, Nero hubiese quedado atrapado y seguramente hubiese sido ejecutado allí mismo por el Nuevo Edén. Aquello era lo que había ordenado él, claro. Era un buen líder de unidad, y por eso me dolía mucho más haberle fallado. La única que podría haberse ido a aquel día contenta era Umbra, y ni siquiera se había dado cuenta de la importancia de lo que había hecho, sólo había saltado al combate como una madre protegiendo a su hijo. Aunque semejante comparación quizá era desafortunada, porque Umbra lo que estaba era secretamente enamorada de Nero.

Yo no sabía si Nero la correspondía, pero en aquel momento deduje que aquella relación debía llevar un tiempo ya en el aire. Cuando Nero me dijo que debía pensar en alguien para rendir cuentas mi vino a la mente mi propio padre. Murió cuando yo apenas había llegado a la edad de Jorge. Mi padre siempre me protegió y siempre alimentó mi ambición en todos los ámbitos por los que me interesé cuando era joven. Quizá fue él la semilla que germinó dentro de mí dos formas de ver la vida tan distintas. Él era como yo, parecía ser dos personas, cuando trabajaba era como un tigre, siempre al acecho, nunca descansando; cuando estaba libre, era un hombre muy dulce. El primero alimentó en mí la parte que me llevó a Destino, el segundo... El segundo creó a la mujer que soy ahora. Creía que hacía justicia con él cada vez que me ponía el traje, y que sería un buen candidato para observarme, aunque no sé cómo pudo Rafael sugerirme algo tan horrible como que buscara alguien para sentirme observada, para no sentirme libre.

Siempre me sentí angustiada por el hecho de que MARIA podía ver todo lo que hacía. Quizá mi miedo radicaba más en un desconocimiento de lo que en verdad era MARIA y en su forma de actuar, pero la mera posibilidad de que hubiese vendido mi privacidad a alguien, de que alguien pudiese observarme a placer, me aterraba. Si elegí a alguien tal y como me dijo Rafael fue porque deseaba tanto que mi padre estuviese ahí, que no me importaba que lo hiciese en calidad de censor y de vigilante. Pero una vez vi a Umbra, comprendí que había entendido mal lo que me había dicho. No fui capaz de definir exactamente qué es lo vi en Umbra que me inspiró, pero gracias a ella supe que necesitaba cambiar de persona, necesitaba a alguien vivo. Lo que me dijo Rafael es que buscara a alguien a quien amase, alguien con quien poder hablar con las manos limpias. Alguien que me hiciera amar, que me hiciera afirmarme en mi humanidad. Severa lo escogió a él, no me atreví a preguntar, pero estaba segura, Severa lo escogió a él y fue incapaz de incumplir una orden que ponía en riesgo la vida de la única persona que podía recordarle su humanidad cuando enfundaba su armadura. Yo había escogido también una nueva persona, una persona viva, pero me guardé el secreto, creo que fui incapaz siquiera de decírmelo a mí misma, no estaba preparada.

-¿Estás mejor? -dijo Isidora desde la cocina-. Te estoy preparando una infusión, quizá te siente bien.

-¿Qué tipo de infusión es? -preguntó Liliana desde el baño-. ¿De las que ayudan a vomitar o de las que hacen que pare?

-Creo que ya has vomitado bastante, ahora te toca descansar un poco. Voy a quemar también algunas de las hierbas que me diste para que te relajes un poco mejor.

-Muchas gracias.

-No te preocupes, Liliana. Para eso estamos las amigas. Además, Jorge me ha dicho que ha estado muy bien contigo estos días, es lo menos que puedo hacer por ti.

-Jorge es un gran chico, no hace falta que me lo agradezcas.

-Claro que sí. Y tienes que cuidarte, Liliana, hazlo por todos.

-Lo intento, pero...

-Pero te ocurre algo, lo sé. No hace falta que me lo cuentes ahora, sé cómo eres. Pero sé que no estás enferma, sólo tienes nervios, siempre has sido así con los nervios.

-Puede ser. No lo sé, sólo quiero descansar. Me han dado el día libre.

-¿Te han dado el día libre? A saber qué barbaridad te han mandado esta vez como para darte un día de descanso.

-Sí. Creo que lo voy a pasar durmiendo.

-Sabes que me puedes contar todo, ¿No?

-Sí, y te lo agradezco.

-Bueno, ya te recuperarás, ahora deja de pensar en el trabajo, que sé que lo estás haciendo.

-Mi trabajo es importante.

-Pero no es más importante que tú misma.

-Eso desearía.

Liliana estaba demasiado agotada, había pasado toda la noche junto con el resto de la unidad en las instalaciones de Destino, respondiendo a una serie de preguntas que formulaba Lucilda mientras Aurelio y el resto del equipo científico estaban enfrascados en el porqué del nuevo fallo de MARIA. No había podido dormir en toda la noche, y el miedo de que alguien detectase que por su mente habían pasado aquellas visiones le comenzó a punzar. Había decidido no contarlo, y viviría con esa decisión, al menos hasta que supiese que eran aquellas visiones en realidad. Un pensamiento se coló por su cabeza en aquel momento: ¿Y si las visiones no fuesen tales? ¿Y si aquellas visiones eran la realidad? ¿Y si en el piso 48 fue ella la que verdaderamente murió? ¿Y si era un fantasma? ¿Y si estaba muerta?

Aquitán bajó del taxi en el que había llegado y pulsó el botón del timbre de la puerta. A los pocos segundos un hombre bajó a abrirle la puerta. Aparentaba ser mayor, estaría al borde de la jubilación y no presentaba una actitud que le hiciese pensar que a aquel hombre le gusta su trabajo de portero. Era comprensible, su trabajo suponía horas y horas de no hacer nada, con muy pocos momentos de descanso frente al tedio y con una serie de tareas muy amplia pero muy poco variada. Aquella costumbre de tener portero había muerto en la mayoría de lugares que conocía, pero por algún motivo que él no comprendía, ya fuese la ostentación o el gusto por el contacto humano, los edificios con dueños más ricos solían acabar poniendo uno. En esta ocasión Aquitán tenía que ir a la sede central del partido regionalista.

El partido había conseguido dinero a base de quedarse callado mientras el gobierno seguía imponiendo su voluntad en todos esos ámbitos que nunca habían sido suyos, o cuando tomaba decisiones cuestionables en la región. Aunque a veces cuestionable no era igual a reprochable. ¿Era el establecimiento del programa Destino una decisión cuestionable? Sin duda. ¿Era una decisión reprochable? Eso ya no lo tenía tan claro. El gobierno le había dado dinero al Terrible para crear algo que pudiese detener al Nuevo Edén y no se podía decir que ese dinero hubiese sido derrochado, aunque quizá ahora ellos mismos se arrepintiesen de haber creado semejante organización.

El partido estaba entre los pisos 46 y 51, y en todos ellos había hecho sendas reformas. Las salas eran de techos altos y había un altísimo número de despachos y oficinas. Si no hubiese sabido dónde estaba hubiese afirmado que estaba en la sede de un partido mucho más grande y de mucho más alcance de lo que verdaderamente tenía este. Al entrar pudo ver una mesa con una mujer detrás, tenía toda la pinta de ser la sección de información, así que se dirigió directamente ahí.

-Perdona, señorita -dijo Gabriel-. Soy el que llamó ayer al señor...

-Gutiérrez, sí, sé quién es usted.

-Vaya, que inesperado.

-Es mi trabajo saber esas cosas. Ahora mismo está ocupado, pero atenderá a su cita en unos minutos tal y como estaba planeado si digna a esperar unos momentos.
-Sí, bueno, mi intención no tener una reunión con el señor Gutiérrez, yo quería ver el archivo.
-¿El archivo?
-Sí, ¿Es eso posible?
-Supongo que sí, pero yo no puedo darle autorización.
-¿Cuánto tiempo llevas aquí?
-¿Por qué esa pregunta?
-Porque espero que sepas cómo funcionan las cosas aquí -dijo Aquitán mientras enseñaba por una parte el documento que certificaba que había sido contratado por el gobierno y su tarjeta que le abalaba como miembro temporal de Destino-.
-Entiendo. Lo cargaré en su cuenta.

No sintió que fuese necesario dedicarle ningún tiempo más a esa conversación y fue directo a su destino. Ya había estado alguna vez antes en ese archivo, y seguía igual de poco cuidado que siempre. En un archivo como ese sólo se guardaban principalmente documentos físicos, que no eran vistos como algo de utilidad, sino algo que meramente debían guardar por obligación legal. Por ello, apenas lo limpiaban una vez al mes y con poco esmero y era difícil encontrar ningún documento si no estaba correctamente ordenado. La mujer que buscaba tenía que tener algún pasado, debía haber dejado alguna prueba de que había estado por ahí. No tenía ninguna otra pista que le permitiese seguir con la investigación, y además el tiempo corría en su contra. En cuanto aquella mujer contase su relato a la prensa... Se acabarían las opciones de seguir investigando.

Poco a poco fue rebuscando entre los informes de afiliados de hacía unos años, hasta que dio con su foto. Laila Caraggia, no sonaba a español, pero desde luego era Europea y su físico no tenía ningún rasgo que impidiese distinguirla de la población autóctona. Era probable que fuese italiana, pero poco más sacó en claro. Entró en la organización y subió meteóricamente, y llegó un día y desapareció de la vida política, salvo un acto público aquí y allá. Él había visto ya muchas veces esa forma de actuar, ese perfil vital, y todo le sonaba a Nuevo Edén. Lo que no tenía claro era como conoció al doctor Sariel Fausto. Era difícil preguntar por las tendencias políticas de un fallecido, pero tenía la sensación de que Liliana, la agente de Destino que había descubierto el cadáver, tendría información sobre ello. Además, en aquel lugar había poco que hacer, no había datos biográficos de ningún tipo y tenía poco más que una foto sobre sus datos personales básicos. Si conseguía encontrar la verdad, no sería a partir de aquella información.

Salió de las oficinas del partido y también del edificio. Cogería un taxi de vuelta a Destino, no tenía tiempo que perder. Para su sorpresa, un coche se paró justo delante de él y le abrió la puerta, era Lucilda.

-¿Quieres que te lleve? -dijo ella-.
-Claro -respondió Aquitán-.

Gabriel se subió al coche y ella puso rumbo a Destino.

-Ahora dime -dijo Lucilda-. ¿Qué hacías en el archivo?
-Veo que el gobierno tiene los oídos muy finos.
-Es lo habitual. Sólo tiene curiosidad por saber dónde se gasta su dinero.
-Tenía que buscar algo, eso es todo.
-¿Y no podías preguntar sin más?
-Ya sabes cómo trabajo, cuanto más pregunto, más los pongo en alerta.
-No sólo a ellos. Aurelio sabe lo que estás haciendo, y me ha mandado aquí para advertirte.
-¿Advertirme?

-De lo que estás haciendo. El doctor Fausto era más importante para él de lo que nunca reconocerá en público, y le molesta que escudriñes en la vida de su viuda.

-¿Entonces estaban casados?

-Desde hace muy poco, pero se debían conocer desde hace bastante tiempo.

-Eso debería dejar rastro, interesante.

-Pero no he encontrado nada.

-¿Acaso has buscado? Creía que Aurelio te mandaba para avisarme.

-El gobierno tiene también interés en que se esclarezca la verdad. Dime, ¿Por qué crees que ha sido ella?

-Cuando hablé con ella en el hospital supe que la conocía de algo, sólo tuve que atar memorias. Ya estuvo presente en un caso, aunque de forma meramente circunstancial.

-¿Crees que los regionalistas tienen algo que ver?

-Sí, lo creo. Todas las instituciones tienen gente del Nuevo Edén, o por lo menos gente que preferiría darle su lealtad al Nuevo Edén antes que al gobierno o cualquier otra institución si le obligaran a elegir. Y creo que ella es importante, sí.

-¿Y qué te dijo en el hospital?

-Poco.

-¿Poco?

-Poco, no te diré más.

-Estamos en el mismo bando, Aquitán.

-Confía en mí, Lucilda, tengo motivos para estar callado de momento. Así que no le digas nada de esto a tu novio.

-Eres imbécil. ¿Cómo iba a estar yo con Aurelio?

-No lo sé, pero seguro que es un motivo de peso. Como encargada de su seguridad, pasas mucho tiempo con él.

-¿Acaso estás celoso?

-He rezado a Dios muchas veces para que me dejase a conocer a la mujer de mi vida, el día que te conocí, entendí que tendría que rezar mucho más.

-Si encuentro algo te lo diré, pero no esperes que reconozca tal cosa delante de cualquiera que esté por debajo del Terrible en la jerarquía de Destino.

Liliana se despertó en su cama. Había conseguido calmar sus nervios y se encontraba sensiblemente más relajada. Nada más levantarse miró el reloj para asegurarse de que no estaba en una de sus visiones. En sus visiones era incapaz de ver nunca ningún reloj con la hora puesta, y aquel era el único método fiable que había encontrado para distinguir con seguridad la realidad de lo que fuese que estaba viendo. Cierta era también que desde que había escuchado aquella melodía en una de ellas no había vuelto a tener ninguna más.

Isidora estaba en la casa, leyendo un periódico. Isidora siempre leía en el periódico en un lector de grafeno de color de papel oxidado, para darle la sensación de que estaba leyendo un periódico antiguo. Isidora tenía muchas costumbres que podían parecer extravagantes y ni ella nunca entendía cómo o por qué nacían. Quizá eran tics o reacciones frente a algo, pero no sabía con seguridad cuál era su origen. En cualquier caso estaba ahí, esperando que ella se levantase.

-No tenías por qué estar aquí -dijo Liliana-.

-Tengo días de fiesta pendientes, querida, y no quiero que me pase como el año pasado, que me quedé sin gastar ninguno.

-Bueno, supongo que eso es una buena excusa.

-¿Cómo te encuentras?

-Mucho mejor. Gracias.

-No te preocupes, para eso estamos los demás.

-¿Cómo has conseguido las llaves de la casa?

-Me las diste.

-¿Sí? Yo no tengo las tuyas

-Nunca me las pediste, tengo una copia guardada para ti debajo de la esterilla, de cualquier modo.

-¿Guardas tus llaves debajo de la esterilla?

-Sí, a Jorge a veces le viene bien. Tiene una cabeza... De naturaleza despistada, dejémoslo ahí. Además, la esterilla es gruesa, es muy difícil encontrar la llave por casualidad, y a este pasillo sólo vamos nosotras dos.

-Queda un piso vacío al fondo.

-Es un piso pequeño en una zona donde se pueden encontrar otros más grandes a precios similares. Haría alguna apuesta estúpida sobre que nunca venderán ese piso, pero con mi mala suerte prefiero tener la boca cerrada

-¿Y dónde está Jorge?

-No lo sé.

-O sea, que está con Sara.

-Sí, supongo que sí. Tampoco es tan raro, es sábado ¿Sabes?

-¿Cuándo van a volver?

-Es Jorge, pronto.

-Pero Sara llegará más tarde.

-Es lo más probable, pero yo no soy la madre de Sara.

-Pero te gustaría que volviesen juntos, ¿Verdad?

-Serían una pareja maja, sí. Creo que se lo hemos dicho cientos de veces.

-No me refiero a eso, me refiero a que sabes cómo se siente Jorge cuando vuelve a casa y Sara sigue de fiesta. Diría que el pobre chico tiene una manifestación de sus celos muy curiosa, y que probablemente le haga sufrir bastante.

-He tenido suficientes hombres celosos en mi vida, no creo que Jorge sea uno de ellos.

-No en el mismo sentido. Pero sé que a él le duele de alguna forma que después de quedar él se vaya a casa y ella se vaya de fiesta. El mundo social de Sara es mucho más grande que el de Jorge, y sé que eso a él le hace sentirse mal.

-Y siendo como es él... No desea salir más, ¿Verdad? Desea que Sara salga menos. Por eso lo llamas celos.

-Sí. Es buen chico, quizá ni siquiera se dé cuenta de ello.

-Últimamente ha estado haciendo más cosas, y sé que la mayoría no tienen que ver con el instituto de artes, ¿Crees que trata de echar todo eso que siente fuera?

-Supongo, él es así.

-Algún día tendré que hablar seriamente con él. No me creo que de verdad no sienta nada por esa chica, no se comporta como si no lo hiciese.

-¿Y ella?

-¿Sara? Esto no es por Sara, y no me malinterpretes que tengo un gran aprecio por la chica, esto es por él. Lleva un buen tiempo perdido en el que tendría que haber aprendido a coger la sartén por el cazo, o al menos debía de haber intentado luchar por el control de su propia relación. Amigos, novios o lo que sea, tiene que ser más activo. Tiene que hacer algo... Algo que nos sorprenda, algo que cambie un poco el estatus.

-Ser un poco más activo sería bueno para él, desde luego.

-¿Tienes algún plan para hoy?

-No, que yo sepa.

-¿Has hablado con alguien del trabajo?

-No, he estado todo el rato durmiendo.

-¿Todo el rato? Oí ruidos durante algún rato, pero creía que era que te habías levantado. ¿Hablando en sueños?

-Eso será.

Liliana sabía que ella nunca había hablado en sueños, o al menos nunca nadie se lo había dicho. De lo que no estaba tan segura era de su comportamiento cuando tenía esas visiones. Había ocurrido que estando ella despierta su consciencia hubiera viajado hacia aquellas extrañas visiones, entonces era como si el mundo real se hubiese parado, pero no sabía que ocurría cuando dormía. En el fondo sabía que eso era lo que había pasado, pero estaba demasiado traumatizada por ello como para hacer el esfuerzo de aceptarlo: había tenido una visión, y no era capaz de recordar ni el más mínimo detalle sobre ella.

-¿Creías que no me iba a enterar? -dijo Marcos Aurelio-. La mujer ya se ha despertado, se la ha llevado la policía, espero que no se le ocurra contactar con la prensa.

-No me arrepiento -dijo Gabriel Aquitán-. Tengo sospechas.

-¿Sobre ella? ¿Has leído el informe médico?

-Sí que lo ha leído -dijo Lucilda-, Aquitán sabe perfectamente lo que está haciendo.

Era ya de noche, pero ninguno de los tres se iría a casa hasta dar por terminada aquella discusión. Lucilda había llevado a Aurelio al despacho de Destino que estaba utilizando Aquitán de forma temporal. Apenas tenía unos pocos papeles, solía trabajar en digital cuando no usaba su despacho, y había tenido un día muy agitado como para guardarlo todo de forma analógica. Por desgracia para él, esto había puesto bajo sospecha a Aurelio, que había acabado por presentarse delante de él, algo que Aquitán no esperaba que ocurriese tan pronto.

-Es una sospechosa, deberías entender que no puedo descartar ninguna vía en el caso.

-Entendería que descartases las vías que podrían hacer que alguno de nuestros adversarios políticos consiguiese que nos quitasen fondos.

-No podemos dejar pasar la oportunidad de encontrar sectarios con nombre y apellidos. Sabemos poco sobre su organización interna, pero si construyésemos su biografía...

-¡Tonterías! Sabes bien que varios miembros de la Comisión Europea y el Terrible no son precisamente amigos. Podemos dejar pasar un caso que parece que no lleva a ninguna parte si podemos salvar la iniciativa Destino.

-Da igual lo que digan en Europa, el Nuevo Edén suscita mucho miedo y la gente se ha encomendado a Destino. Las encuestas son claras, Destino es una de las organizaciones públicas más valoradas.

-Y de las más protegidas. Esto puede cambiar si no somos cuidadosos.

-No puedes de verdad pedirme que abandone el caso para el que me has contratado.

-Es precisamente lo que voy a hacer.

-No tienes autoridad, quiero hablar con el Terrible. ¿Qué opina él?

-Tengo autoridad suficiente para tomar esta decisión.

-Tiene razón, Gabriel -dijo Lucilda tras estar un rato en silencio-. Las relaciones entre los gobiernos y Destino son ahora mismo tensas. No será bueno para Destino si se sabe esto.

-No me importa la opinión pública, ¡Se trata de la verdad!

-Se trata de encontrar un culpable -dijo Lucilda-. La opinión pública no tiene mucho en cuenta los nombres y apellidos. Podríamos decir fácil y escuetamente que se trata de un crimen cometido por el Nuevo Edén. No necesitamos dar ningún nombre.

-Pero necesitamos saber -dijo Gabriel-.

-Necesitamos existir -dijo Aurelio-. Esa mujer ha sido violada, hay pruebas médicas de ello. ¿Cómo vas a refutar eso?

-Cualquier cosa puede ser fingida o provocada en estos días. El asesinato es de una brutalidad inesperada, también lo podrían ser sus formas de ocultar el asesino.

-El asesinato fue un ritual, está claro. Céntrate en el qué, cómo y por qué de ese ritual, y no en la viuda del difunto doctor.

-Así es como funcionan siempre, Marcos. No tratan de ocultarse sólo con muros físicos, también ponen barreras de otro tipo. Psicológicas, mentales, evitan que investigues. Sabes que funcionan así, lo sabes.

-Cállate y haz tu trabajo como se te indica-sentenció Aurelio-. Esta conversación ha terminado.

Lucilda cogió las manillas de la silla de Aurelio y ambos se fueron por el pasillo. Gabriel se quedó en el cuarto, pensando en cuál sería su movimiento. Aquello le dejaba pocas alternativas. Aurelio tenía muchísimo poder, y el Terrible pocas veces se metía en asuntos que no estuviesen directamente relacionados con el Nuevo Edén, nunca perdería el tiempo en lo que él consideraba una rencilla interna.

Al rato, Lucilda entró y le dejó una memoria flash en la mesa.

-Esto es todo lo que hay -dijo Lucilda en voz baja-. Usa todo tu ingenio y prepara tu mejor tiro, tienes menos de 24 horas para ello.

-¿Por qué?

-Trabajo para el gobierno, no para Aurelio. Hago lo que considero que es más beneficioso para todos.

-Tienes suerte, tengo un plan.

-Te deseo suerte.

Por fortuna, Gabriel tenía un último tiro preparado, aunque no por ello era menos arriesgado. Sabía que había algo, en algún lugar, que le llevaría hacia donde quería ir. Pero no estaba seguro de dónde podría encontrarlo, ni siquiera con toda la información que habían puesto a su alcance. De lo que sí que estaba seguro era que sólo había una persona que pudiese desempeñar aquella tarea, por arriesgado que fuese confiar en quien no conocía de nada.

Liliana recibió un mensaje en su correo. Era de Gabriel Aquitán.

El Terrible se encontraba en la sala segura, mientras hablaba con un hombre mediante comunicación por satélite.

-Sé que estás acabado, Juan -dijo el hombre-. No te queda mucho a lo que agarrarte una vez la mujer hable. Hay sectores muy disconformes con la forma en la que se trata a los sectarios, y pueden hacerte caer de tu trono si no tienes cuidado.

-Puede ser.

-¿Y? ¿Acaso no piensas defenderte?

-Has visto el MARIA, ¿Verdad? He de suponer que tienes a alguien dentro.

-Sí, he visto lo que ocurrirá cuando la mujer diga el acoso que sufrió por parte de Destino en su hospital privado y sobre el aislamiento al que fue sometida.

-¿Crees que soy el único que tiene algo que temer del MARIA? Te equivocas, especialmente tú, tu muerte ha sido prevista en ya dos ocasiones. No quieras arriesgarte a que no los detenga a la tercera.

-¡No serías capaz!

Se hizo el silencio.

Capítulo 6 - ¿Perdón?

Liliana abrió la bandeja de entrada de su correo electrónico. No estaba acostumbrada a recibir mensajes importantes, pero estaba suscrita a periódicos digitales que a veces hablaban de cosas de su interés. Hacía ya bastante tiempo, había instalado por si acaso en su móvil un software que le alertaba con una vibración y un tono especial cuando alguien de una lista de correos, todos ellos relacionados de una forma o de otra con Destino, le mandaba un mensaje. Acababa de sonar.

Aquello era extraño. Los correos internos de Destino y cualquier cosa de información que se mandaban los miembros de la organización entre ellos siempre quedaban ahí, en el servidor interno. Que alguien hubiese usado el correo personal no podía significar nada bueno. El mensaje venía de Gabriel Aquitán, y contenía toda una lista de ficheros de texto y vídeos, también había algún audio, pero eran muy pocos. El mensaje no tenía asunto y tampoco había ningún texto. Lo primero que pensó es que se trataba de una broma, no tenía ningún tipo de relación con Gabriel Aquitán más allá de unas pocas conversaciones, y dados los malos recuerdos que le traía, prefería no tener ninguno más. Había conseguido dejar atrás todo aquello de sus visiones en unos pocos días, y no quería volver a tener ninguna más. No por ello dejó de comprobar lo que había en aquel correo. Los ficheros de texto estaban todos centrados en una persona, Laila Caraggia, que parecía haber tenido algunos problemas con la justicia. Se dio cuenta muy pronto de la gravedad de todo aquello, no sabía bien por qué le había todo aquello a ella, pero era importante.

Trató de mandarle varios mensajes, pero era tarde y él no respondía, así que decidió acostarse. Dejó el móvil con el volumen de tono de llamadas al máximo, esperando que el sonido la despertase.

El doctor Sariel Fausto miraba la leña de su chimenea tranquilamente, como si no pasase el tiempo. El frío del exterior le había convencido de permanecer en casa, pero estaba deseando salir de aquella prisión que era su vida en cuanto pudiese. Al principio no había sabido cómo reaccionar, se había dedicado a llorar cuando su esposa no lo mirase y a fingir compostura. Era cierto que hacía tiempo que la fallecida y él no se relacionaban ni se veían, pero para él, ella seguía siendo como una de sus pupilas y la veía prácticamente como una hija. A su mujer no le gustaba que llorase, le decía que le recordaba a una mujer plañidera. Llevaba poco tiempo casado, un año y poco más, pero conocía a la mujer desde hacía mucho. Nunca se atrevió a decirle lo mucho que le gustaban sus ojos o lo bonita que le parecía su sonrisa. Fue siempre ella la que fue por delante, la que llevó las riendas de la relación y la que decidió cuando debía comenzar su romance.

Había sido controlado en ese aspecto por las mujeres desde siempre en eso, lo que por otra parte le había permitido vivir sin demasiadas preocupaciones. No le importaba verse conducido, incluso aunque a fuese a marchas forzadas, con tal de no verse en la necesidad de conducir. Por ello había tenido todas sus parejas como su mujer, fuertes de temperamento y de convicciones, aunque esta era la primera vez que se sentía como un esclavo.

Si hubiese podido despedirse de su mujer para aparentar una salida más normal lo hubiese hecho, pero cuando su mujer entraba en el sótano era difícil sacarla de ahí y no era fácil decirle nada sin que saliese enfadada. No podía echarle la culpa de haberse quedado ensimismada con algunas de las cosas que había ahí. Había reunido una colección de diversos artículos de gran valor, y había instalado un laboratorio bastante bien equipado para ser de un particular interesado por la química. Cuando lo construyó, tenía miedo de que quedase él ensimismado como en su juventud, en la cual disfrutó de auténticos ataques de genio, pero la realidad había sido al revés.

Miró su reloj, llegaba justo, pero sabía que le esperarían. La mujer no era demasiado popular fuera de los círculos en los que él aún era respetado, lo cual le daba algo de prebenda para llegar tarde. Claro que haría todo lo posible por llegar a tiempo. Era lo menos que podía hacer por ella después de todo lo ocurrido.

Además estaba aquel joven, que creía que era de la misma edad que la mujer. Tenía barba corta y pelo castaño, y parecía no haber dormido demasiado en los últimos días. No era extraño, todo el mundo parecía haber recortado horas de sueño dados los últimos acontecimientos. Sabía que en Destino trabajaban a contrarreloj por dar una respuesta a una tragedia como esa, pero parecían estar faltos de un plan, de un plan que él podría proporcionarles si contaba otra vez con la suficiente libertad y el suficiente presupuesto.

Llegó al funeral, no había demasiada gente, pero salvando unos pocos conocidos de la fallecida, todos los restantes eran grandes personalidades del mundo en el que se movían. Estaba el Terrible, Rafael de León, incluso estaba Abel, que llevaba años desaparecido.

Una mano le tocó el brazo, era el joven con el que había hablado la otra vez, Gabriel Aquitán.

-Debemos hablar -dijo Gabriel-, y creo que corre prisa.

-No veo por qué no -dijo el doctor Sariel-, pero estamos en un funeral.

-Por supuesto.

Ambos se acercaron para dar el último adiós a la mujer fallecida. Gabriel se quedó contemplativo mirando el cadáver, mientras que Sariel soltó una lágrima. Se había imaginado el momento, pero de imaginarlo a vivirlo había una gran distancia. Ambos hicieron un gesto de respeto frente al cuerpo de Liliana, que yacía en estado de paz en el que parecía encontrarse dentro de su ataúd.

Liliana se despertó con la misma sensación en el estómago que tenía cada vez que una nueva visión la acosaba. No quedaba ya duda de que habían vuelto. No sabía por qué las tenía y que era lo que significaban, si hubiesen sido más crípticas o más simbólicas, hubiese supuesto que eran meros avisos de su subconsciente, si no hubiesen estado ordenadas en el tiempo hubiese pensado que eran meros sueños y si no hubiese sido por su propia muerte, hubiese pensado que no eran reales. Pero lo eran, eran reales de alguna manera o de otra, ella había sentido aquella espada como si hubiese sido un agujón en su corazón.

Trató de hacer como si fuese un día normal, y se duchó y fue a desayunar. Mientras recogía la mesa alguien empezó a golpear con fuerza la puerta. Era Isidora.

-¿Has puesto la televisión? -dijo Isidora-

-No, ¿Qué ocurre?

-Ponla, rápido.

-Está bien -dijo Liliana mientras buscaba el mando-, ¿Qué ocurre?

-Es el hombre ese, el que me dijiste que estaba investigando la muerte del profesor.

-¿Gabriel Aquitán?

-Ese, pon la tele, lo están echando en todas las cadenas.

-¡Ya voy! -dijo Liliana mientras le daba al botón de encender-

“Tras las duras acusaciones de la Laila Caraggia, el portavoz de todo el programa Destino, Marcos Aurelio, no ha tardado en responder a la viuda del doctor Fausto, afirmando que serán firmes con los misóginos de la institución, así como de aquellos que presenten un comportamiento inadecuado con las mujeres, el cual ha calificado semejantes actos como reprobables y delictivos”

-¿Qué significa esto? -dijo Liliana-.
-¿Qué significa esto? ¡Eso esperaba que me dijeras tú! ¿Te hizo algo ese hombre?
-¿Gabriel? No, él no es... Él no puede ser así...
-Pues lo han echado y se han asegurado de que la imagen que ha dado la mujer esa no se les asocie a ellos.
-Pero... ¿Quién ha hablado?
-¿De Destino? Sólo el hombre ese, ¿Lo conoces?
-Sí, pero hay más, hay alguien que manda más que él, ¿No ha hablado?
-No.
-¿Cuándo ha hablado esa mujer?
-Ha salido la entrevista en un telediario de la mañana, luego todo ha ido como la pólvora.
-Si no llevo levantada casi ni una hora.
-Se habrán apresurado en no tocar sensibilidades.

Liliana trató de ocultar la decepción que tenía por dentro mientras iba al trabajo. Aquel hombre le había dado buenas vibraciones, pero aquel correo con toda aquella información la había dejado dubitativa. ¿Por qué le había mandado todo eso a ella? Apenas lo conocía, y no tenía ningún uso para toda esa afirmación. No había podido llamarle, y no parecía dar tampoco señales de vida. Debía haber apagado completamente su móvil.

Aquel día MARIA no había mandado ninguna alerta, y todos los agentes estaban en el edificio. Le habían dado una serie de test psicológicos que rellenar, lo cual era una práctica común en todos los miembros de Destino, fuesen agentes preparados para el combate o no. La mayoría de las preguntas parecían bastante inútiles, y sólo unas pocas parecían tener algo de interés para el que tuviese que leer la respuesta. Sobre la utilidad de aquellos tests nunca se decía una sola palabra de forma oficial. Algunos afirmaban que se trataban de datos para MARIA, otros que cada pregunta tenía más información de la que parecía y que las respuestas aparentemente sencillas servían para retirar o despedir personal, y otros que sólo lo hacían para recordar quién estaba en control de quién. Liliana callaba, pero pensaba que sería un poco de las tres.

La puerta de su despacho se abrió, un hombre en silla de ruedas empujada por una mujer entraron. Eran Lucilda y Marcos Aurelio. No los esperaba.

-Buenos días -dijo Aurelio-. Tenemos que hablar, Eva.
-¿Qué ocurre? -dijo Eva-.
-Varias cosas. Lo primero, te habrás enterado de las vergonzosas acusaciones que dice sufrir la viuda del doctor Fausto por parte del detective que te entrevistó para el caso, Aquitán.
-Sí.
-Lamento que hayas tenido que ponerte a disposición de un hombre con tan poco tacto. Hemos abierto una sección dentro del sitio web interno donde puedes expresar los problemas que hayas tenido en este asunto. Serán tenidas en cuenta, te lo garantizo. De momento hemos parado cualquier colaboración con Aquitán.
-¿Y el caso?
-Ya veremos, ahora tenemos cosas más urgentes. Encontraremos al asesino si seguimos investigando al Nuevo Edén. Nero está preparando la siguiente operación, será importante. Puede que pronto vuelvas a trabajar con algún miembro de la unidad 6, pero como miembro de la unidad 7, claro está.
-Los horarios de los entrenamientos y la instrucción han cambiado -dijo Lucilda-. He preparado unos días intensivos según el tiempo que me ha dicho Nero que tenemos para prepararnos. Deberías consultarlos en cuanto puedas, y ya te adelanto que tendrás uno esta tarde, junto con el resto de miembros de la unidad 7.
-Entendido.

Eva fue a comer al comedor de su piso. Se había llevado comida hecha, aquel día no tenía ganas de tener que aguantar un menú que no le apetecía y con una comida que no era siempre de la máxima calidad. Era conocido de sobra entre todos que Destino tenía una amplia financiación por parte de organizaciones gubernamentales a todos los niveles, pero el dinero no acababa en la comida, como bien había podido experimentar. Se sentó con las otras dos mujeres de su unidad. No vio ni a Ares, ni a Osiris ni a Valquiria aquel día. Ningún día los veía ya, aunque todavía no se había acostumbrado.

-¿Qué creéis que pasará con él? -dijo Doncella-. Es un tipo extraño, desde luego. Le gusta marcar que es diferente. Esta vez se ha pasado de la raya.

-No lo sé -dijo Umbra-. Lo que ha dicho Caraggio es... Peligroso, no sé si debemos confiar más en él.

-¿Y tú qué piensas Eva? -dijo Doncella-. Tú tuviste que hablar algún rato con él, y todo gracias al jefe. Seguro que no puede ni mirarte a la cara.

-No me ha dicho nada, no -dijo Eva-.

-¿Y la Lucilda esa no sabía también algo sobre él? -dijo Doncella-. Aquí estaban todos muy próximos, seguro que se lo han cargado rápido para que no les caiga el muerto encima a ellos. ¿Os imagináis algún titular estilo “Marcos Aurelio, el parapléjico misógino”?

-No -dijo Umbra-. No lo habrán hecho por eso, imagínate que alguien dijese algo parecido de Juan el Terrible. Los gobiernos nos financian porque somos populares, porque defendemos a la gente. Si esa imagen de nosotros desaparece... No creo que el Terrible sea fácil de tratar, y no creo que tenga muchas amistades en los altos círculos.

-Al Terrible no lo tocarán -respondió Doncella-. Por encima de mi armadura, ese hombre ha salvado de la desaparición a esta ciudad.

-A mí me resulta extraño -dijo Eva-, como si no me terminase de encajar.

-¿Acaso conoces de algo a Aquitán? -dijo Doncella-.

-No -dijo Eva, que no pensaba admitir que lo había estado viendo en sus visiones-. Pero me da buenas vibraciones, es extraño.

-Todos los cabrones dan buenas sensaciones, querida -dijo Doncella-, pero no por ello dejan de ser unos cabrones.

-Deberías olvidarte de ello, Eva -dijo Umbra-. Cosas como esas sólo te traerán problemas, o algo peor.

-Está bien, supongo que es lo que debo hacer.

Aurelio estaba trabajando en su ordenador mientras Lucilda estaba mirando tranquilamente por la ventana. Llevaba ya un buen rato sin moverse de ahí, y Aurelio que se sentía incómodo, por lo que decidió darle un toque de atención.

-¿Qué haces? -dijo Aurelio-. ¿Acaso hoy te sobra el tiempo?

-No, es sólo que estaba pensando en Aquitán.

-¿Aquitán? Se podría haber cargado todo esto si nos hubiese salpicado el escándalo. Dentro de poco tendré que hablar con la viuda del doctor para darle mis disculpas, da por seguro que tú estarás conmigo.

-¿No te sientes seguro?

-Yo nunca estoy seguro.

-¿No sientes pena por él? Creía que eráis amigos.

-Somos viejos conocidos, pero lo que ha hecho no tiene excusa alguna. Por mucho aprecio que le tenga, Destino no puede caer por culpa de escándalos como este.

-El gobierno tiene buena opinión de este sitio, al menos todavía.

-Eso es lo que te dicen que digas, pero la verdad no sé si es tan amable. En cualquier caso el problema no es el gobierno actual, sino el siguiente. ¿Crees que te renovarán?

-Depende de quién gane las elecciones.
-Odio el cambio, ¿Te lo había dicho? Ella los odia también, lo noto.
-Tú sólo notas lo que quieres notar.
-¿Y qué sientes sabiendo que tu trabajo depende de la voluntad de un par de personas? A mí me resultaría extraño pensar que dentro de unos meses pasarás de trabajar para un gobierno a trabajar para otro completamente distinto.
-Yo no trabajo para el gobierno, trabajo para el estado.
-¿Una mujer de estado? Muy bonito, díselo a tus jefes.
-¿Y el Terrible tiene el mismo talante que tú con los servidores públicos?
-Nunca he entendido lo de servidor público. ¿Por qué los llamamos servidores públicos a ellos y no llamamos servidores al resto de trabajadores? ¿Cuál es la diferencia? ¿Que los servidores públicos no cobran? Más de un tercio de mi capacidad productiva se va para pagarlos, en comparación con ellos, los técnicos que vienen a reparar las tuberías de mi edificio cada tres meses son mártires de la caridad.
-¡Tendrás valor! Toda tu financiación es pública.
-Pero los intereses son privados. ¿Crees que no se le subirán los testículos al cuello al nuevo presidente cuando uno de sus ministros muera en un atentado del Nuevo Edén? Claro que se asustará, y volverá a recurrir a nosotros, y nos financiará usando el dinero público. Si no fuese el gobierno, serían otros.
-¿Y por qué no pasáis entonces a ser una entidad privada?
-A la gente no le gusta que las cosas de este tipo sean privadas, y el propio Terrible prefiere que todo esté como está ahora. Si tuviésemos algún inversor privado financiando todo esto podría pedir favores a cambio. El gobierno también es corrupto, pero en el peor de los casos tendremos que aguantar a las sanguijuelas un mandato.
-¿Y no usáis MARIA para hacer cálculos electorales? Estoy convencida de que al gobierno le encantaría tener algo así, seguramente anden ya detrás de ello.
-Andáis.
-Ya te lo he dicho, soy una mujer de estado, no de gobierno.
-En cualquier caso, tendrán que pasar por mi cadáver si quieren hacer eso. MARIA no es ningún juguete, y nunca será usada para asuntos que nada tengan que ver con el Nuevo Edén. A ella no le gustaría.
-Hablas como un loco cuando mencionas al sistema MARIA.
-Nadie aquí está completamente cuerdo, Lucilda, ni siquiera tú. Y hablando de MARIA, creo que ha llegado la hora de que me bajes a ver como está.
-No me gusta ese sitio, ¿No puedes bajar tú sólo?
-No, eres la encargada de mi seguridad. Hazte meritoria de tu cargo.
-Creo que ya me lo he ganado unas cuantas veces. ¿Y por qué el Terrible no tiene escolta como tú?
-Hace ya bastante tiempo que no veo al Terrible fuera de los sótanos del edificio. Te aseguro que ahí abajo está bien protegido.
-¿Por qué?
-Por ella. MARIA siempre ha dicho que esa zona es la más segura del mundo. Como curiosidad, una vez intenté mirar a ver si ella sabía dónde estaba el lugar donde vivía el Terrible.
-¿Y?
-Era una cosa secreta, no pude usar el personal que uso siempre y por tanto puede que me dejase miles de datos relevantes, pero estoy bastante convencido de que ni ella sabe dónde vive ese viejo zorro.

Doncella, Umbra y Eva estaban vistiéndose para el combate de la tarde. Eva sabía perfectamente cómo eran aquellas prácticas, se practicaban reflejos, se medía la fuerza y se trataba de medir la capacidad de los sujetos de adaptarse frente a cambios bruscos de los estados MARIA y de eliminar a distintos tipos de ramas paramilitares del Nuevo Edén.

-¿Quieres ayuda? -dijo Doncella a Umbra-.

-No, no hace falta -dijo esta-. Ve para allá, ahora te alcanzo con Eva.

-Está bien -dijo Doncella mientras cogía su mochila y se iba.

-¿Problemas con la cremallera? -dijo Eva-. Creo que me suena.

-Escucha -dijo Umbra a Eva en un hilo de voz-, a Aquitán no le queda mucho tiempo para restituir su honor. Sé que sabes algo que yo no sé sobre él, y sé cómo te sientes. Si te vas media hora antes del entrenamiento a hacer lo que sientes que debes hacer y usas mi coche para ello, Nero no dirá nada.

-Pero el entrenamiento...

-Lo supervisará únicamente él. Créeme, sé lo que sientes, y él también cree que hay algo más, pero no se atreverá a decirlo.

-¿Cómo sabes eso?

-Sencillamente lo sé.

En ese momento a Eva le vinieron dos cosas a la cabeza, la primera fue lo poco que era capaz de ocultar Umbra sus sentimientos hacia Nero, y la segunda era que había recordado su visión perdida. Sabía exactamente qué era lo que tenía que hacer, aunque tenía miedo de que aquello fuese cierto.

Jorge estaba sólo en casa, era tarde, acababa de volver del instituto de artes y le había entrado un hambre atroz. Aquello no era raro, aunque no tenía demasiadas horas de clase los horarios era muy extraños y tan pronto un día acababa antes de las cinco como se quedaba hasta las ocho, que era lo que había pasado aquel día. El director del instituto de artes estaba loco, todo el mundo lo sabía y él mismo no se encargaba en negarlo. Al igual que otros grandes genios, cuanto más se acercaba a la locura más se encontraba con la genialidad. Sus obras, que pasaban tanto por la pintura como por la escultura, siempre habían tenido como motivo principal la sinestesia, alteración que le había afectado fuertemente de joven. Quizá como administrativo dejaba mucho que desear, pero no había que llevar mucho tiempo en el instituto para saber que el director, Juan Ramón Zurqués, era el hombre que daba el prestigio y la motivación a los alumnos, pero que los que de verdad administraban eran otros.

Él no se quejaba, tenía un buen sitio tanto para pintar como componer y había profesores competentes, algunos mejores y otros peores, pero no se quejaba. De lo único que se quejaba es que por muchas cosas de la casa que se repartiesen él e Isidora, a él siempre le tocaba hacer de más. Marcó una serie de números en su teléfono y esperó que a que sonase una voz por el otro lado la comunicación.

-Buenas tardes -dijo la voz-, ¿Con quién hablo?

-¿Con quién crees que hablas? -dijo Jorge-. Hoy te tocaba hacer la cena, Isidora.

-Ya -dijo ella-, pero aquí sigo, en el trabajo. ¿Acaso quieres que me echen?

-Siempre vas con lo mismo, podrías haberla dejado hecha.

-Pero no he caído, y hoy se supone que íbamos a volver antes, pero resulta que al final tenemos que poner en orden una serie de papeles del gobierno, subvenciones y eso. Te sorprenderías si vieses donde acaba tu dinero.

-¿Cuándo vas a volver?

-¿Tienes hambre? Porque si la tienes deberías empezar a hacerte algo.

-Algún día tendré fuerza de negociación y dejarás de salirte con la tuya.

-Pero mientras yo traiga el pan a casa, me da que te vas a quedar como estás. Si lo que te preocupa es quedarte sólo puedes hablar con Liliana o con Sara, seguro que te da compañía.

-Liliana no ha llegado tampoco de trabajar, y Sara tiene también su propia vida.

-¿Y? Yo invitaba a mis amigas constantemente a cenar a casa cuando estaba sola.

-Pero eran amigas, es distinto.

-¿Es distinto? Muchacho, a veces no te entiendo ni yo.

-Eres tú la rara, no me habrá dicho pocas veces Liliana la de rarezas que tienes.

-Pero Liliana también tiene lo suyo, así que ponte a cocinar que yo llegaré más tarde, ya veremos si cenó en casa o no.

-Como quieras.

Jorge llevaba ya viviendo mucho tiempo con Isidora, más del que había pasado ya en el orfanato, del que apenas recordaba nada. Cuando lo adoptó Isidora era bastante joven, pero ya se había quedado sin padres. Su madre murió en el parto y su padre murió poco antes de que se abandonase la última parte del sur de la ciudad. La suya no debía haber sido una adopción muy legal, o por lo menos muy limpia. Lo lógico después de todos aquellos años es que él la llamase madre y ella a él le dijese hijo, pero por algún motivo que sólo ella entendía, se llamaban entre sí por sus nombres. A Liliana en cambio no le importaba que la llamase tía, aunque rara vez lo hacía. Era una vida extraña la suya, era consciente de ello, pero tampoco podía quejarse, la mayoría de niños que nacían en orfanatos tenían un futuro mucho más duro que al que él podía aspirar, el estado no estaba dispuesto a gastar mucho en niños que ni siquiera habían querido sus padres.

Se sentó a cenar sólo, no podía decir que le desagradase. Le gustaba la soledad y el silencio de forma ocasional, no porque no le gustase oír, sino porque le gustaba oír su propia mente.

-No puede ser -decía Liliana una y otra vez mientras subía por el ascensor del rascacielos-. No puede ser.

Eva recordaba su visión. No sabía por qué esta había permanecido oculta en su mente, y tampoco sabía por qué había vuelto en el momento en el que Severa habló con ella. Tampoco sabía que era lo que las activaba y no estaba segura de querer saberlo. La teoría de que todo aquello era una realidad, tan real como la suya, comenzaba a cobrar fuerza en su cabeza, aunque no tuviese ningún motivo racional para creer en todo ello.

Estaba otra vez en el mismo piso, en el lugar en el que encontró al doctor Sariel Fausto muerto. El piso estaba cerrado, a la espera de que algún familiar lo reclamase. Sabía que el doctor tenía algún hermano, pero también había visto que había una llave de la puerta en el macetero de la puerta del vecino. Era difícil de ver, pero imposible de no encontrar si se buscaba específicamente. El doctor había sido un hombre muy arriesgado al poner eso ahí.

Trató de volver a hacer los movimientos que le había visto a hacer el doctor en la primera de sus visiones. El doctor de aquella visión había sido muy distinto al de la segunda. El doctor en la segunda visión tenía un miedo terrible al lugar al que ella se estaba dirigiendo, el doctor de la primera iba decidido, fuerte, con una misión. Tenía que ir al sótano.

La entrada había quedado cubierta por una alfombra, que era la misma que ella había visto unas noches atrás, estaba segura. Era la misma escalera, la misma madera, el mismo olor que había sentido el doctor mientras bajaba, pero ella no disponía de la convicción del doctor de la primera visión, sino el miedo de la segunda. A pesar del miedo siguió bajando, si había algo ahí, no podía dejarlo marchar. Sacó del bolsillo el amuleto que le había devuelto José la última vez que lo vio, antes de que los separasen de la unidad. Desde entonces, a pesar de la bienvenida de Umbra y Doncella, se había sentido un poco más sola. Por algún motivo que ni siquiera ella misma comprendía, Gabriel la hacía sentirse menos sola, y quería darle una última oportunidad.

Estaba en el laboratorio secreto del doctor Sariel Fausto, pero había algo más, algo mucho más potente en aquel lugar. Eva notaba una vibración que ya conocía perfectamente, había encontrado lo que buscaba. No el santuario del doctor Sariel Fausto, los utensilios científicos estaban repletos de polvo e inertes, completamente inútiles para su objetivo. Lo que había encontrado era el santuario

de su mujer. Un santuario dedicado al Rey Carmesí del Nuevo Edén, tal y como lo había encontrado Sarel Fausto en su visión.

Sus visiones eran reales, debían serlo. Su propia muerte, su primera visión, también debía serlo de algún modo, y eso la aterraba.

Capítulo 7 - ¿Qué soy?

Mi padre siempre fue muy cercano a mis novios, nunca supe por qué. Desde que tengo memoria siempre me decía lo fuerte y lo independiente que era, y lo lejos que llegaría sin depender de nadie. En el fondo creo que lo decía porque creía que yo era como un jarrón antiguo en un museo: era difícil de romper no porque fuese muy tenaz, sino porque era difícil de alcanzar. Ahora me pregunto si los veía no sólo para actuar como un buen padre, sino para entenderme mejor a mí, ver que había que hacer para llegar al fondo de mí. A día de hoy creo que quedó poco satisfecho con las respuestas que encontró, por mucho que me duela a mí misma admitirlo, mis relaciones no fueron estables ni largas, no porque yo no quisiese tener alguien en el que sujetarme, sino porque necesitaba alguien distinto a lo que cada chico por el que me sentía atraída tenía que ofrecerme. Tampoco fueron muchos, yo no era una persona fácil de tratar en esos niveles de relación.

Me hacía gracia recordar todo eso aquel día, durante aquellos momentos, cuando lo normal en mí hubiese sido que hubiese estado en un estado de histeria absoluto y con una ansiedad incontrolable. Pero no, los nervios que me asaltaban en aquel momento no tenían nada que ver con mis visiones, sino que tenían mucho más que ver con esa parte de chica a la que le gustaba que le dijiesen cosas bonitas, esa parte que parecía despertar, aunque fuese levemente, Gabriel.

Me llevó a un lugar no muy elegante, pero sí bastante bonito. A mis ojos todo aquello era ciertamente más refinado de lo que en realidad era, pero me sentía en una nube de felicidad al saber que aquel hombre no era lo que habían dicho, y que había sido yo la que lo hubiese descubierto. Me invitó a tomar algo después del trabajo a modo de agradecimiento, y la verdad es que tenía ganas de hablar con él una vez más, aunque fuera por poco tiempo.

-No te puedes ni imaginar la cara de Aurelio -dijo Gabriel-, nunca le había visto así.

-¿Van a publicar las disculpas en los periódicos? -dijo Liliana-

-Creo que ya están subidas a la web, aunque quizá el mejor nombre para ellas no sea una disculpa. A Destino no se le da muy bien cometer errores, cuando detecta uno se dedican a pasar página y ya está.

-Sabes que soy parte de Destino, ¿No?

-Pero actuaste por cuenta propia, Liliana, y te lo agradezco. Creo que todos en el fondo de lo agradecen, conozco a Marcos Aurelio desde hace muchos años y a Lucilda Borja desde que se encarga de su seguridad, y no creo que ninguno de los dos disfrutase viéndome en el ostracismo.

-¿Y qué has hecho este tiempo?

-Nada, confiar en ti, supongo.

-¿Por qué me mandaste aquel mensaje?

-Creí que eras la mejor candidata para desentrañar la verdad que había detrás de todo aquello. Ningún otro miembro de Destino que yo conociese hubiese usado esa información sin pedir antes permiso a un superior. Tú eres distinta.

-¿Distinta? No creas, los agentes de intervención...

-Ya lo sé, sois todos iguales, todos intachables. Puede ser, siempre y cuando pongas una definición más concreta a la palabra "intachables". ¿Son intachables a los ojos del Terrible? Desde luego, ¿Son intachables a los ojos de la sociedad? ¿De la verdad?

-¿Adónde quieres llegar?

-¿Cómo supiste que la casa tenía un santuario del Nuevo Edén en un sótano?

-Yo... -Por un momento Liliana creyó que su secreto iba a salir por fin a la luz, hasta que Gabriel la cortó y continuó hablando-

-No te preocupes, no pienso presionarte. Te debo mucho, y quiero saber quién eres.

-¿Quién soy?

-Sí, pocas veces tengo la ocasión de estar con un agente de intervención de Destino cara a cara sin tener un guion muy marcado.

-No entiendo, ¿Quieres que te hable de la armadura o de MARIA?

-No, quiero saber quién es la mujer que hay detrás, quiero saber algo de ti.

-Oh, bueno, no esperaba esa pregunta. ¿Hay acaso algo que no sepas?

-Claro, pero no es algo que esté en unos informes. Sé que te va a parecer extraño, pero quiero bailar un poco contigo.

-¿Bailar? No sé bailar, no me entrenan para eso -dijo Liliana sonriendo sutilmente-.

-Yo te enseñaré, para eso te he traído aquí.

Gabriel se levantó e invitó a Liliana a bailar con un gesto de su mano. No eran los únicos que habían tenido aquella idea, había bastantes personas bailando, la mayoría de ellas no parecían ser más simples conocidos, no parejas, lo que la alivió un poco. Él parecía bastante relajado, pero para ella aquello había sido demasiado súbito.

Al poco de empezar a mover los pies notó como se compenetraban un poco más. Ella bailaba mucho peor que él, cualquiera podía darse cuenta de ello con tal de mirarlos, pero no por ello tenían una falta completa de armonía.

-¿Es esto lo que querías? -dijo Liliana-.

-Sé que es una recompensa escasa para la gran deuda que tengo contigo, Liliana. Te prometo que haré todo lo posible para encontrar al sectario que acabó con la vida del doctor, y que lucharé para que puedas vivir siempre como la mujer que baila con los pies descoordinados, y no como la que se pone una armadura de combate para matar a miembros del Nuevo Edén.

-No sé qué responder a eso.

-No hace falta que lo hagas, dices mucho de ti misma bailando.

Como de costumbre no había nada de luz en la sala segura de los sótanos de Destino. Únicamente había una mesa y un asiento para cada uno de los hombres que estaban ahí: Rafael de León, Marcos Aurelio y Juan el Terrible.

-¿Qué es exactamente lo que buscaríamos? -dijo Aurelio-.

-¿Hay alguna limitación en cuanto al MARIA? ¿Tendríamos alguna limitación?

-El sistema MARIA está limitado por los que lo llevamos, no por ella misma. Si me dices quién o qué es lo que buscamos, podremos encontrarlo.

-¿Estás seguro? -dijo el Terrible-. Una operación así es arriesgada.

-Lo sé -dijo Rafael-. Pero últimamente están distintos, ambos lo hemos notado. Creo que ocultan algo.

-No tiene por qué ser eso -dijo el Terrible-. No los conocemos lo suficiente como para saber qué es lo que los mueve.

-¿Qué insinúas? -dijo Aurelio-.

-Se mueven distinto, pero no sabemos por qué. ¿Es un nuevo brote de fe? ¿Acaso alguno de sus profetas ha venido a la ciudad?

-No estamos seguros siquiera de su existencia -dijo Aurelio-. Sólo hay pruebas del Rey Carmesí, y ni siquiera son indicios de primera mano de su existencia. Caraggia podría venerarlo, pero no haberlo visto nunca.

-El doctor no bajaba al sótano -dijo el Terrible-. Incluso aunque fue el él en principio el que lo pagó, nunca bajó. Es de suponer que lo que esa mujer puso ahí tiene un poder real.

-¿Y crees que está aquí?

-Podría no haberse ido nunca -dijo Rafael-. Pero esa no es la cuestión, la cuestión es que tienen algo gordo entre manos. MARIA ha estado fallando más que nunca últimamente, no creo que sea casualidad.

-La muerte del doctor no nos ayuda nada -dijo el Terrible-. Haremos la operación cuando tengamos un objetivo claro. No quiero ningún rastreo, quiero un objetivo preciso.

-¿Y cómo vamos a conseguir eso? -dijo Aurelio-. Tardaré más tiempo del que dice Rafael en tener los datos que necesitamos.

-Y puede que nos volviesen a engañar -dijo Rafael-. Podríamos movilizar también a la unidad 6. Incluso con una MARIA dudosa, tendríamos potencia de fuego de sobra para completar la misión.

-MARIA no soportará fácilmente a dos unidades simultáneas en el mismo campo. La unidad 6 fue creada con el objetivo de ser una unidad secundaria, si tenemos a dos bajo la categoría de unidad principal, tendremos muchos más estados posibles, todos ellos mucho menos probables, lo que hará que mi labor resulte mucho menos útil.

-¿A quién necesitas? -dijo el Terrible-. Hace poco te dimos a Eva, ¿No te es suficiente?

-No para esta ocasión. Hemos conseguido grandes cosas con un equipo más grande, el éxito no está garantizado, pero es posible.

-Estás poniendo una gran esperanza en algo que ni siquiera sabes si funciona correctamente -dijo Aurelio-.

-¿No eres tú el que siempre creía en MARIA?

-MARIA puede hacer prácticamente todo lo que tenemos en mente, pero para eso necesito más tiempo para prepararla a ella, a mí, y al equipo.

-También quiero a Borja.

-¿A Lucilda? -dijo Aurelio-. Se encarga de mi seguridad y es bastante competente, pero no puedes enseñarle en dos días a meterse en una armadura y a ir dando saltos con un jet pack.

-Ambos sabemos que la lealtad última de Lucilda Borja está con el gobierno -dijo Rafael-. Pero sí ve ella misma, con sus propios ojos, a lo que nos tenemos que enfrentar, quizá podamos convencerla de que cambie su parecer, incluso obtener el apoyo personal de algún presidente menor o comisario europeo.

-Hoy ha habido un atentado en un tren en París -dijo el Terrible-. Eso es todo el apoyo que necesitamos por el momento. Ninguno de los presidentes futuros comparte nuestra visión de esta lucha, pero si ellos confían en Borja y esta es leal a nosotros tendremos muchos menos problemas con el gobierno.

-¿De verdad piensas acceder? -dijo Aurelio-.

-Lucilda Borja se quedará aquí como siempre, pero tendrás tu operación, Rafael -dijo el Terrible-. Prepara a tu equipo y a quien tengas que preparar, Aurelio. Eso es todo.

Hacia ya unos veinte minutos que el entrenamiento había acabado, y Eva al igual que Umbra y Doncella se estaba cambiando en el vestuario. Eran las únicas que estaban ahí, como era siempre. Los entrenamientos de todas las unidades estaban programados de forma que los miembros de cada unidad no entraban en contacto con el resto de agentes de intervención de las demás. A Eva no le molestaba en absoluto el silencio y la tranquilidad después de una agotadora sesión, pero echaba de menos poder ver a Valquiria y poder charlar con ella mientras se cambiaban la ropa. Echaba de menos en general a toda la unidad 6, de la cual ella había sido la líder, pero le sorprendía lo poco que había lamentado que la hubiesen cambiado. Quizá se estaba fundiendo cada día más con el metal que llevaba en combate, pero prefería no pensar en ello.

-Pronto tendremos algo grande -dijo Doncella-. Hoy el jefe estaba poco hablador, y sólo calla cuando piensa.

-Entonces quizá es que no piensa demasiado -dijo Eva-.

-Pobre Nero -dijo Umbra-. ¿Vosotras lo habéis visto preocupado?

-Estaba mirando mucho a Arancel -dijo Doncella-. Lo está mirando para asegurarse de que está tan fino como siempre y de que será suficiente para lo que trama. Arancel es posiblemente el mejor agente de intervención de todos nosotros, y si lo mira así es porque tiene algo entre manos que podría darle problemas hasta a él.

-¿Cuánto tiempo lleva aquí? -dijo Umbra-. No recuerdo nunca que nadie dijese nada de él, pero todo el mundo parece conocerle. Entiendo que quiera mantener privada su auténtica identidad, pero es ridículo que sepamos tan poco sobre él, ¿Y si le ocurre algo? ¿A quién llamar para avisar?

-El Terrible lo sabe -dijo Doncella-. Él sabe todas esas cosas, seguramente la sepa de todos nosotros. Estamos en buenas manos.

-Arancel es el último superviviente de la unidad 5 -dijo Eva-. No sé cómo será ver a toda tu unidad morir, pero no debe ser agradable. Se supone que tiene familia, ¿No? Habrá visto la muerte de cerca, y querrá alejarla de aquellos que lo rodean. La unidad 6 estaba pensada para ser una unidad de apoyo de la 5, pero cuando esta quedó disuelta se formó antes la 7, que sí que iba a ser una unidad completamente autónoma.

-Realmente se nota que fuiste líder de escuadra -dijo Doncella-. Seguro que pateasteis muchos culos en la unidad 6.

-Puede ser.

-¿Y sabéis que va a pasar con la viuda del doctor? -dijo Umbra-.

-Nadie sabe nada -dijo Doncella-. Sólo se sabe que está a buen recaudo y que están tratando de sacar toda la información que pueden de ella.

-¿Creéis que tiene algo que ver con lo que se supone que será nuestra siguiente misión? -dijo Umbra-.

-Puede ser -dijo Eva-. Pero eso no nos incumbe de momento.

Eva se dirigió a la ducha para terminar el ritual que hacía que su nombre cambiase por el de Liliana. Aquel había sido un día cansado y tenía ganas de volver a casa y relajarse en el sofá, por banal que fuese semejante deseo. Otra ducha comenzó a sonar, por el ruido de los pasos Eva detectó que se trataba de Umbra. Cuando se oyó el sonido de una puerta en el fondo, que indicaba que Doncella se había ido, Umbra comenzó a hablar.

-Eva, ¿Estás ahí?

-¿Qué ocurre?

-Es sobre el entrenamiento de hoy, y sobre la misión que nos van a encomendar pronto.

-¿Acaso ha pasado algo malo?

-No lo sé, pero estoy preocupada por Rafael, hoy me ha dicho algo muy extraño.

-¿Qué te ha dicho?

-Se ha acercado a mí cuando había terminado un ejercicio, y me ha dicho: “Severa, nadie debería dejar que su último acto en el mundo fuese un acto de violencia”.

-¿Por qué?

-No lo sé, me ha dicho eso y se ha ido. Me ha mirado como no me ha mirado nunca, creía que tú podrías entender lo que estaba diciendo.

-No lo sé, Severa. Lo siento. Pero te prometo que te ayudaré a descubrirlo. Estoy aquí para ayudaros a todos, ¿No?

-Gracias, Liliana.

La terraza en la que estaban sentadas Isidora y Liliana era la que compartían con el resto de propietarios de aquel piso, aunque su uso había sido prácticamente exclusivo suyo desde ya hacía un tiempo. Ellas eran las que más cerca vivían del acceso y nunca se habían preocupado demasiado de decir al resto de vecinos de que se podía ir, además, los padres de niños pequeños preferían ir a algún parque cercano y los que sólo buscaban descansar tenían un club dentro del edificio o una terraza más grande unos pisos más arriba. La consecuencia de todo aquello había sido que apenas tenían que compartir la terraza y nadie más parecía preocuparse por ella. Ambas mujeres estaban sentadas en unas cómodas sillas que ellas mismas pusieron en su día con el objeto de disfrutar de días calor, o de noches sorprendentemente cálidas para su época del año, como lo era aquella.

-¿Y no me vas a decir nada? -dijo Isidora-.

- ¿De qué? Ya te he dicho que dentro de poco tendré una operación importante.
- Sabes de lo que hablo, ¿Qué tal te fue la cita con ese Aquitán?
- No fue una cita. ¿Por qué te interesa? Hacía unos días creías que era un misógino o algo parecido.
- Pues me equivocaba, todos nos equivocamos. ¿Y te agradeció que le echaras un cable? Porque le echaste un cable bien gordo.
- Sí, me dio las gracias. Pagó él, y creo que cobra bastante menos que yo.
- Trabaja para los mismos tipos que tú, creo que tampoco será un muerto de hambre.
- No, él no es un miembro de la organización. Colabora a menudo, pero siempre desde fuera. Se le nota, se nota que es de fuera.
- ¿Eso es algo bueno?
- Es algo diferente, lo diferente en este caso es de agradecer.
- Entonces mucho mejor que el José ese, con el que ya no hablas desde hace no sé cuánto.
- Los miembros de distintas unidades no pueden comunicarse fuera de las instalaciones Destino por su propia seguridad.
- ¿Y por qué con miembros de otras unidades no y con la tuya sí? Parece igual de peligroso.
- Por camaradería, o vete tú a saber. Ellos saben más que yo sobre cómo funciona el Nuevo Edén.
- ¿Y entonces este Aquitán está bien? Le he visto en unas cuantas fotos, la verdad es que ahora no lo veo para nada feo.
- Por favor, sólo hemos bailado una vez.
- ¿Habéis bailado? A veces parece más nueva que Jorge para estas cosas, está claro que quiere algo.
- ¿Cómo puedes saberlo si no lo conoces? Reconozco que el momento fue extraño para mí, incluso reconozco que nuestra relación es extraña, pero ya está. ¿Acaso te digo yo algo de los hombres con los que estás?
- No hace falta que te lo tomes así. Sólo tengo curiosidad, y ganas de verte con alguien de tu mismo nivel. Tienes que reconocer que no es feo, y os movéis en el mismo palo, seguro que tenéis mucho de lo que hablar.
- No creo que sea un hombre al que le guste mucho hablar de esas cosas. Es distinto a lo que veo normalmente en Destino, ya te lo he dicho. ¿Y qué tal Jorge?
- No lo sé. Últimamente creo que está mejor. Aunque está como un loco tratando de reproducir una canción que yo estaba tarareando cuando volví a casa de mi viaje. Lo peor es que apenas recuerdo la canción o donde la escuché, así que el pobre se está volviendo loco.
- Vaya, pero me alegro de que le vaya bien. Creo que yo hoy me retiro ya a dormir.
- Ten mucha suerte mañana, ¿Vale?
- No te preocupes, aún van a tener que aguantar esos sectarios unos cuantos kilos de metralla de Eva.

Rafael oyó que alguien llamaba a la puerta. Le costaba imaginar quién era aquel que podía llamar después de cenar. No había quedado con nadie y ninguna de las personas que conocía y con las que tenía trato iba a hacer algo así. Por ello le sorprendió aún más que el hombre que había llamado fuese Juan el Terrible.

- Tengo algo que enseñarte -dijo el Terrible-. No tenemos mucho tiempo, pon esta memoria en un reproductor.
- Por supuesto.
- La grabación para haber sido tomada en un edificio desconocido para nosotros de alguna agencia de seguridad interna del gobierno o de la comisión europea. No te puedo decir como lo he obtenido, pero huelga decir que su contenido es completamente veraz y que debemos destruir lo antes posible cualquier rastro que nos apunte a nosotros.
- ¿Qué contiene?
- Reprodúcelo.

El vídeo comenzó a reproducirse en la televisión que tenía Rafael de León en su sala de estar. El color era poco claro y la calidad no parecía la óptima, pero aun así conseguía distinguirse

claramente lo que estaba sucediendo. Aquella grabación parecía una grabación de seguridad de una cámara de una especie de sala interrogatorios que ninguno de los dos hombres pudo asociar que ninguna agencia o lugar que ellos conociesen. Pero sí que había alguien conocido: Laila Caraggia estaba sentada en la mesa, con unas esposas en las manos, y previsiblemente esperando a su interrogador, que no tardó en llegar, y ambos hombres sabían quién era.

-¿Lucilda Borja? -dijo de León-.

-Espera a terminar el vídeo -dijo el Terrible-.

Lucilda entró en la sala, y durante unos pocos segundos, quedó mirando fijamente a la mujer que tenía delante. Los pocos detenidos que habían sido detenidos de la secta del Nuevo Edén siempre habían resistido las técnicas de interrogatorio convencionales y habían servido de muy poco para atrapar a más sectarios. Aquella mujer no parecía que iba a ser la excepción. Lucilda se sentó, y sin ningún tipo de demoras ni de presentaciones, comenzó a preguntar a Laila.

-¿Qué relación tenías con el doctor Sariel Fausto?

No hubo contestación.

-¿Qué relación tenías con el doctor Sariel Fausto? ¿Estabais casados?

No hubo contestación tampoco.

-¿No piensas responder? ¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y los pocos colegas tuyos que tenemos en el calabozo? Que esos no pasaron por mí antes. ¿Estabais casados tú el doctor Sariel Fausto?

Caraggia siguió sin contestar.

-Has cometido un grave error. Sabemos mucho de ti, Laila, lo sabemos. Tenemos información de buenas fuentes sobre cómo te infiltraste en la política local, te codeaste con gente selecta, y cómo te encontraste en dos puntos claves de la vida de Sariel Fausto con él. Supongo que lo buscabas, lo buscabas a él. Este asesinato llevaba tiempo en tu mente, ¿Verdad? Pero aunque yo sabía la respuesta, no has respondido, y el silencio se paga caro. Dame un dedo -mientras lo decía sacó una navaja-.

Laila no movió la mano, ni para ofrecérsela a Lucilda ni para esconderla. Antes de que pudiese reaccionar, una navaja le había hecho un corte limpio en el meñique de la mano izquierda, que sangraba desconsoladamente.

-Ahora vendrá un médico a vendarte. Volveré dentro de un rato.

-Todavía queda bastante más -dijo el Terrible-.

-¿Es siempre así?

-Sí. Le corta otros dos dedos hasta que llega a otra parte que te quiero enseñar.

-Me alegra ver que estás más cooperativa -dijo Lucilda a Laila-. Necesito saber algo más sobre ese al que llamáis el Rey Carmesí. Quiero saber todo lo que sepas tú sobre la Biblia Negra.

-La Biblia Negra es... La Biblia Negra es la puerta a un comienzo de la humanidad, es el camino al Nuevo Edén. El Rey Carmesí es el único que la ha visto, y habla en formas crípticas a sus profetas.

-¿Quiénes son sus profetas?

-No lo sé.

-¿En qué consiste ese nuevo amanecer de la humanidad? ¿Qué es el Nuevo Edén?

-La Biblia Negra es una colección de profecías armonizadas, una puerta al futuro y una llave para abrir exactamente las puertas necesarias como para llevar a la humanidad a un nuevo estado. Un nuevo comienzo para todos.

-¿Por qué la Biblia Negra?

-La Biblia es una historia que termina con un final, con el mismo apocalipsis, el fin de la raza humana. La Biblia Negra es su opuesto, su naturaleza es completamente distinta. La Biblia Negra no va a llevar a la raza humana a su final y al final de los tiempos, la va a llevar a un comienzo. La Biblia ofrece perdón a los pecados, pero nosotros vamos mucho más allá, nosotros podemos deshacerlos, hacer que nunca ocurran.

-¿Cómo?

-Eso lo sabe el Rey Carmesí.

-¿Dónde está el Rey Carmesí? ¿Dónde están sus profetas?

-Cerca.

-¿Dónde?

-No lo sé, pero cerca.

-Cerca -dijo de León-. Tenemos menos tiempo del que creíamos.

-Pero no es eso el porqué del que te he enseñado este vídeo. Has reconocido a Lucilda Borja, ¿No?

-Sí, es inconfundible.

-No quiero que Aurelio sepa nada de esto aún. Quiero que Lucilda crea de verdad que no sabemos nada de que sigue trabajando activamente para el gobierno en trabajos bien sucios.

-¿Por qué nos ocultan este tipo de información?

-Ellos tienen también sus intereses, y tienen sus agentes para conseguirlos. No te voy a mentir, tengo interés en usar todas las capacidades de Lucilda a nuestro favor, y quiero que Aurelio gane su lealtad antes de que el gobierno se quede con una mujer tan valiosa, pero creo que tú no quieres tener a alguien así en tu equipo.

-¿Sobrevivió Caraggia?

-Todo el mundo la conoce ahora, no la pueden matar. Pero la próxima vez que la veas no será la misma.

-No es que vaya a llorar por ella pero... Tienes razón. Retiro mi petición para incluirla en la operación.

-Es lo mejor.

-Queda una parte del vídeo, ¿Verdad? Una que no has recortado tú.

-Sí.

-Ya ni siquiera tienes que mentir... ¿Puedo saber que hay en esa parte del vídeo?

-No. Has visto todo lo que considero que debías ver.

Rafael oyó que alguien llamaba a la puerta. Le costaba imaginar quién era aquel que podía llamar después de cenar. No obstante, no se extrañó al ver quién era: se trataba de Severa, que llevaba un vestido que realizaba todas sus facciones de una forma que él nunca había visto. Habían quedado en que sería el propio Rafael el que pasara a buscarla, pero Severa no había podido esperar y había decidido que iría ella a verlo. Rafael llevaba un elegante traje que sólo se ponía en ocasiones especiales y que había limpiado a conciencia. Fueron andando hacia el elegante sitio al que iban, mientras mantenían una alegre y amena conversación. Una vez llegaron a la sala de bailes, estuvieron unos pocos minutos al son del vals hasta que ambos se fundieron en un beso. Aquel gesto hizo que el resto de las parejas de aquel sitio hicieran lo propio, incluyendo a Gabriel y a Liliana.

-¿Por qué? ¿Por qué justo ahora? -dijo Liliana mientras se recuperaba de la visión-. ¿Qué diablos significa todo esto?

<http://profetasnuevoeden.wordpress.com/pnecorreo@gmail.com>

Capítulo 8 - ¿Hay mañana?

Eva, Doncella, Umbra y Arancel avanzaban en varios vehículos dirigidos por Nero. Poco sabía ella sobre cuál era el propósito exacto de aquella misión, al igual que el resto salvo el mismo Nero, pero no era eso lo que la preocupaba. Su última visión había sido extrañamente cálida, todo parecía haber sido más amable, más idílico. Y había sido la primera visión en la que ella estaba viva, y estaba con Aquitán, como una pareja.

¿Había tenido aquella visión algún elemento nacido de su subconsciente? Severa y Rafael parecían realmente felices, y ella también se encontraba en un estado de ánimo pletórico. Aquello se había parecido más a un deseo que a cualquiera de sus otras visiones. Si la fortuna la acompañaba, aquella visión le sería útil de algún modo o de otro, como lo habían sido las otras, incluso la de su propia muerte.

-¿Alguien sabe algo de MARIA? -preguntó Arancel-.

-¿MARIA? -respondió Doncella-. ¿Acaso ocurre algo especial?

-Es de suponer que no sabemos la naturaleza de nuestra misión de forma concreta por algún motivo en especial.

-Y crees que tiene que ver con MARIA -dijo Doncella-.

-No, no creo que eso sea por MARIA -dijo Umbra-. Es por eso que utilizan ellos, el Firewall 666.66.

-¿Acaso estamos seguros de que algo así exista? -dijo Doncella-.

-No -dijo Arancel-, no hay pruebas concluyentes. Aunque mi experiencia personal me dice que existe, créeme.

-¿Lo has visto? -preguntó Eva-. ¿Sabes qué es?

-No es algo que se pueda ver -dijo Arancel-. Pero de alguna forma sabes que está ahí. Nosotros lo detectamos como ellos detectan a MARIA. Estoy seguro de ello.

-Usaremos MARIA con normalidad, ¿No? -dijo Umbra-.

-Aurelio llevaba unos días trabajando sin descanso. Que vamos a usar a MARIA está claro, pero lo que no me queda tan claro es cómo, o qué tiene de especial esta vez -dijo Eva-.

-Siempre es MARIA contra el 666.66, siempre -dijo Arancel-, si todavía dudáis de ello pronto dejaréis de hacerlo.

Como era de costumbre cada vez que las unidades Destino salían en una misión, la sala de operaciones se llenó con todos los miembros del comité destinado a asuntos militares dentro de Destino. El Terrible estaba en la tarima más alta de la sala, al lado de Marcos Aurelio que se encargaba de coordinar a todo el equipo científico que coordinaba el uso del MARIA. Había todo tipo de operarios de comunicaciones y técnicos especializados en el mantenimiento y estado de las armaduras de combate y todos ellos veían la acción en una serie de gigantescas pantallas, siendo que cada una de ellas retransmitía una cámara distinta de los trajes.

-¿Cómo está la segunda unidad? -dijo el Terrible a Aurelio-.

-Preparados para el despliegue.

-¿Y en MARIA?

-Bajo control.

-Cada vez que aparezca un estado MARIA inusual quiero que hagas una imagen con todos los datos accedidos y la guardes para el estudio de después de la misión.

-Comprendido.

-Bien, llama a Borja un momento.

-¿A Lucilda?

-Sí, dile que venga un momento.

Aurelio acató la orden y a los pocos instantes Lucilda subió las escaleras de la tarima y se puso delante de los dos hombres.

-¿Me necesitabais? -dijo ella-.

-Dile al jefe de sistemas de defensa que monitorice y grave en todo momento las constantes vitales de todos los miembros de ambas unidades -dijo el Terrible sin quitar la mirada de las pantallas-.

-Como ordenes -dijo Lucilda, y a continuación bajó a la zona donde se encontraba dicho hombre-.

-¿Cuándo pensamos activar las pantallas? -dijo Aurelio-.

-Cuando Nero lo autorice todo.

-Espero que sepa lo que hace.

-No lo sabe -dijo el Terrible-. Así es como piensa derrotar al Firewall 666.66.

-¿Y los miembros de la unidad?

-Sólo saben que se trata de una situación seria y que es importante, nada más.

-Dios, ¿Y si sale algo mal? Esto parece más que arriesgado.

-Entonces aplica el protocolo acordado.

-Como deseas.

-Sara, si te apetece podemos quedar a tomar algo... No, así no me gusta cómo queda -dijo Jorge enfrente del espejo-. Tengo que darme prisa, o se irá ya a clase, y tengo que dejar de hablar sólo.

Jorge se sentía extrañamente incómodo siendo la parte activa, siendo él el que le pedía a Sara quedar a tomar algo. Pensaba que era injusto para él que para ella fuese tan fácil y para él complicado, sólo quería tomar algo en algún centro comercial y comprarse un disco que acababa de salir, y no quería hacerlo sólo. Pero si decía algo mal, o si parecía que lo estaba diciendo de forma natural, todo el mundo interpretaría algo que no se correspondía con lo que quería decir.

Sus compañeros de clase sólo habían visto un par de veces a Sara Remi, pero había sido suficiente como para que empezaran los rumores. Tampoco es que fuese algo muy comentado porque él no era demasiado popular, tampoco es que le molestase en realidad, pero no le gustaba que la gente pensase cosas equivocadas. Al final dejó de ensayar, saliese como saliese, era imposible que saliese mal, tenía la suficiente confianza con Sara como para que ella no malinterpretase. Mientras se subía las escaleras se preguntó por qué se preocupaba tanto por lo que ella pudiese pensar, ¿Acaso era verdad lo que él mismo negaba y todo el mundo afirmaba? Seguramente sólo era un chico que no sabía hablar con el sexo opuesto. Pulsó el timbre una vez, antes de que le diese tiempo a volverlo a pulsar, Sara salió ya con la mochila en la espalda.

-¿Jorge? -dijo ella-. ¿Cómo es que estás por aquí?

-Porque, bueno, verás... Tengo clase por la tarde y me gustaría ir a comprar un disco nuevo.

-Y querrás que te acompañe, ¿No?

-Sí, claro.

-Está bien, háblame cuando salgas de clase, estaré por ahí. ¿Qué disco es? ¿Es uno de los tuyos?

-Sí, más o menos. Todavía no estoy seguro de que disco es, pero he sacado a oído una parte de la partitura que creo que es bastante reconocible, el buscador que tienen ahí es lo más potente que he visto, creo que servirá.

-Así que es uno muy de los tuyos, eso me gusta. Tengo que bajar, ¿Vienes?

-No, no. Tengo que ensayar.

-Como quieras, ¡Hasta la tarde!

Había sido insultantemente fácil, tendría que probarlo más a menudo.

-¿Así que ahora tomas órdenes del Terrible? -dijo Aquitán, que también estaba dentro de la sala de operaciones-.

-Mierda -dijo Lucilda-, ¿Cómo te han dejado entrar aquí?

-¿Te suena ese tipo gruñón y mandón y que va en silla de ruedas? Pues manda bastante por aquí, y me debe una muy gorda.

-Tú también me debes a mí una del mismo tamaño.

-He de reconocer que de no ser por ti las mentiras de Caraggio me hubiesen dejado en el atolladero. ¿Cómo conseguiste todo ese material?

-El gobierno la fichó desde que estuvo involucrada en una serie de delitos, y los sospechosos no prescriben para los archivos gubernamentales.

-¿Sospechabais que podía ser una sectaria?

-No, defraudó impuestos. Y no sé qué es peor a ojos del gobierno.

-¿Y sabes dónde está?

-En alguna prisión de máxima seguridad, hasta que la manden a juicio, entonces podréis interrogarla.

-No te contrataron para mentir, al menos no a mí. Muchas lealtades tienes que honrar, Lucilda Borja, y llegado el momento todas te pedirán que renuncies a las demás.

-¿Qué sabrás tú de lealtades?

-Yo sé poco, que es todo lo que hay que saber para ser leal. Al final del día una persona sólo puede tener un amo. Aunque por ahora veo que estás haciendo migas con el Terrible.

-¿Y tú qué? Estás en el mismo sitio que yo, y puede que incluso con los mismos privilegios.

-Yo nunca he hablado con el Terrible, así que imagínate que la estima que me tiene.

-No es un hombre muy hablador desde luego. Una vez quiso hablar conmigo, hace ya bastante, para ver si era competente para mi trabajo. Y aquí estoy.

-A veces que me pregunto qué habrá dentro de esa cabeza, incluso dentro de su corazón. Un hombre como él debe tener la cabeza muy fría, pero seguro que tiene un corazón ardiente en deseos de conseguir su felicidad plena.

-Ese es el Aquitán que conozco, con su retórica romántica amateur.

-Sabes que sólo la uso para situaciones extremadamente serias.

-Entonces prepárate una buena retahíla.

-¿Tanto miedo tienes?

-Sí. Todo es raro hoy, y Aurelio no me ha contado bien por qué. No sé qué planean, quizá no lo sepan ni ellos. ¿Y tú por qué estás aquí?

-Quiero... Observarlos en acción.

-Sé que tuviste una especie de cita con una de las agentes de intervención, con Eva.

-No era una cita. Sólo que le debo mi carrera y quise ser amable con ella. Y si no, sabes que te lo diría.

-Eres un hombre extraño, Aquitán. Algunas veces pareces un estudiante que ha salido del instituto, y otras veces pienso que eres el hombre más sabio que he conocido.

-Llámame Gabriel, mujer. Nunca te he llamado Borja ni pienso hacerlo.

Doncella y Arancel habían sido desplegados en un pequeño bote blindado, mientras que el resto de la unidad Destino 7 había desembarcado en un híbrido en una de las zonas ya abandonadas de la ciudad debido a las constantes inundaciones. En aquella época del año aquel lugar estaba lleno de charcos y se había formado un lago en una de las depresiones cercanas formando así un paisaje muy extraño comparado con el resto de la ciudad, pues aquella parte de la ciudad estaba rodeada prácticamente por todos los lados. Los edificios estaban en obvias condiciones de abandono y se notaba que el tiempo había pasado por aquel lugar. Aunque las pintadas de las paredes reflejaban que no sólo el tiempo era lo que había pasado por ellas.

Una lancha motora apareció en el horizonte, pero no pareció verlos.

-Mantened las posiciones -dijo Nero-. Los queremos cuando estén en distancia segura de disparo.
-Los tengo en la mira -contestó Arancel-.

Pasaron unos pocos segundos, los suficientes como para que los tripulantes de la lancha se percatasen de la presencia de Doncella y Arancel.

-Esos hombres parecen ser sectarios, ¿Órdenes? -preguntó Doncella-.
-Perseguir la barca a cualquier coste -dijo el Terrible por el intercomunicador-. Y traer lo que están transportando los sectarios.
-Voy a pasar a monitorizar al resto de la unidad 7 -dijo Aurelio-. No os daré cobertura directa con MARIA a vosotros.
-Entendido -dijo Doncella-, interceptando el objetivo.

El pequeño bote comenzó a correr a toda velocidad, superando las expectativas de su presa, que había comenzado a correr variando mucho su trayectoria.

-No quieren que veamos a donde lo llevan -dijo el Terrible-. Eso es buena señal.
-Estoy recibiendo un barullo de señales -dijo Aurelio-. Nero, aconsejo que toméis posiciones de combate, y que defendáis unas embarcaciones que MARIA ha localizado cerca de vuestra posición. Viene una ola de sectarios, y van a tratar de ir a por Doncella y Arancel.
-Ya habéis oído -dijo Nero-. Posiciones de combate ya. Eva y Umbra, repartíos los flancos, yo voy a subir a las terrazas de uno de los edificios bajos.
-Recibido -dijo Eva-. Puedo ver a varios correr, llevan el mismo uniforme que la última vez. Seguro que alguno se acuerda de ti, Umbra.
-Intentaré que no tengan la ocasión -respondió ella-.
-Nero, te estoy mandando los datos sobre los estados MARIA de los posibles ataques, tienes que mover a una de las agentes. Han previsto que pondrías una formación parecida.
-¡Eva! -dijo Nero-. Avanza y toma la iniciativa.
-Entendido.

Mientras activó el jet pack para moverse más rápidamente, Eva pensó en lo que le había dicho Arancel antes de comenzar la misión. MARIA se supone que estaba toda potencia, pero aun así el Firewall 666.66 estaba siendo un rival que el sistema no podría vencer por sí sólo.

Eva comenzó a ver los primeros disparos pasando cerca de su armadura, por fortuna ella fue demasiado rápido y acabó con ellos. A pesar de llevar el uniforme del grupo militar, no parecían ser los mismos soldados que había confrontado hacía poco tiempo.

-Tengo nueva información del MARIA. Piensan centrarse en uno de vosotros, pero no sé en cual.
-¡Eva! -dijo Nero-. Toma el mando de la unidad.
-¿Qué?
-Toma el mando de la unidad 7, ¡Es una orden!
-Entendido. Necesito la información del MARIA.
-No la tengo -dijo Aurelio-, necesito unos diez segundos. ¿En qué estás pensando Nero? Esto no es lo que tenía previsto.
-No tienes tiempo para MARIA -dijo el Terrible-, actúa ya.
-Nero, avanza de posición y ataca desde arriba, Umbra, lanza fuego sin pausa hasta que llegue yo por el fondo.
-¿Cómo piensas hacerlo? ¡Te van a masacrar!
-No lo van a hacer, no están preparados. No nos esperaban aquí, puedo sentirlo.

Eva comenzó a moverse por el aire de la misma manera que se movían los peces en el agua. Se retorció estiraba y no paraba de avanzar, mientras lanzaba ráfagas y ráfagas de disparos a los paramilitares del Nuevo Edén que aparecían a su paso. Consiguió llegar en apenas diez segundos a la posición de Umbra para atacar desde atrás a la formación sectaria que se había hecho fuerte en la plaza que daba al pequeño puerto que debían proteger. Pero cuando llegó, todo había cambiado.

-¿Tenemos potencia de fuego para destruir los barcos? -preguntó Eva-.

-No tenéis nada que hacer en ese aspecto -dijo Aurelio-. No tenéis ni tiempo ni armas, es una derrota segura.

-Entonces creo que vamos a perder -dijo Eva-.

El despacho de Isidora no era precisamente uno de los más cuidados del mundo. Tenía papeles perdidos por todos los cajones, y apenas tenía unas pocas carpetas donde guardarlos debidamente, y si no hubiese sido por la escasa cantidad de documentos analógicos con los que tenía que trabajar, el desorden hubiese sido mucho mayor. Llevaba ya trabajando varias horas en otro de los múltiples informes sobre gasto y presupuesto de las obras en zonas cercanas al río. Había sido una promesa electoral recurrente la recuperación de los suelos que ahora estaban inundados por el Ebro pero que formaron parte de la ciudad antigua, pero la falta de un proyecto realizable no hacía sino mandar una y otra vez dinero público a la basura.

La sorprendió que la llamaran a la puerta, no esperaba ninguna visita. Era su jefa, una mujer con por lo menos diez años más que ella.

-¿Estás bien?

-Sí, ¿Ha ocurrido algo?

-Lamento tener que decir que sí. Llevábamos mucho tiempo sin tener que ver algo así, pero parece que las buenas rachas nunca son para siempre. Ha explotado una bomba en el centro comercial de aquí cerca. Todavía no se sabe si hay víctimas mortales, la policía apenas se ha desplazado al lugar de los hechos. El Nuevo Edén ha reivindicado el atentado.

-¡Oh, Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Isidora cogió su abrigo y salió corriendo del despacho, empujando a su jefa, estando a punto de tirarla al suelo. La calle estaba llena de gente pero corrió y corrió con todas sus fuerzas, hasta que no le quedó aliento, y entonces siguió corriendo. Cruzó varias veces en rojo, no le importó, tenía que llegar lo antes posible.

El centro comercial no se había derrumbado a pesar de la magnitud de la explosión, pero sí que se había llenado de escombros. Isidora se saltó el cordón policial que acababan de poner y corrió hasta llegar al segundo piso por unas escaleras. La policía estaba sacando supervivientes de los escombros, pero ella no lo veía a él por mucho que menease la cabeza. Entonces oyó algo, era la canción que había oído a aquel músico cuando volvió a Zaragoza después de su último viaje. Un poco más atrás pudo verlo, estaba sangrando, Sara parecía tratar de sujetarle la cabeza. Ella se encontraba mucho mejor, o al menos eso dedujo Isidora de su aspecto.

-¡Cómo se encuentra! ¡Cómo está!

-No lo sé -dijo Sara llorando-. Estábamos todos aquí y de repente se oyó un ruido terrible, no pudimos escapar cuando el techo se nos vino encima. Yo he tenido más suerte, pero él se encuentra peor.

-No te preocupes -dijo Jorge-. Estaré bien, estoy seguro.

-Jorge... -dijo Isidora mientras lo abrazaba fuertemente-.

-Mamá...

-No se preocupe -dijo un médico que se encontraba ahí-. Le tenemos que poner unas vendas, pero su hijo no corre peligro.

-¿De verdad?

-Sí, ahora ayúdeme a llevarlo en la camilla.

-Por supuesto.

-¿Cómo se encuentran los demás?

-En este piso han tenido suerte, la mayoría de los escombros han caído en el piso de abajo. Todavía no se puede hablar de cifras pero... Este el peor día de mi vida como médico.

-Por Jesucristo -dijo Gabriel expresando una sincera preocupación-, ¿Qué son esos hombres?

¿Alguien los había visto antes?

-No estoy segura de que sean hombres -dijo Lucilda-. Mira cómo van vestidos, no sé qué son, no los había visto nunca antes.

-El Rey Carmesí ha movido ficha -dijo el Terrible-. ¿MARIA?

-No lo entiendo -dijo Aurelio-, creo que la están atacando.

-¿Crees? -respondió el Terrible-.

-No hay estados MARIA, ninguno, es como si no estuviese, pero las métricas son normales. No sé qué está pasando pero...

-666.66 -le cortó el Terrible-. Desplegad la unidad 6 de inmediato.

-Han cortado nuestras comunicaciones con la unidad 6 -dijo uno de los jefes de comunicaciones-.

-¿Qué clase de interferencias tenemos?

-Ni siquiera soy capaz de medirlo, es algo nuevo.

-Aurelio, ¿Puedes sortearlas?

-No con MARIA en este estado.

-¿Podemos contactar con la unidad 7?

-Hemos perdido el canal principal, pero tenemos uno secundario, lo tendremos activo en diez segundos.

-Reza -le dijo en voz baja Liliana a Gabriel-. Por favor, reza todo lo que sepas, todo lo que nos pueda ayudar.

-¿Quiénes son esos hombres?

-No son hombres -dijo Juan el Terrible por el canal general-. Estos tres seres que tenemos delante de nosotros tienen diversos nombres, tan antiguos como ellos mismos. Por la forma de sus armaduras, se han denominado serafines en los escasos informes que tenemos sobre ellos. Para todo aquel ajeno al Nuevo Edén, estos son sus profetas.

Tres extraños seres aparecieron en los tejados de las casas más bajas. No llevaban los uniformes habituales del Nuevo Edén, pero Eva estaba convencida de que se trataba de más sectarios, y del rango más alto. Llevaban dibujados una serie de ojos por toda la armadura y parecían llevar un dibujo de una serpiente en el pecho. Eva no distinguía muy bien qué eran exactamente aquellos seres, alguna vez habían sido humanos, pero ahora parecían algo muy distinto, y con sus extrañas y metálicas voces no paraban de repetir una y otra vez las mismas palabras.

“Gloria al alfa profana, gloria al alfa profana”

Eva tenía a Nero justo al lado suyo y Umbra les cubría justo por detrás. Parecía que aquella iba a ser una lucha de uno contra uno, pero todos notaron como aquellos seres estaban varios escalones por encima de ellos en cuanto a capacidad militar.

-Somos los profetas del Nuevo Edén. Traemos el Evangelio del Nuevo Comienzo, del Nuevo Edén.

¡Gloria al alfa profana! ¡Gloria al Rey Carmesí!

-Bonito discurso. No os tenemos miedo -dijo Nero-.

-Os estábamos esperando, Rafael. ¿Deseáis tomar nuestra manzana?

Rafael respondió con un disparo.

-Todos tus pecados serán olvidados con el nacimiento del nuevo Adán. ¡Gloria al alfa profano!

Nero apenas pudo esquivar el primer ataque que lanzó uno de los serafines, y que le rozó el brazo derecho. Le había atacado usando una lanza nada convencional, que parecía ser tan pesada como el propio serafín, pero que no parecía restarle ninguna agilidad. Tan pronto como el primer envite quedó resuelto, tanto Eva como Umbra se lanzaron al combate, junto con los otros dos serafines.

-¡Mandad a la maldita unidad 6! -dijo el Terrible-.

-Es imposible -dijo el jefe de comunicaciones-. La están bloqueando a conciencia, y no sólo nuestra frecuencia, sino todas. Están tratando de que no podamos contactar ni siquiera con la 7.

-MARIA se está recuperando, pero los serafines deben de estar influenciándola negativamente -dijo Aurelio-.

-¿Cuánto tiempo?

-Un minuto como mucho.

-En cuanto alguien tenga contacto con Osiris, Valquiria o Ares, que mande la señal.

-Tenemos una señal de Doncella y de Arancel, han conseguido el objetivo, piden órdenes -dijo otra vez el jefe de comunicaciones-.

-Diles que vuelvan de inmediato, mandad el vehículo más seguro que tengamos en refuerzo para su evacuación. Y preparad para desplegar todos los vehículos aéreos hacia la zona en la que se encuentran los serafines.

-¿Van a tener tanto tiempo? -preguntó Gabriel a Lucilda-.

-No lo creo -dijo ella-.

-¿Entonces qué es lo que está haciendo él?

-Está asegurándose la victoria. Trata de sacar a la unidad 7, no de darles apoyo de combate. ¡Reza! Porque si no están a la voluntad de tu dios, están a la voluntad de esos serafines.

Los serafines comenzaron a lanzar uno tras otro ataque. No utilizaban estilos convencionales de lucha, y aunque no utilizaban jet packs, poseían una agilidad que le hacía pensar a Eva que llevaban algún otro tipo de aparato. A pesar de utilizar armas de muy poco alcance, se movían demasiado rápido para poder alcanzarlos. Las comunicaciones empezaban a fallar, incluso aquellas que sólo conectaban a Nero, Umbra y a ella misma. Comenzaba a cansarse y pronto empezaría a fallar en sus movimientos. Su perseguidor, en cambio, tenía unas habilidades muy encima suyo y no parecía estar dispuesto a darle tregua.

La única esperanza de Eva era que mandasen a alguien, que llegase algún tipo de refuerzos. Ni ella ni el resto de la unidad habían podido formar desde que había comenzado el combate. Los segundos se le hacían horas, y el esfuerzo físico concentrado de medio minuto hizo que ocurriese algo que ella nunca hubiese creído posible, falló un salto con su jet pack. Estaba saltando de un tercer piso a un segundo piso, y puso mal la pierna al aterrizar, por un momento creía que se la había roto. Aquel fallo desconcentró también a su perseguidor, lo que le dio un poco de tiempo a Eva para ponerse en pie y volver a sacar su arma. No se atrevía a volver a saltar tan seguido, así que se retiró en la casa.

De repente, un clic se activó en su cabeza. Todo aquel sitio le resultaba familiar, ella había visto aquel lugar, o uno muy parecido, ella ya había visto un serafín. Todo era igual, incluso aquella larga espada. En su primera visión, esa en la que moría, había visto un serafín, concretamente el que la estaba persiguiendo ahora. Oyó sus pisadas en el suelo, no tenía ninguna prisa, y ella estaba preparada. El serafín abrió la puerta de una patada, y justo cuando se dispuso a atacar con su espada, Nero le disparó de forma certera en la muñeca, consiguiendo evitar el ataque. Todo ocurrió en unos pocos segundos, Eva comenzó a disparar en una pierna, y acabó tirando al serafín en el

suelo. Nero cogió la espada que había tirado el serafín y se la clavó a este mismo en la espalda, dejándolo completamente tirado en el suelo. Eva vació el resto de su cargador, uno de los serafines era historia.

El serafín que estaba persiguiendo a Nero lo apareció a una velocidad casi imperceptible para el ojo humano, e ignorando a Eva e incluso a su propio compañero caído, cogió a Nero sólo con un brazo y comenzó a subir hasta llegar una terraza relativamente alta. El serafín con el que estaba combatiendo Umbra abandonó su posición y comenzó a seguir al otro. Eva y Umbra dispararon desde sus posiciones pero era inútil. Nero se resistía fuertemente pero aquel serafín era mucho más fuerte que él, y al final dejó de hacerlo.

Ambos serafines comenzaron a elevarse de una extraña forma en el cielo, como si levantaran y colgaron a Nero boca abajo. Ninguno de ellos dijo una palabra. Colgaron a Nero boca abajo, y Eva pudo ver como dijo unas palabras, aunque no oyó nada de lo que dijo, sólo fue capaz de leerle los labios.

Uno de los serafines lo sujetaba mientras el otro sacaba una espada ritual, y entonces se la clavó. Rafael acabó del mismo modo que acabó que Sariel. Eva fue apenas capaz de mirar a lo que estaba ocurriendo, Umbra se cayó de rodillas y comenzó a llorar lágrimas tan desconsoladas que se le hacían como ácido en la cara. De todos los presentes en Destino, sólo el Terrible fue capaz de ver toda la escena.

Cuando acabaron con él, Eva sólo era capaz de distinguir sangre, estaba llena de ira, pero sabía que sin Nero no había ninguna posibilidad de derrotar a los otros dos serafines. Se dirigió hacia donde estaba Umbra, pero notó como se acercaba uno de los serafines cayendo en picado. Tenía la misma sensación, las mismas nauseas en el estómago que cuando tuvo su primera visión y cerró los ojos...

Al abrirlos seguía viva, algo había parado el ataque del serafín: Era Ares. Osiris y Valquiria aparecieron en su campo visual pocos segundos después e hicieron una formación en círculo a su alrededor. Eva siguió corriendo hasta Umbra, cuando llegó a ella, la abrazó fuertemente, y la consiguió llevar a un lugar más alejado, donde pudieron ser rescatadas.

Cuatro horas después de todo aquello, Aurelio se encontraba en la sala segura de Destino, junto con Juan el Terrible.

-Dime que lo hemos logrado -dijo Aurelio-. Dime que por favor tenemos lo que buscábamos.

-Esta ha sido nuestra primera victoria en mucho tiempo. Conseguimos engañar nosotros al Firewall 666.66, que tuvo que lanzar su recurso máspreciado, a los mismos profetas, y conseguimos abatir a uno.

-¿Tratas de no pensar en ello? Tratas de no pensar en que no volverá a estar aquí con nosotros, ¿No?

-Sé que es una victoria amarga. Pero tenemos algo que ellos no esperaban en absoluto, eso que recuperaron Doncella y Arancel. ¿Lo has visto?

-Sí, he tenido tiempo para echarle un vistazo.

-Entonces sabrás que hay que hacer con él, ¿No?

-Por supuesto. Entonces es una victoria, ¿No?

-Sí, pero una por la lloraremos todos. Haz el final del trabajo.

Aurelio se desplazó por sí mismo hacia la sala donde se ubicaba el sistema MARIA por sí mismo, y se acercó lo suficiente como para poder tocarlo. La sala estaba prácticamente a oscuras y era incapaz de ver nada, pero aun así notaba como algo había cambiado incluso ahí.

-Lo voy a echar de menos, madre. Lo voy a echar verdaderamente de menos. Pero tenemos esto, y sé que es para ti. Seguramente el doctor Fausto le hubiese dado un uso mejor que el yo le puedo dar, pero espero que me perdones. Madre... Nadie te atacó, ¿Verdad? Fuiste tú la que te apagaste cuando supiste lo que íbamos a hacer, cuando viste que no íbamos a parar el atentado. Seguramente tengas razón, madre, seguramente tendríamos que haber evitado todo lo que ha pasado, y quizá Rafael siguiese vivo. Tú también lo vas a echar de menos, lo sé. No te preocupes, no le diré a nadie que fuiste tú la que se apagó, y los técnicos que te cuidan nunca se darán cuenta de las sutilezas que yo noto en ti, madre. MARIA, te prometo que nuestros sacrificios no quedarán en nada, te prometo que venceremos.

Aurelio abrió el maletín que le había dado y sacó el objeto que tenía dentro.